



La coleccionista
DE NOCHES
VACÍAS

LORRAINE COCÓ

©2019, La coleccionista de noches vacías © 2019 Lorraine Cocó

Corrección: Violeta Triviño

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Maquetadora: Mar Fernández

ISBN:9781079994483

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de esta sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Para ti, que has decidido embarcarte en esta historia.

Espero que te enamore tanto como a mí.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

El coleccionista de noches vacías

Subía las escaleras despacio, arrastrando perezosamente las zapatillas de felpa sobre la superficie envejecida de los escalones de madera. Estos, a su vez, emitían un sonido seco, como un quejido roto bajo sus pies. Toda la casa se le manifestaba; aquellos peldaños, el goteo incesante del grifo de latón de la antigua bañera, las vigas del desván que parecían retorcerse al llegar la noche. La casa tenía algo que decir y ella al principio no estaba dispuesta a escuchar.

Cuando había llegado diez días atrás a la vieja casa de sus abuelos, cada uno de aquellos soniquetes era inapreciable para ella. Tan solo conseguía escuchar el zumbido de sus pensamientos ir de acá para allá. Al cabo de unos días, cuando ya no tuvo nada más en qué pensar, se dio cuenta de que la casa le decía cosas. Y luego empezó a volverla loca.

Estaba acostumbrada a los ruidos de la ciudad; bocinas hasta las tantas, gente discutiendo en la calle, el camión de la basura en mitad de la noche haciendo sonar los contenedores de metal. Eran sonidos conocidos, molestos, pero formaban parte de su vida, como una parentela inoportuna a la que tienes que aguantar, pero que a fin de cuentas es tu familia.

Pero aquellos sonidos, los de la vieja casa, solo hablaban de soledad y abandono, de tiempo vacío, de olvido, de desidia, de desolación. Un compás reiterado de silencio, goteo, silencio, viga, rama que choca contra el cristal de la ventana de su cuarto, otro silencio, roto de nuevo por el goteo, un crujido, silencio... La casa estaba agotada, sola y quejumbrosa, como ella.

Se preguntó si también guardaría algunos secretos.

Por fin llegó hasta la planta de arriba arrastrando los pies y el final de la bata de paño de su abuelo, que había encontrado en el armario. Estaba frente a la puerta del desván. No le gustaban los desvanes, tampoco los sótanos, eran los sitios en los que la gente escondía sus cosas, apolillaba su pasado o silenciaba a sus monstruos. Pero los monstruos no desaparecen. Pueden estar un tiempo dormidos, puedes intentar encerrarlos, pero tarde o temprano

alguien abre la puerta y vuelven a hacer de las suyas. Si fuera por ella las casas serían de una sencilla planta baja.

Sujetó el pomo de la puerta primero tímidamente y después con más fuerza, intentando convencerse de que allí no había monstruo alguno, solo mantas y edredones en maletas y arcones, justo lo que ella necesitaba.

Recordó el frío que había pasado la noche anterior, hecha un ovillo en la cama, cada músculo agarrotado por el helor y prometiéndose que al salir el sol se atrevería a subir allí en busca de alguno de los bonitos edredones de patchwork que hacía años había tejido su abuela para los huéspedes. La perspectiva de pasar otra noche como aquella la animó a girar el pomo y abrir.

El desván estaba en penumbra, tan solo algunos rayos de sol entre los tablones de madera que protegían las ventanas luchaban por abrirse camino entre las motas de polvo que lo cubrían todo, haciendo el aire espeso y enrarecido. A una persona alérgica y asmática como ella, le daba una excusa extra para no permanecer mucho más tiempo allí del necesario.

Intentó ajustar la visión a la escasa luminosidad de la estancia. Tardó unos segundos en empezar a vislumbrar las siluetas de formas cúbicas de los residentes de aquella parte de la casa. Cajas y más cajas, de distintos tamaños y materiales, con la apariencia del juego de construcción de un niño pequeño con mucho sentido del caos, comenzaron a surgir al acercarse a ellas. No tardó en darse cuenta de su error. Sí, los tamaños y formas eran desiguales, también los materiales y colores de aquellas cajas, pero estaban perfectamente clasificadas por fechas y número de habitación a la que habían pertenecido. Las torres abarcaban del suelo al techo del desván, de lado a lado, y una profundidad de al menos cinco metros. En algún momento, las etiquetas también habían llevado un código de color; ahora tan solo se adivinaban entre el desgaste y el polvo algunas cifras y letras.

Las observó con detenimiento, aquella era la letra de su abuelo.

Había contemplado durante años esa caligrafía perfecta. En las manos de su abuelo un simple bolígrafo había sido siempre una herramienta para el arte. En la época de sus abuelos, los que habían tenido la suerte de estudiar habían hecho mucho hincapié en elaborar una caligrafía elegante y legible. En muchas ocasiones al recibir algún documento manuscrito, como la receta de su médico de cabecera, había echado de menos aquella antigua exigencia en los colegios. Ahora la gente dedicaba más tiempo a correr que a ver por dónde caminaba. A hablar sin escuchar sus palabras, o lo que era peor, sin pensarlas. Todo eran

prisas y sinsentidos. Aquella escritura impecable detonaba mucho más que un esfuerzo por hacer las cosas bien, era la señal clara de dar un sentido a cada cosa que hacemos.

Limpió el polvo de la primera etiqueta que tuvo a mano con el dorso de la manga de la bata de paño. «Habitación tres. Del 04-23-2000 al 04-30-2000». Un escalofrío le recorrió la espalda. Aquella parecía ser la última etiqueta que había escrito el abuelo. Sí, la última, pues poco después de aquella fecha perdían a la abuela para siempre y cerraban las puertas para los huéspedes. Engulló la congoja que el pensamiento le provocaba, como una bola de espinas desgarrándole la garganta, y se concentró en la tarea que la había llevado hasta aquel lugar tan poco deseable para ella.

¿Cuál habría sido la primera caja que había clasificado su abuelo?

Un ataque de tos evidenció que su exposición al polvo había sobrepasado los límites aconsejados. Tomó la caja y se dirigió a la puerta. Se dio cuenta en ese momento de que no había cogido el edredón y arrastró también hacia fuera el arcón de madera de la abuela. Cerró la puerta a su espalda y bajó las escaleras arrastrando el arcón por los escalones hasta el piso de abajo, donde se encontraba su dormitorio.

Una vez allí, lo primero fue sacarlo y ponerlo a lavar. Aunque las noches habían comenzado a refrescar, pues estaban a finales de septiembre, los días aún eran soleados y tendría tiempo de sobra de disfrutarlo limpio y seco para la noche.

Una vez tendido se detuvo unos segundos a la entrada de la casa sin saber a dónde ir. Aún se sentía desorientada. Llevaba demasiado tiempo realizando su rutina de manera mecánica, ahora no se encontraba a sí misma en ningún lugar. Tenía que comenzar a pensar de otra manera.

Aquella era su nueva casa. No sabía qué iba a hacer, pero sí que era el comienzo de su actual vida, una vida que no quería que tuviese nada que ver con la anterior. Una oportunidad de empezar de cero. Ahora quedaba decidir qué sentido iba a darle. Aunque no tenía que ser en ese instante; de momento podía conformarse con subir y ver qué contenía la caja del abuelo que había dejado en su cuarto.

El cartón no estaba muy deteriorado, a pesar de llevar décadas allí amontonada. Rompió los precintos de cinta de embalar con los que el abuelo la había cerrado y la liberó de la tapa. El interior de la caja la dejó confusa. Ocho almohadones envasados en fundas de plástico y perfectamente

etiquetados. Cada uno correspondía a uno de los días que venían anotados en el exterior de la caja. A la fecha acompañaban otros datos. Tres estaban etiquetadas a nombre del Sr. Castle, cuatro más a nombre de la Sra. Romero, y la última de la Sra. Carvajal. Debajo de cada nombre una anotación más completaba la etiqueta: «Sin resultado».

¿Sin resultado de qué? No le encontraba ningún significado. Revisó las fundas, eran almohadas individuales, normales y corrientes. Las que habían tenido sus abuelos siempre en la casa de huéspedes. Recordaba bien esas almohadas, siempre impecables. Las sábanas y edredones que utilizaba la abuela eran ahora auténticas obras de arte, confeccionadas a mano con los mejores tejidos. Entendía que aquellas exquisitas piezas estuviesen empaquetadas y enfundadas con sumo cuidado, pero no los almohadones...

¿Qué sentido tenía guardarlos? ¿Qué había motivado a su abuelo a no solo conservarlos así, sino clasificarlos de aquella manera tan extraña? La intriga le hizo realizar un acto impensable para ella.

Volver al desván.

Tenía que revisar el contenido del resto de las cajas, algo que le iba a llevar mucho más de los cinco minutos que aguantaba estar allí.

Lo primero era ponerse la indumentaria adecuada: Una mascarilla, unos guantes de látex y ropa desechable. Y las armas necesarias: Un martillo, tijeras y bolsas de plástico.

Salió del desván tras cinco horas de masticar polvo, y lo peor, mucho más confusa de lo que había entrado. Su primera tarea había consistido en quitar los tablones de las ventanas para poderlas abrir por completo. Una vez expuesta la habitación a toda la luz y el aire fresco y renovado del exterior, la estancia no resultaba tan aterradora. Al contrario, podía tener hasta un encanto especial. El techo, aunque inclinado, era bastante alto, con lo que no había tenido que agacharse en ningún momento. Las vigas y las paredes forradas de madera hacían que fuese muy acogedora y el espacio era decididamente muy amplio.

Después de una inspección superficial, se dedicó a examinarlo todo de manera mucho más exhaustiva; quería revisar el contenido de cada caja. No había conseguido hacerlo con todas pero tampoco le hacía falta para saber lo que atesoraban las que aún seguían precintadas.

Todo eran almohadones.

No había nada más. Almohadones y más almohadones, guardados y

clasificados a lo largo de décadas. Cada uno llevaba una etiqueta en la que se especificaba el nombre de la persona que lo había utilizado y la fecha en la que lo hizo, junto con una anotación al final que no variaba en ninguna. «Sin resultado».

¿Qué «resultado» había esperado conseguir el abuelo de aquellas almohadas? ¿Qué sentido tenía guardar las que habían utilizado los huéspedes de la casa durante años? No habían sido reutilizadas, cada huésped había usado una nueva, que posteriormente había sido guardada celosamente a su partida. ¿Con qué fin? Tenía que averiguar por qué, pero, ¿dónde conseguir más información? Jamás había escuchado hablar a sus padres de aquella obsesión del abuelo por coleccionar almohadas y ya tampoco se lo podían decir.

Estaba sola. Todo cuanto tenía sobre su familia estaba en aquella casa. Nadie podía contarle nada sobre ellos, ni sobre lo que había pasado allí. El abuelo debía tener un motivo para coleccionar esos almohadones de los que había esperado obtener algo. Algo que no consiguió, de ahí aquellas misteriosas palabras: «sin resultado».

Transcurridas las cinco horas que había pasado en el desván, bajaba las escaleras perdida en sus pensamientos, más parecidos a delirios que a reflexiones de una persona cuerda.

En la biblioteca había estado siempre el escritorio de su abuelo. En los días que llevaba allí se había mantenido alejada de él, no queriendo cotillear demasiado entre sus papeles. Ahora, sin embargo, tenía la necesidad imperiosa de saber... Si encontraba en aquel escritorio algo que la ayudase a entender lo que acababa de ver en el desván, tenía que hacerse con ello.

Se dirigió a la planta baja poseída por una resolución que hacía meses no sentía. Por primera vez desde que llegó, cada paso de los que daba tenía un sentido, no eran una sucesión de movimientos que se limitaban a desplazarla de un lado a otro, había una razón. Y eso fue sencillamente revitalizador.

Aquella era una casa enorme. La planta baja era la zona de los espacios comunes: una gran sala, una biblioteca, una cocina con comedor y un baño. Subiendo la escalera, seis dormitorios y dos baños, y arriba el desván. La vieja casa era una herencia familiar de los bisabuelos, padres de la abuela. Ella la convirtió en casa de huéspedes al heredarla, y así conoció al abuelo, que fue a hospedarse allí al regresar de un viaje de trabajo, de camino a su casa, en una ciudad cercana. Iba a casarse con su novia de toda la vida hasta

que vio a la abuela y ya no se marchó de allí.

Cuando la edad impidió al abuelo realizar todas las tareas que requería su cuidado, cerró todas las habitaciones a las que ya no iba a dar uso y descuidó el mantenimiento. A pesar de ser una casa con mucho encanto, ahora tenía un aspecto desalentador. Si decidía quedarse allí iba a tener que destinar gran parte de sus ahorros a su reforma y rehabilitación.

Por fin llegó hasta la biblioteca, su habitación favorita. Lo había sido desde niña, entonces, su pasatiempo preferido consistía en coger un libro y meterse bajo el escritorio del abuelo a leer. Era su escondite, un escondite ridículo pues siempre sabían que podían encontrarla allí, pero a ella le hacía sentir segura. En aquella ocasión no iba a sentarse bajo el escritorio, en lugar de eso, iba a ocupar la silla de madera oscura y robusta, con ruedas en las patas y respaldo tan alto que podía reposar la cabeza. Intentó abrir los cajones del escritorio, pero estaban cerrados con llave. Entonces se le ocurrió algo que había visto en las series televisivas de misterio: pasó la mano por la parte baja del escritorio y allí estaba, pegada con un trozo de cinta. Una pequeña llave dorada que recordaba colgada siempre en el llavero de su abuelo. La metió en la cerradura y en un segundo se encontró frente a todo tipo de documentación que había estado atesorando este durante años.

Ojeó los papeles por encima hasta que algo llamó su atención, un cuaderno forrado en piel negra con unas letras grabadas en verde que decían: «Diario».

¿Diario? ¿El abuelo escribía un diario? Lo abrió sin otorgarse demasiado tiempo a pensar en lo que estaba haciendo.

«A los pocos días de llegar aquí, me di cuenta de que ya no estaban. No he vuelto a tenerlos, ni esos ni ningún otro, y no sé qué hacer. ¿Cómo los puedo recuperar? Lo he estado meditando y he llegado a la conclusión de que si no puedo recuperar los míos, quizás pueda obtenerlos de las personas que se hospedan en la casa, pero ¿cómo? Me niego a pensar que jamás volveré a tenerlos».

¿De qué hablaba el abuelo? ¿Qué había perdido al llegar a aquella casa? ¿Qué pretendía conseguir de los clientes? ¿Y tenía aquello algo que ver con su colección de almohadones? Era demasiado mayor para sentarse bajo el escritorio a leer, decidió coger el diario y seguir haciéndolo en su cuarto. De camino a su habitación pasó por la puerta de la cocina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había comido en todo el día, se le había olvidado. También había pasado por alto sacar el edredón de la lavadora, ya no estaría

seco para la noche. Tendría que ingeniarse la manera de pasarla caliente.

Hacía unas horas lo que le preocupaba era no pasar otra fría noche como la anterior, pero en aquel momento no le dedicó ni un par de segundos al problema. Quería averiguar qué había perdido el abuelo al llegar a aquella casa.

Mientras se preparaba un par de sándwiches pensó en encender la chimenea del salón y enroscarse en el mullido sofá de flores que había enfrente. Era un buen sitio para leer. Cuando lo tuvo todo preparado, se acomodó y abrió el diario, ya tan solo hambrienta de curiosidad.

«He comenzado a clasificar los almohadones de los huéspedes. Los cambio con cada uno. No quiero que algo ponga en peligro la posibilidad de poder recuperarlos. Si con esto consiguiera volver a tenerlos, sería muy afortunado».

¿Recuperar el qué? ¿Qué tenían que ver aquellos almohadones con lo que había perdido el abuelo?

«Llevo meses haciendo pruebas, hemos tenido catorce huéspedes en este tiempo, pero no he obtenido resultados. He preguntado a Irene si ha notado algo extraño en el suyo, pero mi querida esposa dice que está como siempre. ¿Es posible que solo los haya perdido yo?».

Esa era la siguiente anotación del abuelo, cada vez más confusa. Empezó a temer que el hombre que toda su vida le había parecido la persona más cuerda que había conocido, el hombre al que consultaba cada vez que sentía tambalear su mundo, hubiera perdido la cabeza. Pero una cosa así se habría notado. En algún momento su comportamiento habría denotado anormalidad, desequilibrio, obsesión. Pero jamás se dio el caso.

«He comenzado a hacer preguntas a los huéspedes. No dejen que sospechen, excuso mis interrogatorios como mera preocupación por su comodidad y confort. Ellos aceptan de buen grado mis preguntas y así he conseguido averiguar que todos ellos los han perdido. Todos ellos».

Aquella anotación era de unos meses después. Pero seguía sin ser aclaratoria. Cuanto más leía, más necesitaba saber. Pasó la página en busca de la siguiente anotación que databa de años después.

«¡Llevo tantos años investigando, y no he conseguido progresar en mis averiguaciones! En este tiempo he esclarecido que Irene no los ha perdido porque nunca los tuvo. ¿Es eso posible? El resto de los huéspedes, cuando llegan aquí también los pierden. Dentro de esta casa nadie los puede tener. Por

esta razón he pedido a mi hija que no deje a la niña más de una semana seguida aquí. No quiero que mi pequeña viva sin ellos. Me da miedo que luego no pueda recuperarlos».

Leer que el abuelo había pedido a su madre que no la dejara con ellos más de una semana seguida, le aclaró algo que la había inquietado durante muchos años. De niña había pasado grandes temporadas en la casa con los abuelos. De repente, cerca de sus ocho años de edad, su madre comenzó a dejarla solo por unos días cada varios meses. Ella pensó que había hecho algo que molestaba a los abuelos, pero su madre le dijo que estos se hacían mayores y no quería darles trabajo. Aun así, siguió teniendo dudas y por lo visto bien fundadas. El abuelo tenía otras razones.

Siguió leyendo. De aquella a la siguiente anotación también pasaban varios años.

«El desván está repleto, y hace años que perdí toda esperanza. Perdí los míos y no los pude recuperar a través de los demás. Aun así he seguido guardando esos almohadones. Irene cree que son manías de un viejo tonto, yo solo le respondo que igual que otros coleccionan monedas, yo colecciono noches vacías. La casa tiene algo mágico, algo que hace que toda persona que pasa la noche en ella sea incapaz de soñar. Fuera de estas paredes sí se puede, pero dentro es imposible. Hace años me resigné a vivir sin sueños. Primero me sentí el hombre más desgraciado del mundo, pero después me di cuenta de que podía seguir soñando despierto. En realidad, esos son los sueños que queremos que se hagan realidad. Yo tengo una bella casa, y una bella familia. Y una colección de almohadones, que, aunque no pudieron devolverme los sueños, ni propios ni prestados, son todo un homenaje a las noches vacías. En estos años he descubierto que para muchos, esa influencia que ejerce la casa sobre ellos ha sido toda una liberación. Hay muchas personas perseguidas cada noche por sus fantasmas, sus monstruos, y aquí son libres, por eso me siento feliz, porque he visto a mucha gente entrar con el alma agotada y salir recuperando las energías y soñando despiertos con un nuevo camino. Seguiré almacenando esos almohadones vacíos, en tributo a ellos, mientras pueda. Todo el mundo debería poder refugiarse de su mente».

¿Aquello era posible? ¿La casa tenía algún tipo de influencia mágica que impedía a las personas soñar cuando dormían en ella? El abuelo había perdido la cabeza. ¿O no? Si se paraba a pensarlo, desde que llegó allí, ¿podía recordar haber tenido algún sueño? No, no podía. Pero no recordarlo no

significaba no haberlos tenido, ¿verdad?

Casi cuatro meses después abría las puertas de la nueva casa de huéspedes, «Noches vacías» sin hacer honor a su nombre, pues en cuanto la anunció en Internet ofreciendo el descanso especial que podía conseguirse allí, las reservas se hicieron tan abundantes como para llenar la agenda de varios meses. Ella no había vuelto a tener sueños, ni buenos ni malos, lo que hacía que se despertase siempre con las energías renovadas y soñando despierta. Aunque tampoco le hacía falta, porque aquella casa que no la dejaba soñar le había devuelto, paradójicamente, la ilusión por cumplir sus sueños.

CAPÍTULO 1

Antes de verla, Antoinette escuchó a su jefa que bajaba de la planta superior, canturreando. A lo largo de los meses se había dado cuenta de que tenía una melodía para cada ocasión. Y esta era inconfundible. Se trataba de *Memory* de Barbra Streisand, y la usaba para «la recogida». Que no era más que el procedimiento que usaba para retirar los almohadones de los huéspedes que acababan de marcharse. Los embolsaba, clasificaba y guardaba. Cuando le había preguntado por su motivación para hacer algo así, le contestó que solo seguía la tradición. Por lo que el resto tuvo que ir deduciéndolo ella sola, observándola durante aquel tiempo.

La vio cuando pasó frente a la puerta de la cocina, tan concentrada como absorta en sus propios pensamientos. Llevaba un vestido vaporoso en rosa pastel y unas bailarinas en el mismo color, y casi parecía una niña. Solo la advirtió un segundo, pero entonces, como si supiese que la observaba, la vio caminar marcha atrás hasta volver a la puerta. En cuanto se percató de que estaba acompañada de su hija, sonrió hasta que unos encantadores hoyuelos presidieron sus mejillas.

—¡Tati! ¿Has venido a ayudar a tu madre? —le preguntó tras la pila de almohadones que cargaba.

—Sí, es que la abuela se ha marchado unos días a la ver a la tía Agnes — repuso su pequeña.

—Espero que no te importe. Preferí traerla a dejarla con Rachel. Ya sabes que sus hijos son un poco salvajes —se explicó Antoinette, refiriéndose a su loca vecina y a sus indomables vástagos.

—¡Por supuesto que no me importa! Me encanta que hayas venido — aseguró dirigiéndose directamente a la niña—. Aquí lo pasarás mucho mejor. Y, ¿sabes? Hoy viene un chico a hospedarse.

—¡Los chicos son lo peor! —exclamó Tati cambiando su sonrisa inicial por una cara de asco.

—No te lo niego, a veces pueden serlo. Pero a lo mejor este no lo es... — Madeline alzó las cejas un par de veces con misterio.

Tati se encogió de hombros con una de sus lindas y blancas sonrisas, que contrastaban con su tez oscura y cabello tan negro como la noche. Ese día lo llevaba recogido en dos trenzas terminadas con dos lazos color rosa, a juego con su camiseta y sus zapatillas de deporte.

—¿Me guardáis un trozo de budín de plátano? Cuando termine, estaré muerta de hambre —dijo Madeline dirigiéndose a la puerta trasera para salir al jardín.

Sabía que era allí, en el cobertizo, donde guardaba sus preciados tesoros. Y que durante la próxima hora no volverían a verla hasta que no saliese de él, cuando terminase con su ritual. El mismo que había hecho su abuelo durante años.

Madeline Hart no era de las que dejaban una tarea a medias, y mucho menos de las que se rendían. Y Antoinette tuvo la certeza de ambas cosas el mismo día que la conoció. No se trataba de una apreciación precipitada, sino de una conclusión meditada tras pasar con ella las tres horas que duró su entrevista de trabajo.

Recordaba el día que llegó a la casa de huéspedes como si hubiesen pasado días en lugar de meses y eso era gracias a ella, a su hospitalidad, a su franqueza, a su dulzura, pero también a su carácter decidido y obstinado.

Aquel día, tras rodear el jardín de apariencia salvaje, bordeó la casa sin dejar de maravillarse por la fachada. Y terminó por adentrarse a hurtadillas por la única puerta que encontró abierta, la trasera que daba a la cocina. Algo casi premonitorio, pues ese se convertiría en su santuario a partir de ese día.

Durante largos minutos la recorrió con admiración. Era cálida, acogedora, y estaba muy bien equipada. En aquella cocina confluían los típicos muebles de madera de los años cincuenta y los mejores y más modernos electrodomésticos. El resto de la casa la dejó igualmente impresionada, y no era de extrañar. Se trataba de una de las construcciones más grandes de aquella ciudad. Situada en las afueras, siempre había generado cierta expectación y habladurías. Decían que estaba hechizada, aunque ella había creído que no eran más que cuentos de viejas hasta que se publicó aquel reportaje en el periódico, diciendo que en poco tiempo la casa de huéspedes volvería a abrir sus puertas bajo la promesa de encontrar la paz en el sueño cuando se dormía bajo su techo.

Su primera reacción fue la de sonreír ante semejante ocurrencia. ¿Quién podía prometer algo así? En cuanto el primero de los huéspedes desmintiese

esa majadería, su dueña se convertiría en el hazmerreír de toda Luisiana.

No habría dado mayor importancia a aquella casa y aquel reportaje si no se hubiese quedado sin trabajo dos días más tarde, como cocinera en un hospital de Lafayette. No le gustaba el trabajo, perdía mucho tiempo durante los trayectos en autobús hasta allí desde Liberty Grove. Y la comida de hospital era tan básica e insulsa que cocinar terminaba por convertirse en una operación mecánica y carente de creatividad. Pero como madre soltera de una niña de cinco años, perder su única fuente de ingresos era algo que no se podía permitir.

Su pequeña Tati era lo más importante en su vida y en medio de su desesperación, no tardó en recordar no solo el artículo del periódico, sino los comentarios de la camarera que la había visto leerlo, asegurando que la nueva dueña iba a fracasar estrepitosamente al no encontrar quien quisiese trabajar en la casa de huéspedes debido a la maldición que, según se decía, pesaba sobre ella.

Fue como ver una luz al final de un túnel. Ella no tenía miedo. Respetaba las historias que le había contado su madre desde niña sobre brujería, magia y santería, pero el miedo nunca había impedido que hiciera algo en su vida, y mucho menos sería obstáculo para que cuidase de su niña.

Con tal disposición recorrió los pasillos de la casa de huéspedes dejándose guiar por las notas de la música que llegaba de la planta superior. Era *Someone to watch over me*, de Ella Fitzgerald, y la voz dulce y melancólica de la cantante provocaba que aquel paseo por la casa la hiciese creer que caminaba también a través del tiempo. Estaba claro que la dueña de la propiedad había decidido gastarse un dineral en restaurar el mobiliario antiguo en lugar de reemplazarlo. Y deslizar la mano por la preciosa barandilla de madera de nogal cuando decidió continuar su inspección hacia la planta superior, le despertó una sonrisa.

Desde luego aquel lugar parecía de todo menos tenebroso y embrujado. La voz de Ella la llevó finalmente hacia una de las habitaciones de la primera planta y al llegar al marco de la puerta vio por primera vez a la que se convertiría en su jefa. Iba a golpear la madera del marco con los nudillos para anunciar su presencia cuando la curiosidad por la mujer la detuvo a medio camino, haciendo que se tomase unos segundos más para inspeccionarla antes.

Madeline parecía una mujer pequeña, frágil, casi delicada, debido a su apariencia. Tenía el cabello color cobre y muy corto, a lo *garçon*, con un

flequillo rebelde que se empeñaba en arremolinarse sobre sus ojos verdes. Su piel era muy pálida y nacarada, tan solo marcada por las dispersas pecas que besaban sus mejillas. Era delgada y esbelta. Su madre la habría considerado demasiado flaca y por la falta de tono en sus mejillas, le habría recetado unos buenos guisos que llenasen sus curvas y proporcionaran algo de color a su rostro, pero a ella le pareció elegante y le recordó a un ser mágico de cuento. Cuando elevó los brazos y se estiró con un movimiento lento y flexible, en su mente se transformó en una distinguida bailarina. Esta vez la sonrisa llegó hasta sus ojos y en ese momento, Madeline se giró y clavó la mirada en ella. Apretó los labios al darse cuenta de que había sido pillada infraganti.

—¡Hola! —le dijo con cierta sorpresa. Y caminó hacia ella. Tenía la mirada de un gato curioso y carraspeó antes de hablar.

—Perdón, no he querido asustarla...

—No lo ha hecho —sonrió. Y el gesto le pareció tan sincero que Antoinette se vio obligada a devolvérselo.

—Bien —repuso apartándose del marco para acercarse a la mujer—. Soy Antoinette Williams —se presentó ofreciéndole la mano—, he venido para brindarle mis servicios. Esta es una casa enorme —añadió mirando a un lado y a otro para dar sentido a sus palabras—, y por lo que he leído en el periódico tiene intención de abrir las puertas de la casa de huéspedes en poco tiempo. Supongo que necesitará ayuda.

Soltó su discurso con seguridad y anclando su mirada ambarina en la verde de ella. Cuando sus manos se encontraron, la firmeza del apretón le gustó y le infundió confianza.

—Supones bien. Antoinette, ¿te importa si nos tuteamos? No me gustan los formalismos. Yo soy Madeline Hart —se presentó al tiempo que se apartaba el rebelde flequillo de los ojos.

—Claro que no, yo también lo prefiero así.

—Perfecto. ¿Qué sabes hacer? —preguntó sin rodeos, entrelazando los dedos de sus manos y echando los hombros hacia atrás.

—De todo un poco. Puedo ayudar con la limpieza, la atención de los clientes, el jardín... aunque mi fuerte es la cocina.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico! —exclamó tras escucharla muy atentamente.

—¿Lo es? —preguntó al verla pasar por su lado, salir de la habitación y dirigirse a la escalera por la que había subido ella.

—¡Por supuesto! Me muero de hambre y yo no sé hacer más allá de unos sándwiches o huevos revueltos. ¿Te importaría demostrarme tus dotes culinarias mientras nos conocemos un poco más? No creo equivocarme al decir que este va a ser el comienzo de una bonita amistad —declaró con tanta seguridad que Antoinette sacudió la cabeza a su espalda.

Su precipitada conclusión, cuando apenas habían cruzado un par de palabras, la dejó muda y no pudo menos que aceptar su petición y seguirla, con la seguridad de que la experiencia iba a ser interesante.

Y no se equivocó. No solo lo fue aquella tarde, sino cada uno de los días que sucedieron en los siguientes seis meses.

CAPÍTULO 2

Ya antes de volver a adentrarse en la cocina, Madeline oyó las risas de Antoinette y Tati, que lo inundaban todo. Se detuvo en los escalones a escucharlas, mordiéndose el labio inferior. La casa de huéspedes no se había convertido en un verdadero hogar, por mucho que se hubiese esforzado en intentarlo, hasta que ellas llegaron. Y es que madre e hija se habían instalado en su corazón nada más conocerlas. No era de extrañar, Antoinette era una mujer admirable; fuerte, decidida, trabajadora, divertida, entregada y preciosa. Lo primero que le llamó la atención de ella fue su mirada. Era una de esas cargadas de vitalidad y optimismo que te hacían sonreír inmediatamente. Mostraba seguridad y honestidad y ambas cosas le habían encantado. Y cuando probó su *quiche lorraine*, cayó rendida a sus pies. No dudó en contratarla inmediatamente y desde entonces no solo eran jefa y empleada, también se habían convertido en amigas.

Lo de Tati fue amor a primera vista. Antoinette la llevó una tarde después de la escuela, para poder vigilarla mientras ella preparaba una cena especial para unos huéspedes, y se quedó fascinada con la pequeña. Era muy creativa y risueña. Siempre estaba haciendo cosas con cartulinas, papeles, pegamento, tijeras y purpurinas de colores. Hablaba mucho mientras realizaba sus preciosas creaciones, y le contaba sus sueños. Estos estaban llenos de color y seres fantásticos. Le resultaba fascinante.

No recordaba lo que solía soñar cuando era niña, tal vez fueran aventuras tan divertidas como las de Tati, aunque dudaba que su imaginación hubiese dado para tanto. Y ahora ya no soñaba. No se quejaba, en ese momento de su vida no lo necesitaba, incluso lo agradecía. Pero aun así no podía evitar sentirse fascinada por lo que era capaz de generar la mente de la niña. Pasar tiempo con ella era revitalizante, aunque a veces no pudiese evitar preguntarse cómo habría sido ser madre de su propia niña o niño, si hubiese podido. Si todo hubiese salido bien, antes de que su corazón se quebrase en miles de pedazos.

Una nueva carcajada de la niña sacudió su mente justo en el momento en el

que esta parecía dispuesta a dejarse sumergir en la oscuridad de sus más tenebrosos recuerdos. Y lo agradeció tanto que entró en la cocina con una gran sonrisa. Madre e hija le devolvieron el gesto. Fue hasta la alacena y tomó su taza de desayuno favorita, se sirvió un té con leche y dos azucarillos y se sentó en el taburete contiguo al que ocupaba Tati. Antoinette no tardó ni dos segundos en servirle una porción de su famoso budín. Tomó el plato y lo olisqueó con los ojos cerrados, deleitándose y anticipándose al placer que le proporcionaría.

—¿Hay algo mejor en el mundo que esto? —dijo con un gran suspiro, devolviendo el plato a la mesa.

—No muchas, pero al menos se me ocurren un par de cosas —repuso su amiga y cuando le echó una mirada interrogativa, le guiño un ojo con picardía, mientras ocultaba el rostro a su hija.

Apretó los labios para contener la risa. Antoinette le había confesado que el calor de aquellos días de agosto la estaban volviendo loca, revolucionando sus hormonas y deseos y haciendo que, por primera vez en seis años, se plantease volver a tener citas. Tosió y se aclaró la garganta antes de hablar. A ella no le pasaba. Su dolor era mucho más reciente que el de su amiga. Ambas eran mujeres jóvenes y viudas, aunque Antoinette llevaba siéndolo desde antes de nacer Tati, mientras que ella apenas había marcado un año en su calendario.

—De momento yo prefiero mil budines a cualquier cosa que tengas en mente. —Volvió a tomar la taza y dio un gran sorbo.

—¿Qué tienes en mente, mami? —preguntó Tati que, aunque parecía no enterarse de nada concentrada en hacer una mariposa rebozada en purpurina morada y rosa, tenía la antena puesta para no perder detalle.

—Chocolate, cariño. Tengo en mente mucho, mucho chocolate —le contestó su madre abriendo desorbitadamente los ojos, dando un doble sentido a sus palabras.

—Me gusta el chocolate —dijo inocentemente Tati esmerándose en poner más pegamento a su obra.

Antoinette hizo una mueca y Madeline contuvo la risa.

—Claro que sí, cielo. No hay nada mejor que el buen chocolate. A ti te gusta, a mí me gusta y seguro que a Madeline le vendría genial un poquito también.

Cuando la miró con picardía para que recibiera el mensaje, Madeline le lanzó su servilleta a la cara en respuesta.

Antoinette llevaba semanas queriendo presentarle a uno de sus primos. Tenía muchos, su familia era grande, y al menos sabía que había elegido al más guapo para ella. Pero, aunque fuese un dios sexi de piel morena y tan tentador como el más delicioso *coulant* de chocolate, ni su mente ni su cuerpo se sentían preparados. Se sintió salvada por la campana cuando el timbre de la puerta sonó, y se levantó del asiento rápidamente, con la excusa de ir a recibir a los nuevos huéspedes.

—¡Seguiremos hablando del tema más tarde! —le gritó Antoinette mientras ella salía.

Se limitó a negar con la cabeza y, tras mirarse en el espejo del recibidor, abrir la puerta con una gran sonrisa de bienvenida. Esperaba un par de nuevas entradas para ese día, pero curiosamente en esta ocasión se trataba de la mujer de cuyo hijo le había hablado a Tati esa mañana. Los miró a ambos alternativamente y ya pudo ver la diferencia entre los dos. Pues mientras ella le mostraba un semblante serio, adusto, y mirada áspera, el niño, de unos ocho años, le sonrió abiertamente. Su gesto duró lo que tardó su madre en girarse al percatarse de que centraba su atención en él. En cuanto la mirada de la madre cayó sobre él, su semblante cambió radicalmente, apesadumbrándose.

—Pasen, bienvenidos a Noches Vacías. —Se apartó a un lado para dejarles entrar—. No se preocupen por el equipaje, pueden dejarlo aquí mismo que después de la inscripción, se lo subiremos a su cuarto.

—Perfecto —fue el escueto comentario que hizo la mujer, apretando los labios, mientras miraba a un lado y a otro, recorriendo el vestíbulo.

Por su gesto no supo si lo que veía le gustaba o no. El niño hizo lo mismo, pero este abrió la boca cuando se asomó por la puerta que daba a la sala común.

—¡Mamá, hay un piano! —exclamó emocionado.

—Simon, haz el favor de no separarte de mi lado y no enredes —le espetó en tono cortante y autoritario. Ni siquiera lo miró, pero aquella frase hizo que el niño tomase aire, dejase caer sus hombros y con gesto abatido, obedeciera colocándose junto a su madre.

Madeline, que entretanto había abierto el libro de registros tras el mostrador, lo miró fugazmente, sabiendo que ningún comentario por su parte sería bien recibido por la señora Howell, que la observaba con nerviosismo.

—Señora Howell, dispone de una habitación doble con todas las comodidades. Sobre la mesita de noche tiene el horario para el desayuno y las

comidas y si les apetece cualquier otra cosa durante el día, solo tienen que acercarse a la cocina. Nuestra cocinera, Antoinette, siempre la tiene provista de dulces y tentempiés.

—Bien —dijo con cierta impaciencia. Tomó la llave que le entregó y la observó en su palma, encogiendo la mirada. Las antiguas llaves de las habitaciones y su borla de hilo de seda a juego con el color de las paredes siempre llamaban la atención de los huéspedes, pero no era eso lo que veía en el rostro de Samantha Howell.

—Disponemos de biblioteca, salón común, baño, comedor y la cocina, en esta misma planta. En el jardín pueden disfrutar de muchas zonas de relax, y ahí mismo —dijo señalando el atril que había junto a la puerta—, puede ver las opciones de recreo que ofrece Liberty Grove y sus alrededores. Verá que la oferta es amplia y variad...

—No estoy interesada en las posibilidades de ocio de este lugar —repuso tajante—. Solo quiero algo de paz.

Samantha Howell clavó su mirada castaña en ella, con una intensidad que la hizo tragar saliva.

—¿Puede asegurarme que es lo que encontraré aquí? —le preguntó y en su gesto llegó a vislumbrar ansiedad.

—Le aseguro que así será —repuso Madelaine, tomándose la libertad de posar la mano sobre la de la mujer, que parecía tan alerta y crispada como un soldado en mitad de la batalla.

El tacto de su piel le hizo sentir una corriente eléctrica y oscura, tal y como sospechaba. Sin embargo, la sorpresa llegó a los ojos de su nueva huésped que fijó la mirada en su mano y retiró la suya con rapidez.

—Gracias —repuso esta, apartándose del mostrador—. Si nos guía hasta la habitación, me gustaría refrescarme —añadió con sequedad.

La señora Howell se giró para instar a su hijo a seguirla y entonces vio que este estaba distraído mirando hacia la puerta que daba a la cocina, y más concretamente a Tati, que asomaba por el marco. La pequeña sonrió a su hijo y el rostro de la señora Howell se contrajo como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—¡Vamos, Simon! —Lo tomó de la mano y con un tirón lo obligó a seguirla e ignorar a Tati.

Los niños se miraron hasta que Simon se perdió escaleras arriba arrastrado por su madre.

Madeline observó la escena, perpleja, y Antoinette, que había sido espectadora en las sombras, de cómo la mujer alejaba al niño de su hija, como si esta tuviera la peste, tomó a Tati por los hombros y se la llevó de vuelta a la cocina, frunciendo el ceño y esperando no tener problemas con ella. Aunque algo en la forma con la que había mirado a Tati le decía que no iba a tener tanta suerte.

CAPÍTULO 3

—¿Estaba todo a gusto de la bruja? —preguntó Antoinette a Madeline cuando esta regresó de mostrar la habitación y el baño a la señora Howell.

Madeline buscó a Tati mirando a un lado y a otro y, leyendo su mente, su amiga le aclaró:

—Está jugando en el jardín. No quería que oyera nuestra conversación. Es muy pequeña para tener que enfrentarse ya al racismo.

—A mí tampoco me ha gustado la reacción de la señora Howell, pero no estoy tan segura de que se trate de lo que crees.

—Ha apartado a Tati como si no quisiera que compartiesen ni el mismo aire. ¡Ella solo lo estaba mirando! —protestó entre dientes Antoinette, siguiéndola hasta la cocina.

—Lo sé. Y yo habría pensado lo mismo si no hubiese visto algo en su mirada...

—¿Algo en su mirada? ¿Qué has visto? —la interrogó tomando asiento frente a ella, en la isla de la cocina.

—Un abismo, amiga. He visto un pozo de desesperación y dolor en su mirada.

Sus palabras hicieron que Antoinette tragase saliva y soltase el aire lentamente. Confiaba en su intuición. No podía explicar por qué, pero Madeline le había demostrado que podía leer el alma de las personas. Tal vez fuese otra de las cosas extrañas que pasaban entre aquellas paredes. Pero desde que abrieron las puertas de la casa de huéspedes, habían recibido a suficientes clientes como para saber que rara vez se equivocaba con sus predicciones.

—¿Y qué puede haber en ese pozo que la haga querer apartar a mi pequeña de su hijo?

—No tengo la menor idea. Ya sabes que tenemos dos tipos de clientes, los curiosos y los que sufren. Y no me cabe la menor duda de que la señora Howell es de las segundas. Aunque no podemos preguntarle por el nombre del monstruo que la acecha.

—Supongo que no —repuso Antoinette encogiéndose de hombros—, pero no voy a dejar que haga sentirse mal a mi hija.

—Por supuesto que no. Si me equivoco, yo misma la invitaré a marcharse.

Que Madeline hiciese aquella afirmación significó mucho para Antoinette. Podían ser amigas, buenas amigas, pero aquel era su negocio. Por lo que el hecho de que ella estuviese dispuesta a perder a dos clientes por su hija y por ella, solo era una muestra más de lo mucho que las apreciaba.

—Muchas gracias. Aunque nunca te ha fallado la intuición y estoy segura de que esta vez no será una excepción.

Madeline asintió, justo en el momento en el que el timbre volvió a sonar. De un salto bajó del taburete y con una sonrisa se despidió de ella, abandonando la cocina.

Pocos minutos más tarde, Madeline daba las mismas explicaciones sobre las instalaciones de la casa al siguiente de los nuevos huéspedes.

—Y eso es todo. Ahora, si quiere, le mostraré su habitación para que pueda instalarse.

—Nada me gustaría más —declaró el recién llegado, el señor Jaime Appleton, con una sonrisa conquistadora.

La mirada apreciativa que vio en sus ojos hizo que Madeline apartara la mirada, confusa. El señor Appleton le había parecido, desde el momento en el que había puesto un pie en su casa, el típico seductor. Muy consciente de su atractivo y sin ningún reparo en demostrar dicha seguridad. Lo primero que había hecho había sido repasarla de arriba abajo sin pudor, nada más abrir ella la puerta. Y después, cuando le brindó la primera de aquellas sonrisas que derrochaba como si no costasen, supo que estaba acostumbrado a conseguir cuanto se ponía como meta. No era de extrañar. Mirándolo objetivamente, era muy apuesto, a la par que elegante. Iba vestido con un exquisito traje camel y camisa blanca. Los zapatos eran caros, al igual que su juego de maletas de diseño. El cabello castaño y ondulado, perfectamente peinado hacia atrás y sus ojos oscuros, resaltaban en un rostro armónico y masculino. Pero su mirada atrevida la ponía nerviosa. No sabía explicar bien qué era lo que provocaba en ella, pero lo que sí tuvo claro era que estaba deseando enseñarle su cuarto para distanciarse de él.

En cuanto pisó la primera planta, apresuró el paso hasta la puerta de su dormitorio y la abrió para él, para después apartarse a un lado, marcando las distancias. Lo vio adentrarse y echar un vistazo en derredor contemplando

hasta el más mínimo detalle del cuarto. Cuando se percató de que pensaba dilatarse en la inspección, tosió para llamar su atención.

—Al final del pasillo tiene los dos cuartos de baño de los que dispone esta planta. Ambos son completos y encontrará abundantes productos de aseo de confección artesana en ellos. Las toallas se cambian cada día, pero si necesita alguna más, no dude en decírnoslo y se la proporcionaremos.

—Estoy seguro de que sí. Por lo que tengo entendido son ustedes muy serviciales. —No fueron sus palabras, sino el tono ladino que usó en su declaración lo que le erizó la piel.

—¿Alguno de nuestros anteriores clientes le ha recomendado hospedarse aquí? —preguntó con curiosidad.

—No directamente, pero sí a través de terceros —repuso él tras acercarse a ella—. ¿Su dormitorio está en esta misma planta?

Aquella pregunta insolente hizo que Madeline diese un paso atrás.

—Perdóneme, he debido de resultarle demasiado atrevido. Me temo que no me he expresado bien. Solo me preguntaba dónde debía acudir en caso de tener una emergencia a horas fuera del servicio.

—¿Suele tener muchas urgencias de esas? —se atrevió a preguntar con gesto pétreo.

—Solo si tengo una crisis. Soy diabético, y aunque lo tengo bastante controlado, me temo que en algún momento he sufrido alguna bajada de azúcar que me ha hecho pasar un mal trago.

Jaime Appleton pudo apreciar inmediatamente cómo el gesto en el rostro de Madelaine, que se había puesto rápidamente a la defensiva, cambiaba radicalmente, mortificada por haber malinterpretado sus intenciones. En realidad, no lo había hecho. Había pecado de exceso de seguridad intentando desplegar todos sus encantos con la dueña de la casa en su primer encuentro. Supo que se había precipitado en cuanto ella marcó las distancias entre los dos y tuvo que recular para poder recuperar terreno. No era nuevo en el arte de la seducción. En realidad, era su mejor arma para lograr sus objetivos, y ahora, después de ver la culpabilidad en sus preciosos ojos verdes, ya sabía cuál era el punto débil de Madeline Hart: su bondadoso corazón.

—No se preocupe, si se encuentra mal, con pulsar el botón que hay junto a la cama, Antoinette o yo vendremos a auxiliarle con celeridad.

Appleton extendió una sonrisa solo para ella y cuando Madeline le devolvió el gesto sin recelo, supo que había ganado el primer asalto.

CAPÍTULO 4

—¡Madeline! Qué bien, me había parecido que era tu voz...

Esta se giró al oír que llamaba su atención otra de sus huéspedes.

—Grace... Sí, estaba mostrando su cuarto a un nuevo cliente —repuso ella señalando al susodicho, cuando este se acercó a la puerta.

La chica, que llevaba con ellas algo más de dos semanas, parpadeó varias veces cuando se encontró con él. Tardó un segundo en reaccionar y luego mostro una sonrisa algo tímida y nerviosa.

—¡Oh, perdón! No sabía que estabas ocupada. —Sacudió las manos frente a su rostro mientras se giraba, como si no supiese bien cómo salir de esa situación.

—No importa, siempre es un placer conocer al vecindario —intervino el señor Appleton desplegando una de sus sonrisas. Madeline lo vio avanzar un par de pasos y acercarse a Grace mientras extendía su brazo para saludarla.

La chica, más asustadiza que un ratoncito, se mordió el labio inferior cuando decidió devolverle el gesto y tomar su mano.

Madeline frunció el ceño ligeramente cuando en su mente la escena se asemejó a la de una imponente cobra alzándose orgullosa ante su víctima, deslumbrándola e hipnotizándola justo antes de descender en picado para engullirla.

Y eso la hizo intervenir.

—Grace, este es el señor Jaime Appleton. Estará con nosotros algunos días.

—Que bien... le encantará este sitio. Es un remanso de paz y tranquilidad —dijo la chica, colocándose un mechón de cabello, rebelde y dorado, detrás de la oreja, después de que este se le escapara del moño informal con el que lo recogía—. Yo no podría haber encontrado mejor lugar para terminar mi novela —aseguró sonriendo a Madeline.

—¿Novela? ¿Es usted escritora? —Appleton elevó una ceja y se acomodó apoyando un hombro en la pared, de manera despreocupada, como si su curiosidad hubiese crecido tanto como para plantearse continuar la

conversación más allá de una simple presentación.

—¡Oh... no...no! Solo lo pretendo. Aún no he publicado nada —dijo la chica sacudiendo las palmas frente a su rostro arrebolado.

El nuevo huésped se enderezó rápidamente y, suspirando levemente, cambió de gesto.

—No seas tímida. Tienes mucho talento, Grace. Lo conseguirás muy pronto —añadió Madeline que había tenido la oportunidad de leer algunas páginas del manuscrito en el que trabajaba unos días antes, cuando le pidió su opinión.

—Seguro que sí. Bueno, yo no las entretengo más —soltó Jaime con cierta impaciencia—. Voy a deshacer la maleta. Encantado de conocerla, conocerlas —puntualizó volviendo a enlazar la mirada con la de Madeline, antes de darse la vuelta y adentrarse en su cuarto, cerrando la puerta tras él.

Ambas lo observaron marcharse en silencio hasta que oyeron el clic del cerrojo de su cuarto.

—Un hombre interesante —apuntó Grace, más relajada. A Madeline no le cabía duda de que su timidez le había impedido relacionarse con muchos hombres.

—Tendremos la oportunidad de comprobar cuánto en los próximos días —dijo ella inquisitiva. Su tono desdeñoso debió llamar la atención de Grace que fijó la vista en ella con una sonrisa sorprendida—. Mi abuelo solía decir que no puedes estar seguro de que una manzana no tendrá gusanos, hasta que la muerdes —se explicó.

Aquella afirmación hizo que Grace ampliase la sonrisa.

—Tu abuelo era muy sabio.

—Eso creo yo —repuso ella, sonriendo también—. Y ahora, dime, ¿para qué me buscabas? ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó solícita.

—Ya se me había olvidado... Me preguntaba si te importaría que usase tu escritorio en la biblioteca, para escribir un rato allí. Llevo una hora con una escena que no consigo que avance, y creo que un cambio de escenario me vendría bien.

—Entiendo. No hay problema. Todo tuyo. Te acercaré un vaso de té helado para que te ayude también a refrescar las ideas —le dijo recordando que era su bebida favorita.

—¡Genial! Eres la mejor. Bajo contigo —repuso con entusiasmo. Y se adentró rápidamente en la habitación, para salir un segundo después con su portátil bajo el brazo.

Cuando llegaron a la biblioteca, en la que se hallaba el viejo escritorio de su abuelo, se encontraron sin embargo con que la sala ya estaba siendo ocupada por otro de sus huéspedes. Se trataba de Richard Cooper, un adinerado empresario jubilado que había llegado a la casa de huéspedes tan solo un par de días después de Grace. Había sido una auténtica suerte poder alojarlo, ya que no tenía reserva. Y curiosamente ese día se había quedado una habitación libre de forma repentina al marcharse su antiguo ocupante.

Como si fuera cosa del destino, el distinguido hombre se había alojado en la casa y a pesar de ser evidente que estaba acostumbrado a hospedarse en lugares mucho más lujosos y deslumbrantes, parecía cómodo en su hogar. Mucho más modesto, sin duda, pero en el que cada detalle estaba pensado con verdadero amor.

En cuanto las vio entrar se levantó del sillón que ocupaba, con un gesto cortés como otros muchos que tenía y que a Madeline le encantaban, pues le hacían recordar a un caballero de otro tiempo. Las miró a ambas alternativamente, dedicando su última sonrisa a Grace, que asintió con idéntico gesto.

—Señor Cooper, no sabía que estaba usted aquí. Si no le habría ofrecido antes un café.

—No he querido molestar.

—Usted nunca molesta. Apenas somos conscientes de su presencia en la casa. Es tan sigiloso como un ninja —repuso ella jovial.

Su comentario hizo que las comisuras de los labios del hombre, que seguía conservando un gran atractivo, se elevaran con diversión. Madeline se detuvo a pensar en cómo una sonrisa era capaz de transformar un rostro. El señor Cooper era un hombre muy apuesto. Estaba segura de que en su juventud habría roto decenas de corazones. Tenía el cabello casi blanco, aunque aún se podía vislumbrar, entre las canas, el negro de su color original. Sus ojos eran del azul del océano, enmarcados por una cejas oscuras y arqueadas. Y sus facciones le recordaban a las de una antigua estrella de Hollywood. Pero solía mostrar un gesto serio, aunque afable. Sin embargo, en las contadas ocasiones en las que lo había visto sonreír abiertamente, su mirada se iluminaba y parecía querer contar tantas historias como guardaba bajo la curtida piel.

—Señorita Porter, ¿venía a escribir? —preguntó el hombre, perspicaz, señalando el ordenador que Grace sostenía bajo el brazo.

—Mm... Sí. Esa era mi intención, pero no voy a interrumpir su lectura. Lo

bueno de estos trastos es que se pueden llevar a cualquier sitio... —dijo mirando a un lado y a otro, sopesando dónde podía instalarse.

—No, por favor. Quédese. Sé que le gusta escribir aquí, y no me extraña. Esta casa tiene una de las mejores colecciones privadas de libros que he visto. Las musas de los grandes autores deben susurrarle con mayor intensidad en este lugar.

Grace contuvo una risita, asintiendo, pues era exactamente lo que sentía allí.

—Yo saldré al jardín, me vendrá bien estirar las piernas antes del almuerzo —terminó por decidir el hombre, dejando el libro sobre la mesa.

—Es usted muy amable, señor Cooper —consiguió decirle Grace antes de que este pasase junto a ellas para marcharse, tras despedirse inclinando levemente la cabeza—. Es un hombre encantador —apuntó Grace en un susurro en cuanto las dejó solas.

—Sí que lo es. ¡Qué pena que ya no se hagan hombres con ese molde! —soltó Madeline con un suspiro.

Grace la volvió a mirar con sorpresa, y ambas terminaron riendo juntas.

CAPÍTULO 5

Cinco huéspedes, pero solo cuatro de los seis dormitorios ocupados. Era la primera vez que no tenían completa ocupación desde su apertura, pero a Madeline no le importó. Le permitía disfrutar de un poco más de tiempo para ella, para sus lecturas, para relajarse en el jardín y disfrutar de largas charlas con Tati y Antoinette. Las comidas y cenas también eran más íntimas. Le gustaba que los huéspedes compartieran mesa, crear un ambiente acogedor de convivencia, y eso era fácil con Grace y el señor Cooper, que como llevaban casi el mismo el tiempo en la casa, habían adquirido ya cierta confianza.

La llegada de los tres nuevos huéspedes, sin embargo, había roto un poco esa dinámica casi familiar. Jaime Appleton se esforzaba, tal vez demasiado, por simpatizar y relacionarse con el resto. Era amable y cortés con todo el mundo, pero en ocasiones le resultaba algo forzado. Y algo parecido debía juzgar el señor Cooper, pues lo había sorprendido, en un par de ocasiones, observándolo con gesto contrariado cuando Appleton conversaba animadamente con Grace.

La señora Howell, sin embargo, no había deseado que ni ella ni su hijo compartieran tiempo con el resto y solían comer y cenar antes que los demás. Samantha no apartaba la vista de Simon, que era controlado cada minuto del día, incluso cuando salía a jugar al jardín. Tampoco hablaba mucho, y en las ocasiones en las que se comunicaba era escueta y hasta cortante. A Madeline no le importaba, seguía pensando que necesitaba espacio y tiempo. Y allí podría tener ambas cosas. Solo le preocupaba un poco el chico, que en ocasiones parecía quedarse sin aire que respirar, pero estaba ideando la forma de hacer que aquellas semanas fueran agradables también para él.

Habían pasado un par de días y todo parecía ir bien, hasta que algo cambió, como cuando un huracán inesperado arrasa con todo a su paso, borrando cualquier rastro de un tiempo mejor. Y en ese caso su huracán se llamaba Lisette. Un fantasma del pasado que apareció en su puerta cargada con una sonrisa calculadora y una maleta floreada con pinta de haber pasado tiempos mejores.

—¡Madeline! ¡Querida sobrina! ¡Estás hecha toda una mujer!

Apenas fue capaz de pensar. Su mente quedó bloqueada en un momento del tiempo. En una imagen que creía ya olvidada, pero que al parecer había permanecido guardada en algún rincón de su mente, que volvió hasta ella cuando su tía Lisette, la única familia que le quedaba, la atrapó sin permiso entre sus brazos para estrujarla durante algunos segundos. Su intenso aroma floral llegó a sus fosas nasales y ella sacudió la cabeza y se apartó, no queriendo seguir en contacto con la mujer que tanto dolor había causado en su familia.

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que consiguió espetar, intentando contener el torbellino de emociones que la azotaba en ese momento.

Lisette ladeó la cabeza y clavó su mirada azul en ella, calibrándola. Pero la sonrisa no mermó de su rostro, como si su consternación y fría bienvenida no la afectasen en absoluto.

—¿Qué voy a hacer? Volver a casa —anunció tomando su maleta, y obligándola a apartarse. Se adentró en el recibidor para recorrerlo con la mirada inmediatamente después—. Al menos por un tiempo —apuntó, pasándose la palma por el cortísimo cabello cobre, como el de ella, para recolocar cada mechón en su sitio. Sus movimientos eran teatrales, al igual que su tono y hasta su forma de llenar el espacio.

Madeline, mientras tanto, se había quedado sin aliento. «¿Volver a casa?». Esa dejó de ser su casa el día que había decidido abandonar a su familia, muchas décadas atrás, cuando tía Lisette acababa de cumplir los veinte años.

Su tía era la menor de las dos hijas que habían tenido sus abuelos. Esta tan solo se había llevado dos años con su madre. Pero eso no las convirtió en amigas. Jamás unas hermanas habían sido tan diferentes como las hermanas Burrows. Su madre, Joan, había sido la hija ejemplar. Una gran estudiante, educada, respetuosa, responsable y siempre dispuesta a ayudar a los demás. Mientras que Lisette, tal y como le había dicho en una ocasión su propio abuelo, había nacido para poner a prueba los límites de cuantos se cruzaban en su camino. Con una personalidad efervescente, atrevida y descarada, había supuesto durante su niñez y adolescencia un reto constante para sus padres, que no sabían cómo coartar sus ansias de aventuras, de correr peligros y de vivir al límite, como si nada fuese suficiente para ella.

Liberty Grove no tardó en hacérsele pequeño, en convertirse en una cárcel para ella, que buscaba vivir unas aventuras que en aquel lugar y con sus gentes

ancladas en las tradiciones sureñas, no le permitían. Al menos sin convertirse en una constante vergüenza que la hacía estar en boca de todos. Y por eso, una noche, sin previo aviso y a pesar de romper el corazón de sus padres con sus actos, decidió escaparse de casa para vivir su vida a su manera.

Hasta ahí, Madeline y como bien sabía, sus abuelos y su propia madre, habían intentado, con el tiempo, entenderla e incluso perdonarla. Pero Madeline no olvidaría jamás la única vez en su vida que había visto a aquella mujer. Si no hubiese vuelto jamás a aquella casa, se habría convertido para ella tan solo en una historia. Un familiar lejano del que se cuentan anécdotas cuando la melancolía inunda la mente, tiñéndolo todo de azul.

Pero no había sido así.

Lisette Burrows decidió regresar a su hogar el mismo día del entierro de su propia madre. Madeline tenía entonces catorce años y experimentaba la que sería la primera de las grandes pérdidas de su vida. Recordaba que en aquel momento sentía que su corazón se había contraído hasta convertir cada latido en un acto doloroso de supervivencia. Adoraba a su abuela, aunque siempre había sentido más afinidad con su abuelo. Y el amor inmenso que profesaba a este intensificaba su dolor, por verlo roto a causa del sufrimiento de tener que despedirse para siempre del gran amor de su vida.

Y entonces apareció ella. Recordó verla entre los presentes en el funeral. Era fácil distinguirla entre la masa de trajes negros, vestida con un vaporoso vestido blanco y una gran pámela del mismo color. Llevaba unas gafas de sol enormes que le ocultaban medio rostro, pero su cabello cobrizo, hasta la mitad de la espalda, se mecía por la brisa primaveral en ondas deslumbrantes bajo el sol. Madeline había heredado su cabello rojizo de su tía. Ambas eran las únicas que no tenían el cabello oscuro de la familia, y hasta ese momento, jamás pensó que aquella característica suya podía hacerla parecer hermosa.

Su pelo siempre la había hecho destacar para mal. En la escuela, algunos compañeros se burlaban de ella y la llamaban zanahoria, por lo que lo llevaba siempre recogido en una trenza que enroscaba en un moño. Pero cuando vio a su tía por primera vez, se dio cuenta de que no había visto algo tan hermoso en su vida.

Aquel era el único momento bonito que conservaba de ella. Pues en cuanto terminó el funeral y esta se acercó a su abuelo, todo cambió. Recordaba la tensión en el trayecto de vuelta a casa y cuando entraron en ella. Sus padres la mandaron a la sala de estar mientras los mayores se reunieron en la biblioteca,

y entonces todo estalló; gritos, reproches y el llanto de su madre llegaron hasta ella a través de la puerta, tras la que espiaba, aún envuelta en la curiosidad que le provocaba la recién llegada.

Cualquier interés murió al escuchar a su madre reprochar a su hermana que hubiese decidido presentarse allí, tras años de ausencia y noticias, el día del entierro de la abuela, con el propósito de pedir dinero a su padre. Tenía catorce años, ya no era tan niña y podía imaginar cómo se sentían su madre y su abuelo. Se separó de la puerta, dando un par de pasos atrás, con una mano sobre su boca. Y entonces la puerta de la biblioteca se abrió de repente y ante ella apareció su tía, que una vez más tenía intención de marcharse con rapidez y sin pensar en quienes dejaba atrás. Madeline pudo ver la sorpresa en los ojos de su tía, clavados en ella, al sorprenderla. Durante un segundo permaneció allí con las mandíbulas apretadas y una tormenta en los ojos que, a pesar de la rabia, o tal vez por ella, brillaban humedecidos.

No sabía si había esperado que le dijera algo. A fin de cuentas, era su única sobrina. Pero no fue así. La vio inhalar hasta que su pecho se hinchó. Levantó la barbilla y pasando por su lado, se marchó.

No había vuelto a saber de ella, ni siquiera volvió a oír pronunciar su nombre, hasta ese momento en el que había entrado en su casa, su hogar. Y no podía imaginar con qué intenciones lo había hecho ni si estaba dispuesta a arrasar su mundo tal y como había hecho con el del resto de la familia.

Entonces Lisette Burrows enlazó la mirada con la suya, encarándola, y supo que no tardaría en averiguarlo.

CAPÍTULO 6

—¿Y la has creído? ¡Maddie, no puedes ser tan ingenua!

Con los codos apoyados en la isla de madera de la cocina, Madeline se cubrió el rostro con las manos, resoplando en el interior de sus palmas. Su aliento cálido llegó a asfixiarla y deslizó las manos hasta terminar por dejarlas bajo su mandíbula, sujetando la cabeza, cuyos pensamientos plomizos no paraban de divagar.

—No la he creído. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Esta también es su casa.

—¡No lo es! —espetó Antoinette que pensaba que en ocasiones su jefa pecaba de ingenua y bondadosa—. Dejó de serlo el día que decidió marcharse. Me has contado esa historia y lo que sufrieron tus abuelos y tu madre por ella...

—Lo sé, lo sé. Pero precisamente pensando en ellos, sé que no la habrían dejado en la calle.

Antoinette resopló tomando un trapo, con el que en realidad no sabía qué hacer.

—¿Y te has creído ese rollo de que solo busca reconciliarse con el pasado? ¿Qué diablos significa eso? —Hizo una mueca y aspavientos con los brazos para dar énfasis a su incredulidad.

—Sí... no... Sinceramente, no tengo ni idea. No sé qué pensar. Supongo que me es más fácil leer en la mente de la gente cuando no me tocan personalmente. La tía Lisette siempre fue un enigma para mí. Ni siquiera logro imaginar qué podría estar pasando por su cabeza al decidir volver a esta casa.

—Pues a mí sí se me ocurren un par de cosas.

Madeline observó a Antoinette, frotando enérgicamente la encimera de madera con el trapo, cuando ya estaba impoluta. Tenía los labios apretados como si temiese que se le fuesen a escapar las palabras.

—Suéltalo o te vas a asfixiar —la instó a hablar antes de ver como el precioso color canela de su rostro tornaba morado.

—Pues, para empezar, ¿no te parece mucha casualidad que lo haga ahora,

justo en este momento, a pocos días de que se cumpla la...?

Madeline abrió los ojos desorbitadamente y se colocó un dedo sobre los labios indicándole que guardara silencio. No le gustaba hablar de ese tema cuando cualquiera de los huéspedes podía presentarse en la cocina y escucharlas. Prefería dedicar sus horas de intimidad a seguir investigando el misterio que pendía sobre la casa.

—Está bien, no mencionaré lo que tú ya sabes —accedió resoplando—. Pero aunque no fuese ese el caso, también corres el riesgo de que haya vuelto para quitarte lo que es tuyo —dijo lanzando finalmente el trapo sobre la encimera y apoyando ambas manos para inclinarse a su altura.

Cuando vio que Madeline arqueaba una ceja interrogativamente, puso los ojos en blanco.

—¡Esta casa, Maddie! Era de sus padres y aunque tus abuelos te la dejaron a ti, ella podría tener algún derecho legal sobre la propiedad al ser descendiente directa. ¿Es que no ves la televisión? Esas cosas salen todos los días en las películas y las series de abogados.

Madeline sonrió al ver su gesto de preocupación.

—Tú lo has dicho, en la televisión. El testamento era claro. La casa es mía, no debes preocuparte, nadie va a quitármela.

Bajó del taburete y, tras bordear la isla, le rodeó los hombros con el brazo para tranquilizarla. Sabía que su preocupación era genuina, no solo por ella, sino porque tanto su cocinera y amiga como la hija de esta habían encontrado en aquella casa su segundo hogar. A Antoinette le encantaba trabajar allí y poder llevarse a Tati al trabajo cuando quisiera, le permitía pasar más tiempo con ella. Sin duda temía que las cosas pudiesen cambiar por culpa de la tía Lisette.

Pero ella no iba a consentir que eso sucediera, y por eso, a pesar de haberla tranquilizado, apuntó mentalmente ponerse en contacto con su abogado para asegurarse de que no hubiese ninguna posibilidad de que los malos augurios de su amiga se cumpliesen. La precaución nunca estaba de más. Y mientras, mantendría vigilada a tía Lisette, en la que tampoco confiaba.

—Nada va a cambiar, te lo aseguro. Yo me ocuparé de todo —afirmó con resolución.

Antoinette asintió, pero su ceño permaneció fruncido, y supo que seguiría dando vueltas al asunto, cuando se marchase de allí. Por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Qué te parece si esta noche organizamos una cena en el jardín? Podemos sacar la mesa larga y colocarla bajo los árboles... —propuso mientras se asomaba a la ventana para señalar el lugar.

—¿Y colgar farolillos de colores de las ramas y sacar la vajilla de porcelana? —preguntó su amiga que vio como mejoraba su ánimo.

Madeline no contestó, porque al asomarse a la ventana, algo despertó su interés. Al final del camino que daba al acceso de la propiedad había estacionada una reluciente caravana *Airstream* de aluminio. Conocía ese tipo de vehículos. Durante años intentó convencer a su difundo marido, Jamison, para que compraran una y viajar con ella por el país. Pero él prefería que lo hicieran en avión y que se hospedasen en hoteles de lujo. No veía el encanto que encontraba ella, en surcar la carretera sin un destino concreto, a bordo de una preciosa caravana *vintage*.

Seguía ensimismada cuando Antoinette, que la notó distraída, fue hasta su lado y miró en la misma dirección.

—¿Sigue ahí? La vi hace dos horas, cuando salí a tender las sábanas. Pensé que iría de viaje y había parado a descansar, pero lleva mucho tiempo...

—Y la entrada de mi propiedad no es sitio para aparcar. Tiene mucho terreno más adelante —terminó Madeline, enderezándose. Exhaló todo el oxígeno de sus pulmones de golpe, sintiendo que la tensión de haber recordado a su difunto esposo le recorría la espalda, crispándola.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó extrañada Antoinette cuando notó la irritación en su voz.

—Voy a preguntarles si podemos ayudarles en algo, y si no es así, les explicaré cortésmente dónde pueden dejar su caravana.

—¿Cortésmente? —repitió su amiga.

—¡Por supuesto! —bufó— ¿Por quién me tomas? —preguntó apartándose el flequillo de la frente mientras forzaba una sonrisa. Y ante la mirada escéptica de Antoinette, salió por la puerta de atrás, que daba al jardín.

Madeline comenzó a caminar por el sendero hacia la caravana. Esta era aún más bonita que las que vio en su día en los catálogos y tiendas online. Tenía un toldo extendido de rayas azul turquesa y blancas; sus líneas curvas eran tan elegantes y hermosas que por un segundo se detuvo a observarla, impresionada. ¿Quiénes viajarían en ella, y hacia dónde se dirigirían?

Las preguntas que brotaron de su mente le recordaron su afición favorita

cuando vivía en Nueva York. Entonces, de vez en cuando y cuando no tenía trabajo, iba hasta la estación Grand Central y se sentaba en un banco. Allí, simplemente observaba a la gente formulándose preguntas para las que inventaba las respuestas. ¿Quiénes serían? ¿A dónde iban? ¿Les esperaría alguien al final de su camino? Así pasaba las horas, imaginando vidas e historias que le parecieran más simples, emocionantes o llenas que la suya. Curiosamente, allí, rodeada de desconocidos, era donde menos sola se sentía. La misma tensión que había sentido minutos antes volvió a recorrerle la espalda y contuvo el aliento.

Hacía un año de eso, pero lo recordaba como si fueran retazos de otra vida. Una vida que había dejado atrás, y por ello decidió seguir hacia delante y llamar a la puerta de la caravana. Pero antes de que pudiese hacerlo, esta se abrió.

—Hola...

Cuatro letras. Simples, vulgares, gastadas de tanto ser utilizadas en la vida cotidiana, y sin embargo en sus oídos sonaron como los acordes de un violín. Como una melodía lánguida y dulce que te hace vibrar el corazón hasta hacer que broten lágrimas inesperadas y estremecidas. Se quedó sin palabras, allí, confusa y perdida en la mirada del hombre que la saludó. Sacudida por su intensidad y sintiendo que acababa de abrirse un abismo bajo sus pies.

CAPÍTULO 7

—Está en mi propiedad.

Si Madeline hubiese podido, como él, también habría arqueado una ceja. De hecho, en su mente se golpeaba la frente con la mano reiteradamente. No podía estar más sorprendida con ella misma, pues ella no era así. Los que la conocían sabían que hacía alarde de sus buenas maneras. Pero es que había sentido como su mente se desconectaba, literalmente, cuando él abrió sus labios carnosos para dirigirse a ella. La sonrisa ladeada que asomó a estos tampoco ayudó a dejarla pensar con claridad.

—¿Es usted la dueña de la casa de huéspedes? —El hombre descendió los dos peldaños de la caravana y ella tuvo que dar un amplio paso hacia atrás para poner algo de distancia.

Parpadeó un par de veces cuando percibió lo grande que era. Al menos metro noventa del espécimen más impresionante de hombre que había visto jamás. Tenía el cabello castaño oscuro y salpicado en las sienes por algunas canitas. La piel bronceada hacía resaltar sus ojos celestes y una barba cerrada de pocos días encuadraba su mentón definido y masculino. Tenía un torso fuerte y unos brazos poderosos, cuyas manos curtidas se posaban en la estrecha cadera, enfundada en un vaquero azul y desgastado que se ceñía en torno a unas piernas largas y torneadas. No pudo evitar que su mente se preguntase qué tal luciría por detrás. Y cuando se percató de los derroteros de sus pensamientos, tanto tiempo aletargados en ese terreno, retrocedió otro paso, asustada.

—Sí, soy Madeline Hart. Y a no ser que necesite algo, no puede permanecer estacionado a la entrada de mi propiedad. Me corta el acceso —dijo cruzándose de brazos en actitud defensiva.

Él percibió su hostilidad y se pasó la mano por la nuca, sopesando sus siguientes palabras.

—No pretendía molestarla. Lo cierto es que sí necesito algo —aseguró acortando la distancia que ella había impuesto.

—¿Indicaciones? —preguntó nerviosa, deseando que así fuese y retomase

su camino cuanto antes.

—No, he venido a propósito desde Nueva York. Aun no estoy preparado para marcharme.

—¡Pero no tiene reserva! —protestó en tono exasperado. Sabía que no esperaba otros huéspedes hasta semanas más tarde.

El bajó el rostro ladeándolo, pero sin dejar de mirarla y a ella le pareció la pose más sexy que había visto en un hombre. Quiso abanicarse pero, en lugar de eso, resopló.

—No, no la tengo. Lo cierto es... que no sabía si querría hospedarme aquí o no cuando llegase.

Madeline rio suavemente ante aquella afirmación. Muchos creían que la casa estaba embrujada, pero aquel hombre grande y fuerte no parecía del tipo que se acobardaba con esa clase de historias.

—Ha viajado casi dos mil kilómetros, ¿y no sabe si quiere hospedarse aquí?

—Exactamente.

—Eso no... no tiene mucho sentido —dijo negando con la cabeza, dejando que saliesen las palabras junto a una risa nerviosa.

Empezaba a creer que ese hombre quería tomarle el pelo. ¿Se trataría de alguno de esos periodistas que habían buscado entrevistarla los últimos meses, y que hábilmente había conseguido evitar?

—En su web se asegura que en su casa... no se puede soñar. ¿Es cierto?

Lo observó, entornando los ojos.

—¿Me creería si le dijera que así es?

—No tengo por qué dudar de su palabra.

—Tampoco tendría por qué creerme. Muchos no lo hacen hasta que lo comprueban por sí mismos.

—Nadie en su sano juicio afirmaría algo semejante si no pudiese demostrarlo. Y no me parece usted ni una timadora, ni una ingenua.

No debía importarle la opinión de un desconocido y sin embargo bajó el rostro sintiendo que se azoraba.

La observaba, sentía su escrutinio a través de la piel y el pulso empezó a latirle en la garganta. Se obligó a elevar el rostro y preguntar.

—Y entonces, ¿de dónde vienen sus dudas?

No tenía que haberlo hecho. No tenía que haber vuelto a enlazar la mirada con la suya, pues la atrapó. Una sombra cubrió el cielo despejado de sus ojos,

como nubes de tormenta acechantes. Su latido se detuvo cuando leyó el sufrimiento que escondía.

—No sé si merezco esa paz. —Aquella respuesta clara y sincera le atravesó el alma. No mostraba vulnerabilidad, pero sí culpa.

Quiso preguntarle cómo se llamaba su demonio. Y la curiosidad casi la hizo cometer el error de interrogarlo. Sin embargo, la cordura se impuso en su mente.

—Entiendo... —se limitó a asentir. No todo el mundo estaba preparado para dejar marcharse eal dolor—. ¿Y cómo cree entonces que puedo ayudarle?

Madeline lo vio mirar a un lado y a otro, mientras se rascaba la barba, meditando.

—Nunca imaginé que me vería preguntando algo así, pero, esos poderes que hay en su casa...

—Yo prefiero llamarlo influencia —lo interrumpió—. «Poderes» me suena a algo que sucede en los comics.

—Por supuesto, influencia —aceptó él, al parecer también más cómodo con ese término—. Me preguntaba si solo la había en el interior de la casa u ocurre en toda su propiedad.

Aquel hombre aseguraba que la creía, pero no se le escapaba la incomodidad que había en sus palabras al hablar sobre lo que ocurría allí. Y sonrió.

—Solo en la casa.

Él soltó el aire en un gran y pesado suspiro.

—Bien... Mire... No me gustaría marcharme y luego arrepentirme de haberlo hecho. Le propongo que me cobre un alquiler por estacionar mi caravana en su terreno, que por lo que veo es bastante grande. Podría hacerlo lo suficientemente lejos de la casa como para no molestar a sus clientes.

Ella lo miró extrañada. No esperaba esa propuesta y no sabía qué pensar. Se sentiría mucho más cómoda si se marchaba. Por alguna razón su presencia la hacía sentir turbada. Pero después de ver la tormenta de sus ojos, ¿podía simplemente ignorarla y no prestarle ayuda? Sabía que no sería capaz. No lo había sido desde que abrió las puertas de la casa a los huéspedes.

Echó un vistazo a la caravana y a la Ford F150 roja que la remolcaba. El conjunto era bastante grande, pero como bien había dicho él, su terreno también lo era. Tenía sitio de sobra en la parte de atrás.

—Está bien. Le indicaré dónde puede aparcar. En la parte de atrás hay

mangueras y un panel eléctrico al que puede conectarse. Tendrá que rodear la parcela para acceder desde el camino. No quiero que me destruya el jardín.

—Por supuesto —sonrió el aparentemente satisfecho con el hecho de que hubiese aceptado.

Le señaló el recorrido que debía tomar.

—Cuando se haya instalado entre y formalizaremos el registro. Le indicaré los horarios de las comidas, le presentaré a mi maravillosa cocinera y le enseñaré las instalaciones. No tiene que ocultarse del resto de huéspedes. Somos una casa acogedora, nos gusta convivir.

—Bueno, respecto a eso, no prometo nada. Hace un tiempo que disfruto más estando solo —repuso él. Y ella no tuvo duda de que así era.

Se limitó a asentir. Tenía intención de marcharse ya cuando él la detuvo.

—Por cierto, soy Taylor. Taylor Larson —se presentó ofreciéndole la mano.

Madeline extendió la suya de manera mecánica para devolverle el gesto, sin pararse a pensar lo que su contacto podía provocar en ella.

Fuego.

Sintió el devastador elemento atravesarla desde la palma de la mano, donde sus pieles se tocaron, e invadirla hasta derretir cada célula de su cuerpo. Apartó la mano con rapidez cuando consumió el oxígeno de sus pulmones.

Petrificada, lo vio subir a la Ford y arrancar el motor para ponerse en marcha. Observó entonces que en la puerta del conductor había una pegatina del cuerpo de bomberos de Nueva York, y se quedó sin aire.

Solo minutos más tarde fue capaz de salir de la nebulosa de recuerdos en la que se vio inmersa involuntariamente.

Inhaló y exhaló lentamente siendo consciente de que la tranquilidad que había disfrutado aquella mañana había sido solo un efímero espejismo. La llegada de su tía Lisette la había conmocionado. Ni siquiera sabía cómo iba a lidiar con ella y averiguar sus verdaderas intenciones. Lo último que necesitaba eran más preocupaciones, y aquel hombre llevaba la palabra «problemas» tatuada en la frente.

CAPÍTULO 8

—¡Jesucristo bendito! ¿Quién es ese? —le preguntó Antoinette nada mas entrar en la cocina. Pero ella necesitaba beber algo fresco que extinguiese el calor que la consumía. Hasta que no se sirvió un vaso de agua helada y lo bebió hasta la última gota, con avidez, no respondió.

—Es un nuevo huésped. —Logró que su tono no evidenciase su estado de nervios, pero la forma en la que se aferraba aún al vaso de cristal, hasta dejar blancos sus dedos, demostró a Antoinette que algo pasaba.

—No esperábamos a nadie esta semana —apuntó volviendo a mirar por la ventana que daba a la parte trasera de la propiedad.

Había visto a un hombre de unos treinta y tantos aparcar allí una camioneta roja y la caravana que habían visto por la ventana. Aquello le extrañó, pero su curiosidad aumentó exponencialmente cuando vio al conductor salir del vehículo para adentrarse en la caravana. Solo tuvo unos minutos para fijarse en él, y no había tenido suficiente. A un hombre así había que mirarlo con detenimiento, deleitándose. Como cuando ves el vestido más bonito del mundo en un escaparate y necesitas tu tiempo para no solo contemplarlo, sino imaginarlo en tu piel.

No había movimiento en el exterior y decidió centrarse en su amiga, que aún no le había contestado. Le chistó al verla ensimismada observando el fregadero, para que supiera que esperaba una respuesta.

—No había hecho reserva. Viene desde Nueva York...

—¿Nueva York?! ¡Qué casualidad! Podrás hablar con él de cuando vivías allí —la interrumpió emocionada.

—¿Por qué tendría que hablar con él de nada?

Aquella pregunta, formulada en tono defensivo, despertó las alertas de Antoinette.

—Siempre hablas con los huéspedes. ¿Por qué no querías hacerlo con este? —La pregunta vino acompañada de una mirada inquisitiva y el característico fruncimiento de ceño de Antoinette.

—¿Con quién no quieres hablar?

Madeline se mordió el labio inferior al ver que Grace se sumaba a la conversación.

—Con nadie.

—Con el nuevo huésped.

Las contradictorias respuestas de ambas, al unísono, hicieron que Grace sonriera con picardía.

—No le hagas caso, con el nuevo huésped —insistió Antoinette.

—¿Se ha ocupado la última habitación?

—No, este ha venido con la casa a cuestas. —Ante la expresión perpleja de Grace, Antoinette decidió añadir—: Compruébalo tú misma.

Señaló hacia la ventana y la chica se colocó junto a ella para inspeccionar el exterior.

—¡Vaya! ¡Es enorme! —exclamó admirada.

—¿Ha salido ya? —preguntó inmediatamente Madeline, sin poder contener su nerviosismo.

Las dos mujeres la miraron con interés y luego entre ellas, compartiendo una sonrisa cómplice.

—La caravana. Decía que la caravana es enorme —apuntó Grace apretando los labios para contener la sonrisa—, pero por lo que parece, el tipo también lo es... Tengo curiosidad por conocerlo —declaró volviendo a mirar hacia el exterior.

Madeline inspiró y expiró intentando recuperar el control. Se recriminó mentalmente por parecer una idiota sin neuronas. Y lo peor, tan transparente como para que las dos mujeres hubiesen advertido su turbación. Algo le pasaba. Posó una mano en su frente, convencida de que estaba cayendo enferma. Ella no era así. Era una persona razonable, templada, más bien gélida cuando se refería al género masculino, pues no tenía el más mínimo interés en él. Y dudaba que alguna vez volviese a recuperarlo. Definitivamente no era interés lo que le había provocado aquel hombre. Como mucho, sorpresa, por aparecer allí de esa forma. Y curiosidad, por el dolor que había visto atravesar su mirada. Nada más. Las incontrolables reacciones de su cuerpo se debían al sofocante y denso calor de aquellos días de agosto.

Una vez aclaradas las ideas, dejó el vaso en el fregadero. Y como no estaba dispuesta a quedarse allí esperando a Taylor Larson, decidió seguir con sus tareas.

—Antoinette, tengo cosas que hacer, ¿podrías ocuparte tú de inscribir al

señor Larson cuando salga de la caravana?

—¿Estás segura de que quieres que haga eso? —preguntó su amiga con una mirada pícar—. El chocolate blanco también está delicioso.

Madeline alzó la vista al techo, exasperada, y dejó que las aletas de su nariz se dilatasen cuando llenó sus pulmones con impaciencia.

—Sabes que soy intolerante al chocolate, sea del sabor que sea.

No se le escapó la mirada alternativa y curiosa que les dedicaba Grace, consciente de cada palabra.

—Y ahora, si me disculpáis, tengo mucho que hacer. —Y antes de que Antoinette tuviese la oportunidad de contestar, se marchó con rapidez.

Taylor se levantó del sofá-cama mientras se masajeaba la nuca con fuerza. Estaba allí y aún no podía creerlo. Había recorrido aquellos dos mil kilómetros envuelto en una nebulosa espesa de dolor, recuerdos y necesidad que lo habían atormentado durante meses. Y la había visto, a ella. Ahora se preguntaba en qué momento creyó que ver a esa mujer le daría algo de paz. Había sido una estupidez, una soberana estupidez.

Un movimiento en el exterior llamó su atención y se acercó a la ventana. Apartó la cortina y la volvió a ver allí, de pie, junto a la puerta de un gran cobertizo blanco, a su derecha.

Cuando reparó en ella al acercarse a la caravana le había costado reconocerla, con el cabello color cobre y tan corto, pero en cuanto sus miradas se cruzaron y se perdió en su inconfundible tonalidad verde, el recuerdo de aquella noche, la más horrible de su vida, regresó a él erizándole la piel.

No había dejado que Madeline lo notara. ¿Cómo podría explicarle sus intenciones al presentarse allí? Ni siquiera él sabía lo que buscaba. Solo que algo lo había llevado hasta allí para volver a ver a la mujer que ocupaba sus sueños desde hacía casi un año.

Desde luego, si había esperado encontrar sosiego al cruzar su mirada con la de ella, se había equivocado de pleno. No fue descanso lo que sintió cuando lo hizo, ni cuando la vio sonreír levemente, ni cuando sus manos se tocaron, por segunda vez en su vida. En esta ocasión su tacto fue cálido y sorprendentemente suave, pero también turbador y electrizante.

En ese momento la vio introducir la mano en el escote de su vestido y se

pegó más al cristal. Ella tomó la cadena que colgaba de su cuello y se la sacó por la cabeza. Fue entonces cuando vio relucir al sol la llave que pendía de ella. Madeline Hart estaba a punto de introducir la llave en la cerradura de la puerta del cobertizo cuando debió presentir su escrutinio porque giró el rostro hacia la caravana. Rápidamente se agachó para no ser pillado vigilándola. Agazapado en su escondite, se maldijo por ser tan torpe. ¿Qué demonios estaba haciendo?, se preguntó.

Unos segundos más tarde, sin embargo, se estiró lo suficiente para volver a mirar a través de la ventana sin ser visto. Se decepcionó al comprobar que ya había desaparecido, imaginó que al entrar en el cobertizo.

No importaba, ya estaba allí. Y aunque no fuese a hospedarse en la casa, tendría muchas oportunidades de volver a verla. Ya se encargaría él de que fuese así.

CAPÍTULO 9

Cuando Madeline propuso hacer la cena en el jardín, nunca se la imaginó tal y como estaba transcurriendo. El entorno era perfecto. La noche era cálida pero una ligera brisa hacía mecer los farolillos de colores de los árboles y refrescaba lo suficiente como para que fuese muy agradable cenar fuera.

Habían puesto música suave de fondo. El aroma de las flores, recién regadas, lo inundaba todo, sin hacer competencia al de la maravillosa cena de cinco platos de Antoinette, que se había esmerado para la ocasión.

Los huéspedes charlaban entre ellos, animados. Lo primeros en iniciar la conversación fueron, como siempre, Richard Cooper y Grace. El primero se interesó por los progresos de la chica con su novela, y ella no dudó en comentarle las nuevas ideas que se le habían ocurrido para la trama. Jaime Appleton intervino al poco de empezar la charla, y aunque el señor Cooper puso cara de pocos amigos cuando esto ocurrió, siguió conversando, haciendo alarde de su gran cortesía. Samantha Howell había rechazado nuevamente la cena con el resto, prefiriendo que tanto ella como su hijo cenaran en la cocina poco antes que el resto. Pero Taylor Larson apareció cuando ella sacaba las bandejas desde la cocina al jardín. Y no tardó en ofrecerle su ayuda, tomándolas de sus manos. No pudo negarse, ni siquiera agradecersele, pues durante la operación él rozó sus manos con los dedos y el ligero contacto la hizo estremecer.

A partir de ese momento, toda esperanza de disfrutar de la velada se esfumó por arte de magia. Por suerte sus huéspedes no dejaron de hablar y eso la ayudó a distraerse.

—La cena está deliciosa, Antoinette. Tiene usted unas manos prodigiosas —volvió a intervenir Richard.

—Señor Cooper, sin duda es usted mi huésped favorito —repuso su amiga con una reluciente sonrisa cargada de agradecimiento—, sin menospreciar a los presentes, claro —apuntó recorriendo los rostros del resto.

—¡Ey! ¡Que a mí también me encanta la cena! —protestó entre risas Grace.

—Lo siento, preciosa, pero él ha sido más rápido que tú —repuso con celeridad Antoinette.

—Pero no es justo, yo estaba embelesada saboreando los pimientos rellenos. Jamás había probado unos iguales.

—Es lo mismo que me ha pasado a mí—añadió Jaime, aprovechando el momento para sumarse a los halagos.

—Y hay una buena explicación para ello, pues es una adaptación de mi invención —aseguró, orgullosa. Miró a Madeline buscando su confirmación.

—Es cierto, yo estaba presente el día que olvidó comprar la carne y decidió experimentar con los cangrejos que había pescado su primo en el río esa mañana.

—¡No hace falta que cuentes que fue por error! —protestó su amiga entre risas.

—¡Ups! Creí que querías que fuese fiel a los hechos —apuntó ella contagiándose de su buen humor.

Todos en la mesa rieron, y ella lo habría seguido haciendo de no ser porque su mirada se cruzó con la de Taylor Larson. Lo había evitado desde que empezó la cena, haciendo esfuerzos sobrehumanos por no mirarlo durante los escasos momentos en los que había intervenido en la conversación. Aun así, su presencia allí era tan tangible para ella que la tensión la mantuvo en alerta todo el tiempo..., hasta ese momento. Durante un segundo se quedó embelesada, prendida en su mirada. Pero después volvió a sentir esa caída al vacío en la boca del estómago. Como si el mundo desapareciese a sus pies.

Desvió la mirada hacia la otra persona que estaba nublando su juicio; su tía. Esta había estado casi todo el día en su cuarto, pero a la hora de la cena, como si quisiese hacer una gran aparición, salió al jardín cuando ya estaban todos sentados a la mesa. Se había arreglado como para ir a una cena de gala. Saludó a todos los presentes y cuando Grace alabó su moderno corte de pelo, lo atusó con coquetería y aleteos de pestañas. Estaba claro que era una diva de cuidado, con lo que Madeline comprobó que no podían ser más distintas.

En ese momento su tía bebía de su copa de vino y guardaba silencio. Imaginó que el hecho de que otros fueran el centro de atención no era plato de gusto para ella. Estuvo a punto de sonreír maliciosamente, pero la fiesta se vio interrumpida por los gritos angustiados de un niño.

Los primeros en reaccionar fueron Taylor y ella, que se levantaron de la mesa con rapidez. Fue directamente a la puerta para entrar en la casa y allí se

encontraron ambos. Taylor la dejó pasar a ella primero y lo sintió seguirla a escasos centímetros hasta la planta superior. Allí, en el pasillo, Simon los esperaba, llorando y nervioso.

—Es mi madre, no se despierta. Creo que está muerta —anunció entre sollozos desesperados.

Taylor pasó por su lado, adentrándose en la habitación sin esperar más. Ella rodeó a Simon con su brazo y lo colocó tras ella mientras entraba en el dormitorio. Cuando vio el cuerpo de Samantha Howell en el suelo, junto a la cama, se dio la vuelta y abrazando al niño le ocultó la visión de su madre en ese estado. Giró el rostro para ver por encima de su hombro a Taylor que, con presteza, había comenzado a realizar maniobras de reanimación a la mujer. Llevaba la cuenta de las presiones en el pecho y después le administraba oxígeno. El pecho de la mujer se hinchaba, pero seguía inconsciente y laxo después.

Cuando vio llegar al resto a la puerta, se acercó a Antoinette y le hizo señales para que sacara a Simon de allí. Acto seguido pidió al señor Cooper que llamase a una ambulancia. Después regresó al interior para ayudar a Taylor en cuanto fuese necesario. Se arrodilló junto al cuerpo de Samantha en el momento en el que esta despertaba, abriendo los ojos. La vio cerrarlos y abrirlos varias veces como si fuese incapaz de mantenerlos abiertos. Taylor comenzó a inspeccionar la cabeza de la mujer mientras ella intentaba mantenerla consciente.

—Ha tomado una sobredosis de barbitúricos —le dijo Taylor mostrándole un bote de pastillas que había encontrado en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Crees que habrá intentado...? —No quiso terminar de pronunciar la frase. Le parecía una idea tan horrible que las palabras le atenazaron la garganta.

Había visto el dolor de esa mujer. Lo vio el día que llegó a la casa y desde entonces había sido cordial y amable para que se sintiera cómoda, pero no se había acercado a ella para no invadir su intimidad. Tal vez tenía que haber insistido... ¿Qué podía llevar a alguien a querer quitarse la vida, y en el mismo dormitorio que su hijo?

Taylor vio temblar las manos de Madeline y su rostro descompuesto ante la idea de que la mujer se hubiese querido suicidar. Posó una mano sobre la suya.

—No podemos asegurar que esas fueran sus intenciones. Tal vez haya sido

una sobredosis accidental.

Taylor, insólitamente calmado, como si estuviese acostumbrado a esas situaciones, enlazó la mirada con la suya. Algo en su forma de hablarle, de tranquilizarla, le resultó familiar. Apartó la mano como si el contacto le quemara, asustada.

CAPÍTULO 10

Las únicas palabras que salieron de los labios de la señora Howell antes de que se la llevase la ambulancia fueron «lo siento». Cada poro de su piel se estremeció al oírlas y no supo cómo tomárselas. ¿Lo sentía por su hijo, por haberlo hecho, o porque no le hubiese salido bien? El cuerpo tembloroso por el llanto de Simon contra su costado la hizo reaccionar. Besó la cabeza del niño y miró a la puerta donde Antoinette, junto a los huéspedes, aguardaba nerviosa. Las luces de la ambulancia se reflejaban en la fachada blanca de madera de la casa y por un segundo su mente se llenó con los recuerdos de otras similares tiñéndolo todo a su alrededor.

—Voy con ella. No debe estar sola en este momento —le dijo Taylor tocando su brazo para llamar su atención.

Madeline sintió nuevamente esa turbación que acompañaba a su contacto y miró la mano masculina sobre su piel antes de asentir, confusa.

—Claro, por supuesto... Muchas gracias... Averiguaré si tienen algún familiar al que avisar.

—Bien, te mantendré informada. —Taylor soltó su brazo y subió a la parte trasera de la ambulancia de un salto.

Durante un segundo se quedó allí observando cómo esta se marchaba. Acarició el cabello de Simon y, sin soltarlo, caminó hacia la entrada.

—Si me disculpáis... Voy a instalarlo conmigo. Antoinette, ¿puedes...?

—Por supuesto. No te preocupes por nada. Yo recojo todo y en un rato os subo leche con galletas —se apresuró a contestar su amiga.

—Gracias... —le susurró.

Los huéspedes le abrieron paso con gestos afectados por lo sucedido, pero no podía ocuparse de ellos en ese momento. Simon parecía consternado, y no era de extrañar. Ver a su madre en ese estado... No podía ni imaginar por lo que estaba pasando, ni lo que pensaría al respecto.

Durante la siguiente hora se limitó a abrazar al niño, que parecía desconsolado. De vez en cuando, entre sollozos, decía alguna palabra ininteligible y suspiraba, como si necesitase descansar para seguir llorando

segundos después. Lo dejó desahogarse, acunándolo mientras acariciaba su espalda.

—¿Va a volver? —le preguntó tras la última pausa.

—¿Tu madre? —interrogó borrando las lágrimas de su hermoso rostro con un pañuelo.

Simon asintió, tragando saliva.

—Claro que sí. Estaba mucho mejor cuando se la ha llevado la ambulancia. En el hospital la cuidarán bien y volverá recuperada.

El niño asintió repetidamente, como si necesitase aferrarse a cada palabra. Después de aquello tomaron juntos la leche con galletas que les había dejado Antoinette hacía un rato. El agotamiento se apoderó de él, sumergiéndolo en un profundo sueño una hora más tarde. Madeline le había preparado una de las camas supletorias que tenían en su cuarto en la buhardilla y solo salió del dormitorio cuando estuvo segura de que descansaba con placidez.

Bajó las escaleras envuelta en la penumbra que inundaba las escaleras, tan solo iluminadas por la luz de la luna que se filtraba por la ventana del pasillo. Lo hacía con sigilo para no despertar al resto de huéspedes que habían tenido una velada movidita. Y entonces, de entre las sombras, emergió la figura de su tía, asustándola.

—¡Tía Lisette! ¿Qué haces aquí? —preguntó en un susurro tenso, llevándose una mano al pecho en el que latía desbocado su corazón.

—Perdón. Solo quería preguntarte si sabemos algo de... esa mujer. ¿Está bien? ¿Volverá pronto?

Madeline parpadeó un par de veces, sorprendida. Lo último que esperaba de su tía era preocupación por otro ser humano.

—Aún no sé nada. Voy a por mi móvil por si el señor Larson me ha enviado algún mensaje sobre su estado. Antoinette le ha dado mi número para que pudiese tenerme al corriente.

—Claro... claro... Qué hombre tan amable...

—Sí que lo es —repuso secamente.

No quería hablar con su tía de Taylor Larson, ni de lo increíble que le parecía que no conociendo de nada a Samantha hubiese decidido ir con ella para asegurarse de que estaba bien. Y todo después de haberle salvado la vida con sus cuidados y rápida reacción.

Quería marcharse, pero entonces esta le volvió a preguntar:

—¿Y el chico? ¿Cómo está el chico?

Madeline tomó aire muy despacio antes de contestar.

—Más tranquilo. Pero no será fácil para él, solo puede pensar en su madre.

—Eso es comprensible... pero lo superará. La vida tiene estas cosas, pero te endureces y sigues adelante —dijo con una frialdad contenida.

Aquella respuesta la dejó perpleja. Sobre todo porque la formuló con un brillo en la mirada que denotaba cierta afectación. ¿Se estaría equivocando con su tía? ¿Qué era lo que ocultaba? Porque tenía claro que no había sido completamente sincera con ella cuando le dio su explicación para estar allí. No se molestó en preguntar; si le había mentado una vez, seguiría haciéndolo.

—Imagino que sí. Todos hemos tenido que endurecernos de alguna manera. Pero, en fin —dijo suspirando impaciente por largarse—, descansa tranquila. Por esta noche Simon está bien. Afortunadamente tendrá un sueño plácido y libre de pesadillas.

Tía Lisette asintió, pero a Madeline no se le escapó la tensión en su mandíbula al escuchar su afirmación. Se giró para retirarse, cuando detuvo sus pasos y volvió a mirarla al asaltarle una duda.

—¿Cómo sabías que estaba bajando? —Formuló la pregunta entornando la mirada, y mirando a un lado y a otro, sin entender cómo era posible.

—Mm... no lo sabía en realidad. —La sonrisa falsa de su tía le aseguró una nueva mentira en respuesta—. Iba hacia el baño cuando te he oído.

Su tía no menguó la sonrisa y ella volvió a escudriñarla fijándose en que había apoyado la mano en el pomo de su dormitorio para adentrarse en él, lo que contradecía sus palabras. Lisette debió leerle la mente porque se apartó de la puerta con rapidez.

—¡Qué cabeza la mía! Casi había olvidado que no he ido al final. Buenas noches —añadió antes de caminar por el pasillo, en dirección contraria, hacia el baño.

Madeline exhaló con pesadez cuando la vio cerrar la puerta tras ella. Se sentía más que cansada, exhausta. Sin embargo, bajó las escaleras con premura para ver si efectivamente tenía noticias de Taylor. No se detuvo a escuchar la vocecilla interior que la acusaba de estar tan expectante, no solo por saber más sobre el estado de Samantha Howell, sino por la curiosidad que le provocaba el hombre que debía comunicarse con ella. Pero indudable e inequívocamente, así era.

CAPÍTULO 11

Taylor comprobó nuevamente el estado de la señora Howell a través del cristal de la puerta de su cuarto. Estaba despierta y con la mirada fija en la pared. Su expresión reflejaba angustia y dolor. No había conseguido que hablase con él, pero era más que evidente que estaba sufriendo.

Desvió la mirada para centrarla de nuevo en la pantalla de su móvil. Llevaba diez minutos escribiendo un mensaje. El tiempo máximo que había dedicado, en toda su vida, a dicha tarea. No le gustaban los móviles y mucho menos mandar mensajes, pero creía necesario hacerlo en esa ocasión. Madeline se había quedado muy preocupada y había prometido tenerla al tanto del estado de su huésped. Recordó cómo había temblado durante la reanimación y supo que no podía dilatarlo más. Volvió a leer lo que llevaba escrito hasta el momento: «Está fuera de peligro. Debe pasar la noche en observación y hablar con el siquiatra mañana, por protocolo, aunque según el parte médico, parece una sobredosis accidental. Mañana por la mañana sabremos más».

Torció el gesto en una mueca. Le parecía algo seco, como si estuviera dando el parte del tiempo. Tan frío e impersonal que se vio tentado de añadir algo más. Dejó que sus dedos se deslizasen por las teclas, dejando que escribiesen lo que le habría dicho de tenerla frente a él. Solo tuvo que imaginar su rostro y la sonrisa que le había visto esa noche, iluminada por la luz de las velas que decoraban la mesa y titilaban sobre su piel, dándole un aspecto encantador y fascinante. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que se había quedado embelesado. Cuando las letras tecleadas volvieron a llenar sus retinas, abrió los ojos desorbitadamente, dándose cuenta de lo que había hecho: «Dulces sueños».

Eso había escrito y enviado. ¿Desde cuándo era tan cursi? Él no escribía esas cosas y menos a Madeline Hart, que además se suponía que no soñaba, ¿verdad? Se masajeó la nuca y exhaló con fuerza. Ya estaba hecho. No había forma de retroceder en el tiempo. De ser así, había utilizado ese poder para evitar todo lo que lo había llevado hasta Liberty Grove y la posada Noches

Vacías. Ahora fue él el que se quedó con la mirada perdida en el suelo durante unos segundos. Cuando el doble pitido de su teléfono le avisó de que había recibido una respuesta, casi no atinó a abrirlo por los nervios.

«Muchas gracias por todo. Igualmente».

Sonrió.

No fue un gesto voluntario, ni siquiera deseado después de cuanto había pasado esa noche. Pero ahí estaba. Tan sorprendente y fascinante como el arcoíris después de una terrible tormenta. Se llevó la mano a la boca y tocó sus labios, aún incrédulo. Hacía muchos meses que pensaba que había perdido la capacidad de sonreír abierta y sinceramente. Solo reproducía el gesto cuando era cortés y necesario. Pero ahí estaba, sonriendo por un estúpido mensaje, o más bien, por venir de quien venía.

No podía dejar que esa mujer le afectara. Si había ido hasta allí era para poder borrarla de su mente, no para anclarla aún más a ella. Le esperaba una noche dura y entró en la habitación dispuesto a cuidar de la mujer tumbada en la cama. A fin de cuentas, eso era lo que hacía él; salvar a los demás.

Para Taylor, la noche había sido aún peor de lo que esperaba. Samantha la pasó de pesadilla en pesadilla. Lloró, gritó y se convulsionó en la cama, presa de un dolor que no había visto antes en una persona. Tal vez no hubiese querido quitarse la vida, pero le resultaba imposible entender cómo alguien podía vivir con tanto sufrimiento. No pudo hacer mucho por ella, salvo secar el sudor de su frente y prestarle su hombro cuando rompía a llorar. Cerca de las cinco de la mañana, dejó de sollozar y le dijo:

—No sé qué habría sido de mi pequeño si me hubiese perdido a mí también. Jamás me lo habría perdonado.

La miró a los ojos, rojos e hinchados, y entonces ella los cerró mientras exhalaba un gran suspiro. El agotamiento pudo con ella, y su cuerpo lánguido cayó hacia atrás, como si su mente hubiese caído en un pozo profundo y tan oscuro como sus pensamientos. La reclinó con cuidado y acomodó la almohada bajo su cabeza para dejarla en una posición cómoda.

Estaba tan agotada que no despertó ninguna de las veces en las que las enfermeras entraron para comprobar el estado de su vía y el suero que le administraban. Ya de día, sintió que el cansancio se apoderaba de su cuerpo y dejó que sus ojos se cerrasen unos minutos. Necesitaba reponerse lo suficiente para enfrentar un nuevo día. Estaba acostumbrado a hacer turnos dobles en los que apenas tenía tiempo para descansar y supuso que con unos minutos tendría

suficiente, hasta que Morfeo lo abrazó con fuerza, atrapándolo.

Madeline entró en la cocina la mañana siguiente, acompañada de Simon, que se mantenía a su lado en todo momento. Había velado su descanso, aunque sabía que no podría soñar y eso, en aquel momento, le pareció una bendición. Ya estaba bastante nervioso y confuso. Le había dado la sensación en varias ocasiones de que el niño quería contarle algo, pero finalmente no lo había hecho y creyó que era mejor no forzarlo. Con la promesa de un gran desayuno, le indicó un asiento en la isla de la cocina que ya estaba ocupada por Tati. Antoinette la había llevado esa mañana, porque le encantaba ayudarla a cuidar el jardín.

—Simon, te presentó a Tati. Es la hija de Antoinette y una gran amiga mía. Y Tati, este Simon, el más joven de nuestros huéspedes y un gran compañero de cuarto —dijo con una sonrisa para ambos.

El niño la miró de soslayo y cuando Tati le ofreció la mano a modo de saludo, la sorpresa se paseó por su rostro. Se apartó el flequillo castaño de la frente con un movimiento de cabeza que le hizo parecer un chico grande y devolvió el gesto a la pequeña, que sonrió inmediatamente.

—Te vi el día que llegué, pero no has vuelto a pasar por aquí —abrió la conversación él, mirándola fijamente.

—Solo vengo algunos días, otros me quedo con mi abuela mientras mamá trabaja —repuso Tati mientras le ofrecía el plato de galletas que, hacía unos minutos, su madre había sacado del horno.

Simon tomó una y la mordió, saboreándola durante unos segundos. Se limpió las migas de la boca con la mano y miró a Antoinette.

—Están muy buenas, señora.

Su amiga sonrió complacida con los modales del chico.

—Gracias. Me alegro mucho de que te guste mi cocina. Aunque para esta tanda he tenido ayuda. Tati es una gran cocinera también.

—¿En serio? ¿Y cómo las has hecho? —se giró nuevamente Simon hacia la niña para seguir conversando con naturalidad.

Aquel fue el pie que necesitó Tati para explayarse. Le gustaba mucho hablar y más cuando era un tema que dominaba. De manera que Madeline y Antoinette pudieron ver cómo los dos niños se enfrascaban en una animada

charla, ajenos a las miradas de las dos mujeres.

Ambas se giraron hacia el fregadero a la vez. Madeline para tomar del escurridor un par de tazas para el desayuno, y su amiga para poder susurrarle al oído.

—Es alucinante la capacidad de los niños de entablar conversación sin prejuicios ni reticencias. Ellos lo hacen todo mucho más fácil —apuntó tomando una de las tazas de manos de Madeline para secarla con el trapo antes de devolvérsela otra vez.

—Sí que lo es. Yo los envidio. Esa ingenuidad da la felicidad.

Antoinette asintió y volvió a preguntar, tras darle seca la segunda taza.

—¿Y qué tal noche ha pasado?

—Cuando terminó de llorar, bien. Ha conseguido dormir y descansar.

—Gracias a la maravillosa magia de esta casa —apuntó su amiga.

—Sí. Gracias a ella —repitió Madeline llenando las tazas de leche.

Se giró para colocar una delante de Simon y bebió un sorbo de la otra mientras se dirigía al calendario colgado de la pared, forrada con un bonito papel floreado. Tomó el bolígrafo que colgaba junto a este y tachó ese día. Después, como cada mañana, contó los que restaban para la fecha señalada con un círculo rojo.

—Solo diez días —señaló Antoinette, adelantándosele.

—Sí. —Tomó aire hasta que sus hombros se elevaron y los volvió a dejar caer—. ¿Sigue en pie lo de tu tía Brigitte?

—La última vez que hable con ella, estaba dispuesta. Había hecho hueco en su apretada agenda. Tiene mucho interés por esta casa. Vendrá, no te preocupes.

Madeline asintió y bebió otro sorbo de la taza, enfrascada en sus pensamientos y en lo importante que era esa noche para ella. Desde que descubrió el diario de la bisabuela Aurora, durante la reforma, escondido bajo uno de los tablones del suelo de madera del que había sido su cuarto, no había podido quitarse de la cabeza sus palabras manuscritas en tinta negra sobre el papel amarillento. ¿Cuántas personas podían decir que sobre su casa pendía un conjuro? Que la tía abuela de Antoinette fuese una renombrada *mambo*, la sacerdotisa vudú que precisaban según el diario para el ritual, había sido cosa de la providencia. En el diario se hablaba de una fecha, una noche mágica, y que recibirían una visita del más allá. Daba crédito justo a lo que estaba escrito en aquel diario. Podían ser solo habladurías, cuentos e invenciones.

Pero ¿qué otra explicación plausible había para lo que sucedía allí? No tenía miedo y quería averiguarlo. Se trataba de la historia familiar y formaba parte de ella. Esa había sido toda su obsesión durante aquellos meses. Había tachado cada día en el calendario con nerviosismo y expectación, pero ahora, sin embargo, con todo lo acontecido últimamente; la inoportuna visita de su tía, el incidente de la señora Howell y hasta la llegada perturbadora de Taylor Larson, hacían que se preguntase si podría mantener sus planes.

—¿Vas a ir a ver a...? —Antoinette terminó la frase señalando discretamente a Simon. Madeline la llamó con la mano para que salieran de la cocina, aprovechando que los niños seguían inmersos en la conversación.

—Me gustaría ir a ver a la señora Howell, sí, pero Simon... No quería separarse de mí esta mañana. Y no creo que deba venir al hospital y ver a su madre en ese estado.

—¡Por supuesto que no! —dijo su amiga mirando al interior de la cocina, mientras pensaba—. Pero igual si se lo propone Tati... Siempre me viene bien otro ayudante en el jardín.

Madeline sonrió.

—Sí, eso sería perfecto. No tardaré, pero quiero ir al hospital para asegurarme de que está bien. También me da apuro que sea otro de nuestros huéspedes el que esté ocupándose de ella. No tiene por qué hacerlo.

—Eso es verdad, no tiene por qué hacerlo. Y aun así, se ofreció. Ese hombre no hace más que sumar virtudes ante mis ojos —señaló Antoinette alzando las cejas un par de veces con picardía.

—¡Dios bendito! ¿Cómo puedes pensar algo así en este momento? —repuso ella resoplando.

—Di lo que quieras, pero tú ves lo mismo que yo. Te conozco, Madeline Hart, y puedo leerte la mente. —Antoinette entornó la mirada, clavada en ella, como si fuese exactamente lo que estaba haciendo en ese momento.

—¡No tienes remedio! Bueno, veamos si Simon quiere pasar un rato con vosotras y me iré cuanto antes al hospital.

—Yo la llevo. —La voz de Jaime Appleton las interrumpió, pillándolas por sorpresa.

Madeline se giró y lo vio descender los últimos peldaños hasta el recibidor en el que se encontraban. Iba impecablemente vestido con un pantalón azul marino y una camisa blanca. Y en el semblante una sonrisa radiante que le molestó al instante.

—Muchas gracias, pero no es necesario. Puedo ir en mi coche —se apresuró a rehusar, con celeridad.

—Por favor, me siento mal por la señora Howell. Déjeme hacer esto al menos.

Madeline vio su gesto afligido, y se arrepintió al momento. Tal vez todas las tensiones que estaba viviendo estaban influyendo en su buen juicio. Claramente la experiencia de la noche anterior les había afectado a todos. No era razonable negarse a su petición.

—Claro, por supuesto —terminó por aceptar, escuetamente—. Si aguarda unos minutos, enseguida estaré preparada.

—Aquí la espero —repuso solícito.

Madeline se limitó a asentir y volvió a la cocina para asegurarse de que Simon estaba conforme con lo que habían planeado, aunque seguía sintiéndose incómoda por tener que irse acompañada.

CAPÍTULO 12

Su malestar no hizo más que crecer durante el trayecto. Reconocía que Jaime se esforzaba por ser atento y animar la conversación, pero ella no estaba de humor para una charla trivial, ni para contestar a las muchas preguntas que le hizo el hombre sobre su vida personal. Cuando llegaba a incomodarla, él sonreía y le daba alguna explicación inocente para su interés, pero no lograba relajarse con él. El punto álgido de aquel eterno trayecto fue cuando Jaime cogió un cargador para el móvil de la guantera del coche y al abrir la portezuela rozó su rodilla izquierda.

Todo su cuerpo se tensó al instante. Lo que hizo que en cuanto llegaron al hospital, y viendo que costaba encontrar aparcamiento cerca de la entrada, le pidiese que la dejase allí mismo, en la puerta. Se bajó con urgencia y escuchó, antes de cerrar el coche, que él le comunicaba su intención de estacionar el vehículo y esperarla. Se limitó a ofrecerle un simple gracias y entrar en el edificio, cuyo aire acondicionado la recibió, refrescando su ánimo y su piel, que llegó a erizarse.

Se aproximó al mostrador de recepción y, tras esperar unos minutos a que la mujer que había antes que ella, fuese atendida, solicitó información sobre el paradero de Samantha Howell.

—¿Es usted familiar? —le preguntó la enfermera, con gesto estresado.

Madeline amplió su más encantadora sonrisa antes de contestar. Tenía comprobado que la gente respondía mejor a la amabilidad.

—No. Por lo que sé no tiene familiares con los que contactar. Pero vive en mi casa. —Las condiciones en las que lo hacía no eran asunto de aquella señorita, que la miró frunciendo el ceño—. Mire, Simon, el hijo de Samantha, está ahora en mi casa muy preocupado por su madre, a la que ayer llegó a creer muerta. Necesito saber que está bien y poder tranquilizarlo.

Sus palabras parecieron despejar las dudas de la chica, que suspirando resignada, asintió.

—Está bien. Tiene que subir a la primera planta. Habitación 103. Si tiene algún problema en el mostrador de enfermería, dígales que llamen a Janis —

señaló la placa con su nombre que pendía de su bata—, y no tendrá problemas.

—Se lo agradezco muchísimo —dijo con otra sonrisa.

—No hay de qué —repuso la chica.

Madeline giró en dirección a los ascensores y cuando entró, y antes de que cerrase la puerta, la vio atender a la siguiente persona con el mismo semblante estresado que le había dedicado a ella al inició de su conversación. Se encogió de hombros y pulsó el botón de la primera planta, ya preparándose no solo para ver a Samantha sino a su acompañante.

—Señor Larson... —Una voz dulce lo reclamó en la distancia, pero él estaba inmerso en un sueño en el que se zambullía en una mirada verde y profunda.

—Señor Larson... —Esta vez la voz vino acompañada de un suave zarandeo. En su mente protestó enérgicamente. No quería que nadie interrumpiera su sueño. Aún no. Necesitaba un poco más.

—¡Taylor! —Esta vez fue contundente. La voz se mostró más firme y su cerebro activó las conexiones que hicieron que despertase abruptamente. Su sorpresa fue mayúscula al ver que el rostro de la mujer con la que soñaba se encontraba a escasos centímetros del suyo. Tan cerca como para percibir el aroma fresco y floral de su colonia. Inhaló con profundidad y se enderezó en la incómoda silla que había ocupado para descansar.

—Madeline... perdón, me temo que me he dormido. ¿Cuándo has llegado? —se disculpó pasándose las manos por el rostro para despejarse. Se levantó de la silla y entonces la vio dar un paso atrás, marcando las distancias.

—Es comprensible, ha pasado usted toda la noche cuidando de Samantha —le dijo y a Taylor no se le escapó que lo trató de usted cuando él la había tuteado. Estaba claro que no se fiaba de él, y no podía culparla por ello.

—Ha sido una noche dura. Ha tenido muchas pesadillas —dijo mirando a la mujer, en la cama, que seguía con los ojos cerrados.

Ambos la observaron durante unos segundos, compartiendo el silencio.

—¿Ha venido ya el doctor a verla? —preguntó acercándose a ella.

Madeline se percató de que la mujer hundida en la cama no se parecía en nada a la que había llegado hacía unos días a su casa. No había atisbo de esa determinación que vio en su mirada. Parecía frágil, vencida. Sintió compasión

por ella y tomó su mano, sintiendo su dolor. Durante la noche había tenido mucho tiempo para pensar en ella y en lo que debía haberla llevado a esa situación. Sin duda necesitaba ayuda, y si estaba en su mano se la iba a prestar. No solo por ella, sino por Simon, que le parecía un chico encantador.

—No. Aún no —repuso Taylor suspirando con cansancio. Madeline lo miró y vio el cansancio reflejado en sus ojos.

—Señor Larson... —empezó a decir tras aclararse la garganta.

—Por favor, llámame Taylor —él sonrió escuetamente. Pero su nimio gesto provocó el aleteo de una mariposa en el estómago. Desvió la mirada reconociendo nuevamente lo peligroso que era ese hombre para ella.

—Taylor —repitió volviendo a alzar la mirada y enlazándola con la masculina tras decidir que no iba a amedrentarse ni demostrar su afectación—, le agradezco muchísimo su intervención de anoche. Fue simplemente, espectacular. Tuvo usted... Tuviste—se corrigió— mucha sangre fría. Si no hubieses estado con nosotros, quizás...

—Ni lo pienses. Es mi trabajo. Los nervios siempre se tienen, pero la experiencia ayuda a templarlos cuando es necesario.

—¿Tu trabajo?

—Sí. Soy bombero, en Nueva York.

Madeline ya intuía ese dato por la pegatina en la puerta de su pick up. Le dio la sensación de que él esperaba que ella reaccionase de alguna forma ante la información y se mostró confusa. ¿Se conocían de antes? No lo creía. Ella solo había tenido un encuentro con los servicios de emergencia y era muy improbable que ninguna de las personas que la atendió la recordase, cuando en su trabajo trataban con cientos, tal vez miles de personas.

—Aun así, no tenías por qué quedarte con ella... Y gracias a eso he podido cuidar de Simon. Muchas gracias —le dijo con sinceridad, y esperó que él reconociese lo importante que había sido para ella.

Taylor bajó el rostro, asintiendo, mientras cruzaba sus poderosos brazos frente al pecho en un gesto que lo hacía imponente.

—¿El chico está bien? —preguntó, acercándose hasta donde estaba ella.

En esta ocasión Madeline no podía huir para marcar las distancias, encerrada como estaba entre la pared y la cama. Su vía de escape había sido taponada por el gran cuerpo de Taylor y lo miró de soslayo antes de volver a centrar su atención en Samantha.

—Sí... sí... esta bien. Estuvo llorando mucho tiempo, pero finalmente

cayó agotado. Es un gran chico, está sufriendo mucho por su madre.

—Algo ha debido pasarle a esta familia, porque ella lleva también una pesada carga —expuso él susurrando a su oído.

Cada poro, cada centímetro de su piel se erizó, poseída por una electricidad que le cosquilleó la piel. Pero lo más sorprendente para ella fue no sentir la necesidad de salir corriendo que había sentido en ocasiones anteriores, con otros hombres. Estaba agitada, nerviosa, excitada, pero no rehuía lo que sentía. Elevó el rostro y sus miradas se cruzaron como rayos en una tormenta.

Y el tiempo se detuvo.

CAPÍTULO 13

—Señorita Hart... Simon, mi niño, ¿cómo está? ¿Está aquí?

—Samantha, no se levante. Tiene que descansar —se apresuró a detenerla Madeline cuando vio las intenciones de la mujer, que al despertar había roto el momento de extraña conexión que había vivido con Taylor. Y lo agradeció—. Simon está bien, se ha quedado en la casa. Antoinette cuida de él. Está muy preocupado, pero no debe inquietarse, no lo dejamos solo ni un momento.

Samantha al oír hablar de su hijo y su preocupación, rompió a llorar, y Madeline aferró su mano con más fuerza para reconfortarla.

—Yo no quería... jamás podría hacerle eso a mi hijo. Ha perdido ya tanto... Tienen que creerme, yo no... —Su voz rota por el llanto y la desesperación desgarró el alma de Madeline.

—Lo sabemos. Por favor, tiene que estar tranquila. ¿Quiere un poco de agua? —le preguntó ayudándola a incorporarse.

La mujer solo asintió llevándose una mano a la garganta, como si la congoja la ahogase.

—Iré a por ella —se ofreció solícito Taylor, con presteza.

Madeline sintió como se alejaba de su cuerpo y lo vio marchar por el rabillo del ojo.

Cuando Taylor abrió la puerta de la habitación para ir a por el agua, se encontró en el marco a Jaime Appleton. Lo había conocido la noche anterior y aún no se había formado una opinión sobre él. Se preguntó qué haría allí.

—Lo siento. No es buen momento para entrar —le dijo cortándole el paso y cerrando la puerta tras él.

—He venido con Madeline —fue la explicación que le dio.

Tuvo que asimilar la información, pero en ese momento solo debía importarle proteger la intimidad de la mujer que estaba dentro. Por la angustia y necesidad con la que miró a Madeline, supo que quizás querría hablar con ella y contarle lo que había sucedido en realidad la noche anterior. Y para eso debían estar solas.

—Bien, pero no puede hacerlo. Madeline está hablando con Samantha y

necesitan estar tranquilas.

Jaime lo miró de arriba abajo de modo despreciativo apretando las mandíbulas, no muy contento con recibir órdenes. Y aquello ya lo encasilló en la cuadrícula de personas que no le gustaban. Sonrió con frialdad y posó una mano en el hombro del hombre, unos diez centímetros más bajo que él, presionó con firmeza y con un tono que no daba lugar a réplicas lo instó a acompañarlo.

—La señora Howell necesita agua, ¿por qué no me acompaña a por ella? Todos queremos que se recupere cuanto antes, ¿verdad?

Appleton debió sopesar sus pocas opciones y, apartándose, terminó por asentir con evidente descontento.

—Por supuesto. Es lo que todos queremos —dijo entre dientes.

Taylor, con la tranquilidad de no tener que explicárselo de forma más clara, caminó con él por el pasillo, en silencio.

—Así, inspire profundamente... Una vez más —repitió Madeline cuando vio que las reiteradas respiraciones conseguían apaciguar a la mujer—. Muy bien. No es conveniente que esté tan alterada cuando venga el siquiatra a valorarla.

—¡Pero digo la verdad! ¡No quería quitarme la vida! Solo quería descansar, dormir, dejar de ver su rostro en ese estado... —dijo Samantha alterada, pero con la última palabra su voz volvió a quebrarse. Era evidente que la imagen que la atormentaba había vuelto a ella.

—¿El rostro de quién, Samantha? —preguntó en tono suave.

La mujer le brindó una mirada hueca, sin vida y con tanta amargura que le pareció imposible que pudiera soportarla.

—El de mi Lisa, mi niña, mi bebé...

El corazón de Madeline se detuvo en un latido interminable y punzante. Su hija.

—No dejo de ver su rostro níveo, inerte, sin esa sonrisa suya... —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y los cerró como si los párpados le pesasen insoportablemente.

Madeline no se atrevió a decir nada ante aquella revelación y creyó que Samantha tampoco lo haría, cuando la vio suspirar y abrir los labios de nuevo.

—Solo tenía dos añitos. Era un ángel precioso. La niña más bonita que he visto jamás. Se parecía mucho a Simon, salvo por las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas. —Se llevó la mano al rostro y lo tocó con las yemas,

recordándolas—. Y esa sonrisa... Daba igual lo malo que hubiese sido mi día, que al volver a casa, cuando ella me sonreía, todo desaparecía.

El silencio volvió a inundarlo todo y Madeline se sentó en el filo de la cama, frente a ella. Samantha abrió los ojos, brillantes por las lágrimas.

—Y murió. Ella sola. Yo estaba en un viaje de trabajo, y mi exmarido se había quedado en casa con los niños. La niña estaba merendando y Simon haciendo los deberes en su cuarto. Jim cogió una llamada de trabajo y la dejó sola en la cocina. Cogió frutos secos de un bote y se atragantó. Murió poco después, asfixiada. Tuvo una muerte agónica y solitaria porque nadie se dio cuenta de que se le iba la vida. Cuando Jim regresó ya no fue capaz de reanimarla. Mucho menos los servicios de emergencia que tan solo pudieron certificar su muerte.

Madeline luchó por no llorar. Las lágrimas abasaron sus ojos y se mordió el labio con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerse sangre, pero no podía derrumbarse ante aquella mujer que acababa de abrirse en canal para darle nombre a su demonio. Sin embargo, no frenó el impulso de abrazarla con fuerza y hacerle llegar su apoyo con ese nimio gesto, a todas luces insuficiente.

—La última vez que la vi con vida, le di un beso en la frente y le prometí que pronto volveríamos a estar juntas. Solo hacía unos meses que había vuelto a trabajar después de tenerla y me costaba mucho separarme de ella. Nunca tenía que haberla dejado... Si yo hubiese estado allí... Es culpa mía.

Madeline se separó de ella y cogió sus manos.

—No lo es. Usted habría dado la vida por su hija, de haber podido. Fue un accidente, un espantoso y atroz accidente. No puedo ni imaginar lo que siente. Mis pérdidas han sido diferentes —sacudió la cabeza—. No creo que haya algo tan horrible como sobrevivir a un hijo. Pero de todos los dolores que hay en su corazón, el que provoca el de la culpa no debería estar entre ellos.

—¿Y si ella no lo vio así? La imagino ahogándose, sufriendo la agonía de sentir que la vida se le escapaba y esperando que sus padres la salvaran. ¿Y si ella pensó que mamá la protegería como le prometí hacer cada noche al acostarla? Y no estuve allí...

Madeline no tenía las palabras justas para ella, para sanar su corazón de un dolor tan lacerante, tan inmenso como para inundarlo todo. Ojalá hubiese tenido ese don, pero no lo tenía.

—No dejo de pensar en ello. No puedo borrar de mi cabeza la imagen de mi niña en la morgue. La tengo siempre presente, de día y de noche.

Hospedarme en su casa me ha permitido descansar por las noches, pero durante el día... sin previo aviso aparece en mi mente, y me destroza el alma. Ayer Lisa habría cumplido tres años... —suspiró retorciendo el filo de la sábana que la cubría—. Solo quería dormir y dejar de llorar una hora. Necesitaba estar bien para Simon. Perder a su hermanita fue horrible también para él. Mucho más cuando su padre y yo nos separamos por no poder soportar más los reproches y estar demasiado inmersos en nuestro propio dolor como para ver el del otro.

Madeline posó una mano sobre su hombro con suavidad. Ahora entendía lo que había visto en su mirada. Y sabía, muy a su pesar, que la estancia en su casa no sería suficiente para ayudarla. El demonio que la acechaba era demasiado grande, demasiado aterrador.

La oyó entonces reír amargamente.

—No sé por qué le cuento todo esto... —dijo avergonzada—. No he querido hablar de ello en meses. Me cansé de hacerlo con mi terapeuta para nada. Pero usted ha cuidado de mi hijo cuando yo no he sido capaz de hacerlo, otra vez. Ha sido tan amable..., al igual que el señor Larson. Jamás seré capaz de agradecerles lo que han hecho por mí. Aún más, cuando yo me porté como una auténtica zorra al llegar a su casa... —confesó sintiéndose aún más culpable.

Madeline hizo una mueca cómica, confirmando que así había sido. Y con ese gesto consiguió que en los labios de Samantha se dibujase una casi imperceptible sonrisa, que sin embargo la animó a creer que tal vez, y solo tal vez, podrían hacer algo por ayudarla a ella y a su hijo. Sinceramente, esperaba que así fuese.

CAPÍTULO 14

Madeline insistió, al igual que Taylor, en permanecer en el hospital hasta que Samantha fuese atendida por el médico y le diesen el alta. Durante aquellas horas ella pudo ver a Taylor en acción. Hablaba con los médicos y enfermeras con una seguridad que hacía que consiguiese cuanta información demandase. Lo pensó, ¿quién podía resistirse a un heroico y respetado bombero? En Jaime, sin embargo, parecía causar el efecto contrario. Lo había pillado mirándolo con recelo, como si se sintiese intimidado por él. Le pareció una competición absurda de hombría y decidió no darle ninguna importancia. Más cuando tenía tanto por lo que preocuparse.

Horas después, ya entrada la tarde, por fin dieron el alta a su huésped y los cuatro salieron del hospital, encontrándose con el calor sofocante de la calle.

—Traeré el coche —anunció Jaime y se marchó a por él, mientras los tres esperaron bajo el techado de la entrada, que al menos los guarnecía del sol.

Samantha se sentía débil aún y Madeline la tenía sujeta bajo el brazo. Cuando, minutos más tarde, Jaime llegó con su vehículo, este abrió la puerta del copiloto ofreciendo asiento a Madeline, pero ella fue a la parte trasera para sentarse con Samantha. El que aprovechó el ofrecimiento fue Taylor, que tomó asiento delante junto a él. Madeline tuvo que apretar los labios para no reír al ver la cara de enfado y decepción de Jaime.

El viaje lo realizaron en un tranquilo silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Los de ella iban desde la preocupación que sentía por Samantha y Simon, hasta intentar analizar las reacciones que invadían su cuerpo cuando tenía cerca a Taylor. Ni siquiera hacía falta que estuviese muy cerca para que esto pasase, porque una mirada suya, o simplemente quedarse mirándolo en la distancia, hacía que despertasen partes de su cuerpo que creía ya muertas.

Como en aquel momento, cuando lo observaba en diagonal, desde el asiento trasero. Nunca el cuello de un hombre le había parecido sexi. Era fuerte, duro, y le hacía imaginar la firmeza de otras partes de su cuerpo. Tragó saliva y se aclaró la garganta. Cuando su gesto llamó la atención de Samantha,

sonrió disimulando y tomó su mano al darse cuenta de que llegaban a la entrada de su propiedad. La mujer apretó la suya al ver a Simon jugando en el jardín con Tati. En cuanto el niño reconoció a su madre en el interior del vehículo corrió hacia él para encontrarse con ella.

Madre e hijo se fundieron en un abrazo cuando el coche se detuvo y ella abrió la puerta. La de Madeline también se abrió y comprobó que se trataba de Antoinette que le daba la bienvenida.

—¡Hola, amiga! ¿Qué tal estás? —le preguntó abrazándola.

Madeline le devolvió el abrazo y suspiró.

—Mejor que ella. Ya hablaremos —añadió en un susurro—, pero va a necesitar mucha comprensión y ayuda.

Antoinette miró a la mujer que rodeaba a su hijo con los brazos.

—Por supuesto. Luego me cuentas. Me alegro de que ya estés aquí, el abogado te ha llamado tres veces. Dice que le devuelvas la llamada cuando puedas. Y... —se detuvo al ver que Jaime Appleton parecía muy interesado en escuchar su conversación. Tomó a su amiga del hombro y la apartó del coche dando la espalda al hombre—. He pillado a tu tía revolviendo el cuarto de la señora Howell.

El desconcierto de Madeline fue claro cuando su mirada desorbitada se clavó en la de su amiga. Su primera intención fue la de ir en busca de su tía para pedirle explicaciones de un comportamiento tan escandaloso e inaceptable como aquel. Pero Antoinette la detuvo por el brazo.

—Espera. ¿De verdad crees que te va a dar una explicación creíble? Creo que deberíamos pensar antes en esto.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó resoplando furiosa.

—Que si no tenía nada mejor que hacer, como fregar los platos o hacer una de mis comiditas.

El enfado de Madeline adquirió entonces cotas inimaginables.

—Pero como te digo, no quiero que vayas a hablar con ella. No ofende quien quiere, sino quien puede. Y tu tía no tiene calidad moral para afectarme.

—Me sorprende que estés tan tranquila. Eres mucho más temperamental que yo, y ahora mismo tengo ganas de estranglarla. ¿¡Cómo se atreve a intentar vejarte de esa forma!?

—Y a entrar en el dormitorio de otro huésped y hurgar entre sus cosas. —Antoinette elevó las cejas e hizo una mueca.

—No puedo pasar por alto sus acciones, y que crea que puede hacer lo que

quiera en mi casa. No estoy dispuesta a tolerar ese tipo de comportamiento — dijo alimentada por la rabia.

—Y no lo harás, pero ahora es más inteligente hablar entre nosotras y sacar conclusiones antes de enfrentarte a ella. Tampoco estaría mal que hablastes con el abogado antes.

Madeline sopesó sus palabras mientras observaba a Samantha y a Simon, que seguían abrazados. Y entonces sintió una mirada clavada en ella. Sus ojos se desviaron hasta encontrarse con los de Taylor que le prestaba toda su atención, con curiosidad. Era evidente que se había dado cuenta de que estaba alterada. Tenía las manos apoyadas en las caderas y ladeó la cabeza preguntándole desde algunos metros de distancia con un gesto de su mano. «¿Todo ok?». Madeline asintió con una escueta sonrisa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le preguntó su amiga con picardía.

—Nada en absoluto —repuso negando la evidente complicidad—. Vamos dentro. Cuando termine de acomodar de nuevo a Simon en su cuarto y me asegure de que Samantha está bien, hablamos en la biblioteca. Tenemos algo de tiempo antes de la cena —dijo cambiando de tema convenientemente.

—Sí, tendremos tiempo para hablar de eso, y de todo lo demás —apuntó su amiga guiñándole un ojo.

Madeline sonrió poniendo los ojos en blanco y ambas se dirigieron a la entrada de la casa, pero ya en los escalones, se giró nuevamente para observar por última vez a Taylor.

Desafortunadamente, él ya se había marchado, probablemente a su caravana.

Un rato más tarde, Madeline se asomó a la puerta de la cocina y, por señas, indicó a su amiga que la acompañara a la biblioteca. Cuando ambas entraron en la estancia, cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—No dejo de pensar en el tema y no me huele bien. Está claro que mi tía esconde algo y creo sospechar qué puede ser —atajó soltando lo que daba vueltas por su mente.

—¿De qué se trata? Porque la verdad, lo de que sea una vulgar ratera que entró para robar algo de la habitación, no termina de cuadrarme. Me da más el perfil de un gran cerebro criminal que un ladrón de poca monta —expuso Antoinette cogiéndose la barbilla mientras meditaba, como un viejo detective de alguna serie televisiva de los sesenta.

Madeline tuvo que contener la risa y centrarse en el tema. Su amiga era muy intensa en todo y eso le encantaba, pero a veces se dejaba llevar por su energía y se dispersaban.

—A ver, ¿dónde estaba exactamente cuando entraste en la habitación? —preguntó con una idea rondándole la mente.

—En el suelo, arrodillada a cuatro patas. No fue una imagen agradable de ver —apuntó con una mueca.

—¿A los pies de la cama, frente a la ventana? —inquirió Madeline.

—¿Cómo lo sabes? —Alucinó Antoinette.

—Allí, debajo del suelo. Fue donde encontré el diario de la bisabuela. Esa fue su habitación y también la de Lisette mientras vivió en esta casa.

—¡Dios santo! ¿Entonces crees que ha venido a buscar el diario? —Los ojos de su amiga parecieron a punto de salirse de las órbitas.

—Eso empiezo a pensar —dijo Madeline dejándose caer, resoplando, en uno de los sillones de la sala. Se cruzó de piernas y apoyó los brazos en los del asiento.

—¿Y para qué lo querría? ¿Tendrá que ver con el centenario? —preguntó una Antoinette cada vez más perpleja.

—Si conoce el diario, puede que también haya tenido acceso a su contenido. Y es mucha casualidad que se presente aquí a solo unos días de que se cumpla la profecía. Lo que no llego a adivinar es con qué propósito quiere hacerse con él. Es solo un diario... Ni siquiera sabemos si es cierto lo que se cuenta en él —elucubró. Y entonces se dio cuenta de que repetía el gesto de frotarse la barbilla de su amiga—. Al menos eso es lo que creemos tú y yo, pero igual ella sabe algo que nosotras desconocemos.

—Te lo dije, esa mujer no es trigo limpio y hay que vigilarla. ¿Has llamado al abogado? —preguntó su amiga deteniendo sus paseos por la habitación para mirarla fijamente.

—Aún no, pero voy a hacerlo ahora mismo —repuso Madeline levantándose inmediatamente del sillón con la intención de hacerlo.

Lo que ninguna de las dos sospechó fue que Jaime Appleton, al otro lado de la puerta, hubiese escuchado cada palabra, con extremo interés.

CAPÍTULO 15

El comienzo de la cena de aquella noche fue como ir caminando por un campo de minas. Para todos estaba muy presente lo sucedido la noche anterior y miraban a Samantha de reojo como si fuera una bomba a punto de explotar. No conocían su historia y Madeline podía imaginar las conjeturas que se barajaban. Pero una vez más, Richard Cooper, con su gran don comunicativo, inició la conversación que daría pie a que el resto de la velada resultase más distendida. Aunque para eso ella tuviese que convertirse en el centro de atención. Algo que no le gustaba en absoluto.

—Y si no es mucha indiscreción, ¿a qué se dedicaba usted, Madeline, antes de abrir esta maravillosa casa de huéspedes en la que nos sentimos tan bien acogidos?

Madeline, que tenía el tenedor cargado de ensalada de patatas camino de su boca, detuvo el movimiento y volvió a dejarlo en el plato para contestar.

—Pues... durante casi diez años fui correctora literaria. —Apretó los labios y colocó las manos sobre su regazo.

No quería parecer tensa pero esa faceta laboral suya estaba estrechamente unida al recuerdo de su difunto marido. Él era un afamado escritor y se conocieron cuando empezó a trabajar para él. Tragó saliva y decidió cambiar la dirección de la conversación, al ver que todos la miraban con interés.

—Por eso me encanta echar una mano a Grace cuando lo necesita, repasando su manuscrito.

—Así es. Es una correctora increíble, hace que todo lo que escribo reluzca como una joya.

—No es mérito mío sino de tu talento. Yo solo pulo. No tengo el don de la creatividad —apuntó con sinceridad.

—Solo hay que echar un vistazo a este sitio —intervino Taylor señalando uno de sus rincones favoritos del jardín; bajo los frondosos robles había dispersos algunos muebles antiguos y restaurados para sentarse a leer o pasar el rato relajados. También había utilizado los asientos de varios sillones de mimbre para colgarlos de las ramas, como hermosos columpios, que incitaban

a soñar despiertos.

Se sonrojó al ver cómo la contemplaba, clavando aquella mirada celeste en ella, que aceleraba su pulso.

—Es cierto, Madeline, es usted muy talentosa. Y encantadora —añadió Jaime en tono meloso, haciendo que apartase la vista.

Antoinette la miró un segundo advirtiéndole su incomodidad.

—Voy a ir a por el siguiente plato. Espero que tengan todos mucho apetito porque he hecho tanto como para alimentar a un regimiento —dijo levantándose.

Madeline le brindó una mirada agradecida y se levantó tras ella.

—Gracias —le dijo en un susurro cuando estuvieron a solas en la cocina.

—Ha sido como ver a dos perros tras el mismo hueso —apuntó su amiga, riendo.

—No digas eso. No sé qué pretende Appleton, no le he dado pie para coquetear conmigo.

—Y al señor Larson, ¿le has dado motivos para coquetear?

—A ambos, quería decir a ambos —atajó al darse cuenta de que aquella omisión hacía mucho más que revelar lo que empezaba a sentir, y no se atrevía a verbalizar.

—Yo no digo nada —señaló Antoinette levantando las palmas—. De hecho, me parece estupendo que te guste. Es un tiarrón. Un hombre de verdad y no de esos sucedáneos que se ven ahora. Y cómo te mira... Ains... —suspiró—. Qué quieres que te diga, me encanta cómo te mira.

Y en ese momento, como si hubiese sido invocado, Taylor asomó por la puerta.

—Voy a sacar esta fuente. Señor Larson, ¿sería tan amable de ayudar a Madeline sacando la otra? Pesa bastante —se atrevió su amiga a pedir al hombre que no tardó en aceptar.

—Por supuesto. Y por favor, Antoinette, llámame Taylor.

—Ningún problema —dijo esta sonriendo, radiante. Antes de salir de la cocina y aprovechando que Taylor miraba a Madeline, le hizo una mueca a su amiga, que casi la hizo atragantarse.

—No hace falta que me ayudes, estoy acostumbrada a cargar las generosas fuentes de Antoinette —se apresuró a decir cuando vio que él acertaba la distancia.

—No es ninguna molestia. Me gusta ser útil. —Taylor estiró el brazo y

tomó la otra fuente con asado.

—Ya me doy cuenta —consiguió farfullar cuando lo tuvo a pocos centímetros de distancia. El calor del cuerpo masculino consiguió abrasarla aun cuando no entraron en contacto. Tomó aire con profundidad, costándole respirar. Se apartó, apoyándose en la isla y colocándose el cabello tras la oreja.

Taylor, que leyó la turbación en sus ojos, se detuvo un momento a observarla. Tenía las mejillas azoradas y la humedad de aquella densa noche perlaba la piel nívea de su cuello y escote. La vio respirar con profundidad, percibiendo el movimiento lento de su pecho subir y bajar. Los labios carnosos y sonrosados se abrieron y una necesidad abrumadora se abrió paso en su vientre haciendo que deseara besarla. La reacción de su cuerpo fue tan sorprendente que se preguntó a qué clase de hechizo lo había sometido. Aún atónito por su propia reacción, dio un paso hacia ella, como si tirasen hilos invisibles de su cuerpo.

—Sobrina, ¿tenemos más limonada? —La interrupción hizo que los dos se separasen con premura.

Madeline vio a Taylor salir con la bandeja y ella, titubeante, indicó por señas a su tía que podía cogerla de la nevera. En ese momento no era capaz de hablar.

—¿He interrumpido algo? —le preguntó Lisette al verla con la mirada perdida, con tono insinuante.

—No, claro que no —repuso rápidamente molesta por la pregunta. Sabía que lo último que sentía su tía por ella era preocupación—. Y a ti, ¿te interrumpió en algo importante Antoinette cuando te encontró en la habitación de Simon y Samantha?

Sus labios verbalizaron la pregunta sin que pudiera meditarla antes siquiera. No acostumbraba a hablar sin reflexionar, pero estaba furiosa con ella y el subconsciente la traicionó. El gesto de su tía mudo radicalmente, petrificándose. No le importaba. Había hablado con el abogado y este le había confirmado que no podía hacer nada para quitarle la casa, que era lo que más había temido. Según él sus abuelos habían sido muy claros en el testamento blindando la propiedad para la segunda generación, o sea, a ella exclusivamente. Y por eso esperó con frialdad la respuesta de su tía que la taladraba con una mirada cargada de soberbia.

—Así que esa pequeña chismosa te ha ido con el cuento...

—Procura no faltar al respeto a mi amiga si no quieres que te eche de mi propiedad —le advirtió.

Aquella respuesta sí que llegó a sorprenderla, pues la estupefacción asomó a sus ojos. Durante un momento la creyó capaz de tirársele encima para agredirla, pero entonces, como si otra persona la poseyese, sonrió elevando la barbilla.

—Hubo un tiempo en el que esta casa fue mía también, y ese era mi cuarto. Solo buscaba algo que me dejé en él.

—Tal vez debiste pensarlo antes de marcharte apresuradamente —repuso ella, que ya estaba lanzada, dejando salir cuanto llevaba dentro.

—Tal vez. Pero no sabes nada. Aún eres muy joven y aunque seamos familia, no tengo por qué explicarte los motivos de mi marcha. Seguramente no me creas, pero tampoco fue fácil para mí dejar mi hogar.

Su tía bajó la cabeza para dar la vuelta con gesto ausente al anillo con dos piedras azules que decoraba su dedo anular. Después elevó el rostro y Madeline se quedó petrificada al ver que las lágrimas inundaban su mirada.

—Tal vez algún día te lo cuente, pero hoy no. Gracias por la cena. —Y tras esta última declaración, se marchó abandonando la cocina por la puerta que daba al interior de la casa.

Madeline se apoyó en la encimera sintiendo un ciclón de contradicciones arrasar su corazón.

CAPÍTULO 16

Madeline acababa de tachar ese día en el calendario cuando las risas de jardín llamaron su atención. Había estado un rato en el cobertizo y se había perdido el desayuno. No tenía mucho que hacer allí, puesto que no se había marchado ningún huésped aún, pero le sirvió de excusa para estar un rato a solas. Cuando llegó a la cocina, sin embargo, le sorprendió hallarla vacía. Había esperado encontrar al menos a Antoinette, pero ni siquiera ella andaba por allí. Entonces decidió seguir el sonido de las risas y salir al jardín delantero. Y la escena que encontró le arrancó una sonrisa de pura felicidad.

Allí, descalzos sobre el césped, estaban corriendo en bañador Tati y Simon, bajo los chorros de agua que proyectaban unos globos pinchados y colgados en cuerdas que iban de un grupo de árboles a otro. El invento le pareció de lo más ingenioso y efectivo para sofocar el asfixiante calor, sobre todo cuando los oyó volver a reír al resbalarse y chocar el uno con el otro.

Samantha y Antoinette estaban sentadas en los escalones y observaban a los pequeños con sonrisas complacidas. Estaba a punto de saludarlas cuando oyó a la primera dirigirse a la segunda.

—Antoinette, agradezco tener esta oportunidad para disculparme contigo —le dijo girándose hacia ella.

—¿Por qué? No es necesario —apuntó su amiga desechando la idea con la mano.

—Sí que lo es. Imagino la impresión que te di cuando llegamos. No he pasado por alto la forma en la que me has mirado estos días y tenías todo el derecho a hacerlo tal y como me comporté. Pero de veras necesito que entiendas que no tenía nada que ver con tu preciosa niña, ni contigo.

—Samantha, no pasa nada...

—No es así. Sé que yo no estoy bien, pero el incidente del otro día y lo bien que os habéis portado con Simon y conmigo me ha dejado claro que no puedo hacer pagar a los demás por el hecho de estar yo sufriendo. —Suspiró como si le costase contener cada mota de oxígeno—. Ese día la sonrisa limpia de Tati me recordó a la de mi pequeña —se apretó las manos para detener su temblor—. Y no sé... quise huir de ella, de los recuerdos, y proteger

estúpidamente a Simon que es, a todas luces, más fuerte que yo.

Antoinette tragó la congoja que le produjo la confesión de la mujer y se mordió el labio inferior.

—Yo también tengo que disculparme. Pensé mal de ti directamente y confundí tus motivos. Te taché de racista sin darte una oportunidad de conocerte.

Samantha la miró pasmada.

—¿Creíste que no quería que nuestros hijos jugaran por el color de vuestra piel?

Antoinette asintió encogiéndose de hombros.

—Para que veas que no eras la única errada. Ahora me alegro de haber seguido el consejo de Madeline y no haberme dejado llevar por esa primera impresión.

—Yo también me alegro. —Samantha la miró, aliviada—. La verdad es que es una alegría verlos tan bien juntos. Me temo que mi sobreprotección solo ha hecho más daño a mi hijo. Observarlo reír así, después de tantos meses, es un regalo del cielo.

—Sí que lo es. Tengo que darle las gracias a Taylor porque a mí no se me habría ocurrido ni en un millón de años un invento como ese para que jugaran frescos en el jardín —dijo Antoinette señalando al hombre que estaba apoyado en uno de los árboles del fondo.

Madeline, llena de curiosidad, siguió la dirección en la que miraban y lo vio sin camiseta y con el pantalón vaquero empapado. Tragó una saliva inexistente que le secó la garganta. Tosió, alucinada con la visión y entonces ambas mujeres se giraron hacia ella.

—¡Hola! —las saludó con la voz ronca.

—¡Holaaa! —respondió primero Antoinette—. Has tardado mucho hoy. Como veía que no tenías prisa por desayunar, hemos salido al jardín.

—Sí... tenía cosas que hacer —apuntó sentándose en los escalones, entre ambas, mientras intentaba no fijar la vista en el hombre cuya visión la llamaba como el canto de una sirena—. ¿Qué tal todo, Samantha? —preguntó a su huésped, en la que percibió algo más de color en las mejillas.

—Bien. Simon está feliz y eso es maravilloso. —A Madeline no se le escapó el brillo lacrimógeno de sus ojos. Estaba a todas luces conteniendo sus sentimientos y dolor por su hijo. Estaba segura de que, de ser por ella, estaría tumbada en su cama dejándose llevar por la amargura, pero permanecía allí,

aparentando normalidad por el bien de su pequeño.

Algo se le encogió en el pecho al saber que era una felicidad fingida. Volvió a pensar en que ojalá pudiese hacer algo más por ella.

—¿Y qué es todo esto? —preguntó a las mujeres señalando el circuito de cuerdas y globos.

—Lo ha inventado el señor Larson. ¿No te parece fantástico? Los niños se quejaban del calor y se ofreció a preparar algo que les divirtiese y refrescase, en el jardín —dijo Samantha.

—Es una joya este hombre. Ingenioso, atento, le gustan los niños... —El mensaje de su amiga era tan alto y claro que hasta Samantha, que estaba embebida en sus pensamientos, fue capaz de traducirlo. Cuando Madeline la miró azorada, esta le sonrió asintiendo.

—Es verdad. Toda una joya —apoyó de esta manera el comentario de Antoinette.

—¿Tú también, Samantha? No te dejes liar por esta embaucadora. Imagina cosas sin sentido.

—Vamos a verlo —repuso Antoinette y su tono malicioso la hizo mirarla con curiosidad. La vio sonreír de oreja a oreja, pero el gesto no era para ella, sino para el hombre que se acercaba con paso lento y sexi.

«¡Por todos los dioses!». Quería apartar la vista, más sintiendo las miradas curiosas de las dos mujeres clavadas en ella, pero no lo conseguía. Tenía un cuerpo cincelado por el ejercicio. Unos hombros torneados, poderosos, y un pecho enorme. Sus brazos eran fuertes y el abdomen tan plano y marcado con cada abdominal que sintió que salivaba como si estuviese a punto de degustar un succulento y delicioso pastel. Ya estaba tan cerca como para ver el agua de los globos que lo habían mojado deslizarse por las hendiduras que formaban sus músculos y no se le ocurrió otra forma de evitarlo que taparse los ojos.

—Este sol daña la vista —dijo en un tono que no la convenció ni a ella.

—Señoras... —saludó Taylor al llegar a los escalones.

—Hola —se limitó a contestar ella, con la mano como visera, y filtrando así la imagen del cuerpo más tentador que había visto en su vida.

—Taylor, ¿sabes que Madeline comentaba ahora mismo la suerte que tienen los niños de poder remojarse con tu invento? Ella también está consumida... por el calor —dijo Antoinette y Madeline abrió los ojos desorbitadamente por el descaro de su amiga.

Taylor sonrió y por sus ojos celestes se paseó la picardía. Y antes de que él se pronunciase tuvo claro que no le iba a gustar lo que venía a continuación.

—Pues eso tiene fácil solución, ¿no te parece? —preguntó mientras se agachaba ante ella y la levantaba en vilo de los escalones.

Madeline solo tuvo tiempo de soltar un grito por la sorpresa y aferrarse con fuerza a su cuello temiendo caerse.

—¡Chicos! Madeline quiere jugar con nosotros, ¿la dejamos? —llamó la atención de los niños que corrieron hacia ellos encantados con la noticia.

Sin embargo, ella solo podía apreciar cada sentido colapsado e inundado por el hombre que la sostenía. Sentía una de sus grandes manos aferrándola por el costado, bajo el pecho, y la otra bajo sus piernas, apretando su muslo. La piel le ardía donde la tocaba. El fuego fue subiendo e inundándolo todo hasta sentir que le abrasaban las mejillas. Estaban tan pegados que no cabía una mota de aire entre ellos y ahora tenía el rostro tan cerca de su cuello, ese cuello que la había convertido en una tarada mental, que durante un segundo le hizo pensar en pasar la lengua por esa piel expuesta. Tan cerca, tan tentadora, tan...

De repente el hilo de sus calientes pensamientos se detuvo cuando la colocó bajo los chorros del agua que caía de los globos. Uno de ellos le dio directamente en el rostro y tuvo que parpadear repetidamente mientras todo su cuerpo se empapaba. Taylor rio con fuerza al ver su reacción y la vibración de su cuerpo la hizo temblar.

—¡Maldito seas, Taylor Larson! ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? —preguntó avergonzada al oírlo reírse de ella.

—¿Hacer qué? ¿Refrescarte en un sofocante día de calor? Es un acto de caridad. No quiero que te derritas bajo este sol abrasador. —Su voz sonó demasiado aterciopelada e íntima y apretó los labios antes de contestar.

—Me refiero a cogerme de esta manera. Sé caminar yo solita. —Sacudió la cabeza para intentar apartarse el flequillo empapado de los ojos.

—Eso se llama galantería. Pero si te incomoda... —La dejó en el suelo con tanta rapidez que sintió que cada parte de su cuerpo protestaba de inmediato.

Estaba tan confusa que no supo ni qué decir ni cómo actuar. Y entonces sintió las manos de Taylor sobre su rostro y las yemas de sus dedos apartando su cabello para enlazar la mirada azul a la suya, completamente atónita. El abismo volvió a abrirse bajo sus pies y estuvo tentada de aferrarse a sus

fuertes brazos para no caer. El gesto fue tan íntimo y delicado que se quedó sin aliento y todo desapareció a su alrededor.

Tati y Simon llegaron hasta el lugar donde se encontraban y, entre risas, cada uno la agarró de un brazo y tiraron de ella para que corriese con ellos bajo el agua. Tardó en reaccionar, pero no pudo resistirse a sus peticiones y bajando la mirada, rompió el momento y se fue junto a los niños.

CAPÍTULO 17

Completamente empapados y riendo a carcajadas, terminaron ambos tirados sobre el césped con los niños. Habían acabado por hacer dos equipos; chicas contra chicos en una competición de carreras y distintos juegos. Y Taylor estaba sorprendido. Madeline era asombrosa. En los pocos días que llevaba allí había descubierto tantas cosas de ella, tantas facetas y aristas en su personalidad que la imagen que se había formado en su mente durante un año se desvanecía ante él como el humo. Durante todo ese tiempo la había intentado demonizar. No es que pensase que era malvada, pero de alguna manera había llegado a culparla de lo que ocurrió esa noche que lo cambió todo para él. No era un loco, sabía que no era responsable directa de nada. Pero si no hubiese sido por ella...

No había ido hasta allí para odiarla, pero sí creyó que al pasar tiempo con Madeline se daría cuenta de que los sueños que tenía con ella no tenían ninguna base ni sentido, y conseguiría eliminarla de su mente. Pero se estaba dando cuenta de que su plan hacía aguas por todas partes.

Sacudió la cabeza y se levantó de un salto. No quería caer de nuevo en los recuerdos. No en esos momentos en los que parecía que las nubes negras de su mente se abrían para dejar paso a los primeros rayos de sol desde hacía tanto que no recordaba lo que sentía cuando la felicidad iluminaba sus días. Fue hasta Madeline y le extendió la mano ofreciéndole ayuda para levantarse. Ella no lo dudó y la aferró con fuerza. Tiró hasta que estuvo de pie, frente a él. Una sonrisa iluminaba su rostro, que parecía radiante a pesar de estar manchada de barro y hierbas del jardín que se habían pegado por su rostro y cuerpo.

—Gracias —le dijo ella y lo soltó para sacudirse.

La vio girarse al darse cuenta de que el agua que empapaba su ropa impedía que la hierba se desprendiese. Al hacerlo, pudo apreciar su trasero firme y redondeado pegado al vestido corto que se había puesto esa mañana, y tragó saliva viendo lo fácil que era para ella activar sus deseos más primarios.

—Creo que esto no tiene remedio. Necesito una ducha. —Ella se apartó el cabello de la frente con el dorso de su mano y él se limitó a asentir, más preocupado por la erección que amenazaba con dejarlo en evidencia.

—Buena idea. Yo voy a hacer lo mismo —repuso en tono serio. Y sin decir una palabra más, empezó a caminar hacia su caravana, sacudiendo la cabeza y preguntándose si se estaba volviendo loco.

Madeline lo vio marchar cambiando radicalmente de actitud con ella. Se mordió el labio inferior y se preguntó qué habría pasado. Al mirar hacia la entrada vio que tanto Samantha como Antoinette seguían observándola con interés. Se había olvidado por completo de ellas y fue como si la pillaran haciendo algo indebido. Decidió hacer exactamente lo que había dicho e ir a darse una ducha y adecentarse. Quizás el agua borrara esas sensaciones crecientes en su vientre, en su corazón y en su mente, como el barro que la cubría.

—Voy a asearme un poco —dijo al pasar junto a las mujeres, no dando oportunidad de que le hicieran ningún comentario. Estaba segura de que al menos su amiga se guardaría su mejor repertorio de frases para otro momento.

Al pasar por la biblioteca vio a Richard y a Grace enfrascados en una animada conversación sobre la trama de la novela de la chica y, una vez más, se alegró de que ambos se llevaran tan bien. No los molestó y subió las escaleras, consciente de que después tendría que fregar las huellas que iba dejando con sus pies descalzos. Estaba a punto de subir el último tramo de peldaños, que llevaban hasta el desván donde se encontraba su cuarto y su baño privado, cuando el llanto de una mujer detuvo sus pasos. Sabía dónde estaban el resto de huéspedes y solo podía tratarse de su tía, por lo que se aproximó a su puerta, despacio, con cautela. Pegada a ella, el llanto se hizo más fuerte y se enderezó, entrañada. ¿Debía decirle algo? La relación entre ambas era más que complicada y con seguridad no querría que la viera en un momento de debilidad. Sopesó sus opciones hasta que junto al llanto escuchó un quejido que la alertó de que algo no iba bien, y sin pensarlo abrió la puerta tras tocar un par de veces, pero sin esperar una invitación a pasar.

—Tía Lisette, ¿estás bien? —preguntó en un susurro.

La habitación estaba en penumbra, con las contraventanas de madera cerradas. La única iluminación provenía de la puerta que ella acababa de abrir. Divisó a su tía cuando esta se movió en el suelo. Y entró sin pensar en lo que podía decirle al hacerlo sin su permiso.

—Por favor, vete —le dijo la mujer, pero su voz rota por el llanto y algo más, le impidieron obedecer.

La vio llevarse una mano a la mejilla e intentar ocultarle el rostro, lo que

no hizo más que incitarla a averiguar qué le sucedía. La giró con cuidado y se quedó petrificada al ver su mejilla hinchada y amoratada. La herida resaltaba aún más sobre una piel tan blanca como la suya.

—¡Dios santo! ¿Qué te ha pasado?

—Nada, márchate, por favor —le dijo evidentemente dolorida. El solo movimientos de sus labios al hablar, dibujó una mueca de dolor en su rostro.

—De eso nada. Hace falta que alguien te cure esa herida. No sé si necesitarás incluso puntos. Es una herida feísima. ¿Cómo te la has hecho? —inquirió muy preocupada.

Su tía pareció titubear.

Lisette advirtió la misma fiera determinación que había visto en el espejo tantas veces en ella misma y supo que Madeline no se marcharía sin una explicación.

—He tropezado y me he dado contra el poste de la cama.

Madeline se giró para ver el robusto poste torneado de la cama con dosel de esa habitación. Frunció el ceño y volvió a mirarla a ella.

—¿Ha sido con la alfombra?

—¿Cómo? —preguntó su tía sin entender.

—Con la alfombra. Te has tropezado con ella, ¿verdad?

—Sí... sí... eso ha pasado. —La duda no pasó desapercibida a oídos de Madeline, pero era comprensible. Con un golpe como aquel podía estar hasta conmocionada.

—Esta tarde la haré fijar al suelo, o la quitaré si lo prefieres —le dijo con decisión—, pero ahora, vamos a curarte ese golpe.

—No. No es necesario.

—Por supuesto que sí. Vamos. Tengo un botiquín en mi cuarto, si lo que te preocupa es que te vean los demás.

No esperó más y la tomó bajo los brazos para ayudarla a levantarse del suelo. Su tía se tambaleó ligeramente y se aferró a ella con fuerza. Posó una mano sobre la suya cuando se sostuvo por sí misma. La vio hacer una nueva mueca de dolor y se preguntó si una simple cura sería suficiente.

—¿Has llegado a perder el conocimiento? —le preguntó temiendo que así fuese.

—No, solo me he mareado.

—Bien. ¿Te sientes con fuerzas para subir la escalera, con mi ayuda?

Solo asintió, sujetándose con más fuerza a su brazo.

—Estupendo, lo haremos las dos juntas —dijo empezando a encaminarla hacia la puerta. En ese momento, Jaime Appleton apareció en el marco.

—¿Ha pasado algo? —preguntó—. ¿Puedo ayudarlas?

Su tía dio un paso atrás, ocultándose tras ella y supuso que tal y como había pensado, se sentía avergonzada y no quería que la vieran en ese estado. Lisette era muy coqueta y siempre iba muy arreglada, aquello debía resultar bochornoso para ella. Se colocó frente a su cuerpo y contestó rápidamente.

—Todo está bien. No es necesario, gracias —repuso forzando una sonrisa.

Él miró con más interés hacia su tía, pero luego reparó en ella percatándose de que tenía el vestido pegado al cuerpo por el agua, mostrando cada una de sus curvas. La mirada lasciva que le dedicó le provocó una arcada mental.

—¿Seguro? —preguntó él con esa sonrisa que tan poco le gustaba en los labios.

—Totalmente segura. Y ahora, si es tan amable, preferimos estar solas. — Su tono fue tan cortante como la hoja del cuchillo más afilado. Y ese cambio en la inflexión hizo que él retrocediese.

—Por supuesto. No las molesto.

—Gracias —repuso ella. Lo vio mirar una última vez a su tía, que seguía medio oculta tras ella, y marcharse.

Esperó algunos segundos hasta que oyó las pisadas del hombre llegar hasta la planta baja y entonces le indicó que ya podían salir.

—Ya se ha ido. No te preocupes. Ahora todo irá bien.

La respiración de su tía se calmó y supo que era el momento de ir a curarla. Eso era lo más importante en ese momento, pero mientras subían las escaleras hasta su cuarto también sopesó la idea de invitar a Jaime Appleton a marcharse próximamente. No lo había hecho hasta la fecha con ningún huésped, pero algo en ese hombre la incomodaba hasta el extremo. Y estaba claro para ella que no precisaba de la magia de la casa. No era una de esas personas que iban con la intención de huir de sus demonios y sanarse. Algo en él le decía que él era uno de esos demonios de los que los demás huían, y no lo quería allí.

CAPÍTULO 18

—No sé... sigo pensando que algo no cuadra.

—¿Por qué piensa eso? Yo creo que los personajes tienen fuerza. Sus vidas y caracteres están muy bien perfilados. Y la narrativa es extraordinaria. Es muy elegante.

Grace se encogió de hombros, no muy segura del análisis que realizaba Richard de su manuscrito. Confiaba en él y sabía que era sincero, pero ella no estaba convencida de estar ofreciendo al lector la experiencia que tenía en mente.

—Muchas gracias, pero es que creo que le falta algo... No sé... ¿Intensidad? ¿Enigma?

Grace se giró hacia Madeline y se dio cuenta de que estaba perdida en sus pensamientos. Una vez a la semana habían tomado la costumbre de reunirse los tres en la biblioteca después de comer para comentar el libro. Madeline solía ser bastante comunicativa. Daba su opinión y analizaba cada aspecto de la trama, personajes, estructura... más sus correcciones de lo que llevase hasta el momento. Pero ese día estaba como ausente. Apenas había intervenido y se preguntaba si le pasaba algo.

—¿No lo crees así, Madeline? —le preguntó directamente intentando llamar su atención. Lo consiguió porque elevó el rostro y la miró aturdida.

—Creo que me he perdido parte de la conversación. Me he distraído. Disculpadme.

—No tiene importancia, te agradezco muchísimo estas reuniones. Sé lo ocupada que estás con la organización de la casa. Si no te viene bien hacerla ahora, podemos posponerla, ¿a que sí? —preguntó Grace a Richard, buscando su apoyo.

—Por supuesto. Podemos reunirnos en otro momento más propicio —aseguró él corroborando sus palabras.

—Noooo, no será necesario. Siento haber estado ausente, pero ya he vuelto. Este es uno de mis momentos favoritos de la semana. No quiero aplazarlo. —Sacudió la cabeza un par de veces—. Estoy centrada. ¿Por dónde íbamos? —preguntó mirándolos a ambos alternativamente.

—Grace cree que le falta algo a la novela. Intensidad...

—O un misterio —añadió Madeline reflexionando.

—¿Un misterio? —preguntó la chica, pero sus ojos brillaron ante la perspectiva.

—Podría ser. La trama de esta familia es muy interesante. Los personajes son tan diferentes y ricos en matices... Las relaciones entre ellos complicadas... —comenzó a explicar Madeline.

—Como en todas las familias —apuntó Grace, con gesto hastiado.

Cuando los otros dos la miraron interrogativamente, se explicó:

—Me refiero a que en todas las familias hay problemas, malentendidos y esas cosas. Por fuertes que sean los personajes, los equívocos, desacuerdos y amores mal entendidos dentro de la familia, no son algo nuevo en una novela. Todos tenemos de ese tipo de conflictos. Yo misma no estaría aquí, a escasos kilómetros de la casa en la que nací, si mi relación con mi madre fuese un remanso de paz. Me niego a que juzgue mi trabajo, a que vuelva a decirme que soy incapaz de terminar algo, y a que me recrimine haber dejado mi empleo en el periódico de Lafayette para dedicarme a mi pasión.

Cuando Grace detuvo su vehemente discurso, también dejó de caminar por la habitación, y al girarse hacia ellos se dio cuenta de que se había dejado llevar, revelando su frustrante relación familiar.

No sabía que Grace tenía problemas de relación con su madre, pero estaba de acuerdo en todo lo que había dicho sobre las familias. La suya era una muestra más de toda aquella complicación. Su padre había crecido de hogar en hogar de acogida y no tenía a nadie por su parte. Y del lado de su madre, la familia, aunque pequeña, había guardado tantos secretos y dolor como para llenar varios diarios. La única persona que le quedaba estaba en aquella casa, bajo su mismo techo y era una contradicción constante, no sabiendo nunca lo que esperar o pensar de ella. Pasaba de la rabia y el rencor a la compasión y la pena. Y cuando la curó el día anterior, también descubrió preocupación por el único familiar que le quedaba. Tal vez era una ilusa por sentir cosas así, pero no podía evitarlo.

Desechó de su mente todo lo que la turbaba y se centró en Grace.

—Por eso... quizás un misterio daría un punto extra a tu novela. Haría que esas mismas relaciones se aderezaran con un nuevo elemento. Puede servir de aglutinante en ocasiones y divisor en otras. Darte más juego —apuntó Madeline.

—¿Te refieres a algo como un asesinato o algo así? —preguntó la chica enarcando una ceja.

—No, me refiero a algo más original, e insólito...

Richard le brindó una mirada entornada y Grace ladeó la cabeza.

—Empiezas a darme miedo —aseguró Grace con una risa nerviosa.

—Yo también me lo doy, a veces —afirmó Madeline manteniendo su gesto enigmático—. Pero ahora, a ver si te gusta mi idea... —hizo una pausa dramática antes de decir: —Una casa que guarda el enigma de un hechizo.

Durante varios y eternos segundos ambos la miraron, atónitos. Hasta que el rostro de Grace se iluminó.

—¿Te refieres a esta casa? —Sus ojos se abrieron tanto y parecía tan alucinada que Madeline se mordió el labio inferior para no romper a reír. Asintió, y los gritos entusiasmados de Grace llenaron la estancia.

Un segundo después Madeline sentía el abrazo de la chica, estrujándola.

—Pero si tú odias que se escriba de esta casa. Te he visto quejarte de los periodistas que te acechan para intentar averiguar algo sórdido que contar —dijo soltándola de repente, temiendo que se lo pensase mejor y terminase por echarse atrás. Le encantaban los misterios y ese podía ser algo fascinante.

—Tú lo has dicho, periodistas. Prensa amarilla y grotesca que inventa cosas y ridiculizan a la gente. Pero tú tienes talento. Estás trabajando en un gran manuscrito. Creo que podrías contar la historia de esta casa de forma bella. Hacer que sea algo memorable y que honre la memoria de quienes conformaron su historia.

Grace suspiró emocionada por sus palabras y por el voto de confianza, y volvió a abrazarla con fuerza.

—Esto es fascinante —intervino Richard, levantándose—. Si me lo permitís, os ayudaré con la documentación, o lo que sea necesario.

Las dos mujeres lo miraron y antes de que el hombre pudiese esperarlo, lo unieron al abrazo.

CAPÍTULO 19

—¡Maldita sea! ¿Por qué hoy? ¿Y por qué a mí? —Madeline se pasó la mano por la frente con frustración, contó hasta diez y soltando todo el aire de sus pulmones de una vez, volvió a intentar arrancar su coche, que como en las cinco tentativas anteriores se negó a hacerlo. Tuvo ganas de llorar. Necesitaba hacer varias gestiones aquella mañana y la avería llegaba en el peor momento.

Golpeó el volante y salió del vehículo de un humor de perros. Se lo quedó mirando como si esperase que le dijese qué demonios le pasaba. No se le daba bien el mantenimiento del coche. Esas eran cosas que hacía su marido en vida. Tampoco conducía mucho en Nueva York, pues trabajaba desde casa la mayor parte de los días. Y cuando salía era Jamison el que la llevaba. Había dejado aplazado lo de ponerse al día con la mecánica, pero estaba claro que tenía que empezar ya.

Le dio una patada a la rueda, solo por desahogarse, antes de buscar una solución.

—No quiero interrumpir la pelea. Está claro que vas ganando, pero ¿puedo ayudarte en algo?

La voz de Taylor la sorprendió haciendo que pegase un brinco. Se llevó una mano al pecho y luego al cabello, de forma nerviosa.

—Mm... no arranca. No sé qué le pasa —dijo avergonzada consciente de que había visto su estúpida rabieta.

—Puedo echarle un vistazo. ¿Por qué no intentas arrancarlo para ver qué hace?

—No hace nada. Ese es el problema.

—¿Ni un solo ruido? —preguntó y a Madeline le pareció escéptico.

—No, nada.

—Veamos. —Taylor pasó por su lado y entró en el coche.

Tuvo que echar el asiento hacia atrás porque sus largas piernas no cabían. Y aún así le pareció que estaba enlatado en el cubículo de su pequeño utilitario. Lo vio girar la llave y prestar atención. Ella no oyó nada y en su cara se reflejó la satisfacción.

—¿Lo oyes? —preguntó él y ella cambió radicalmente de gesto. ¿Estaba

de broma?

Él la llamó y se acercó a la puerta. Taylor la tomó de la mano y la instó a acercarse hasta que introdujo la cabeza por el hueco, lo que hizo que sus rostros quedasen muy pegados. Taylor giró de nuevo la llave y sorprendentemente Madeline escuchó un pequeño chasquido. Se vio tan sorprendida que se enderezó de repente y su cabeza chocó con el techo del coche.

—¡Mierda! —se quejó.

—¡Vaya golpe! Deja que te eche un vistazo. —Madeline se inclinó para atrás cuando vio que salía. Antes de poder decir algo él posó las manos sobre su cabeza y le apartó el cabello para ver si se había herido. Lo sintió como una caricia que le provocó ese cosquilleo tan placentero.

—No tienes nada. Pero tu coche se ha quedado sin batería.

—Eso es fácil de solucionar, ¿no?

—En circunstancias normales, sí. Pero lo has intentado demasiado, y se ha gripado el motor. —Madeline lo miró como si le estuviese hablando en chino —. Necesitarás una grúa o dejar que te lo remolque hasta el taller.

Esa última frase sí que la entendió y volvió a pasarse la mano por la frente, frustrada.

—Puedo remolcarte ahora si lo necesitas.

Lo miró pensando si se podía ser más servicial y oportuno.

—Es que tengo que hacer varias cosas en la ciudad y...

—No hay problema. Casualmente no tenía pensado hacer nada hoy, salvo terminar el libro que estoy leyendo. Te acompaño a los recados mientras te arreglan el coche.

Le encantó oír que leía. Ella amaba los libros y consideraba que no había nada más sexi en el mundo que un hombre con afición por la lectura. Pero las alarmas que despertaron en su mente, al imaginarse pasando la mañana entera a solas con él le nublaron la visión. Sin embargo, nada pudo evitar que asintiese varias veces, aceptando. Como si su cuerpo lo tuviese más claro que su cabeza.

Apenas media hora más tarde y tras enganchar el coche a su pick up, Taylor la invitaba a pasar al asiento del copiloto. Le abrió la puerta y la ayudó a subir. No es que pensase que no podía ser galante, pero solo estaba acostumbrada a gestos como ese cuando venían de hombres como Richard Cooper. Y se preguntó cuántas cosas más descubriría de aquel hombre esa

mañana.

Las risas de Madeline inundaron el interior de la camioneta y Taylor no pudo menos que quedarse maravillado con el sonido cantarín y suave, aunque las burlas fuesen dirigidas a su persona. Había pasado la mañana con ella y podía decir que había sido una de las mejores de su vida. Nunca imaginó que hacer recados pudiese ser tan divertido.

Al principio Madeline estaba un poco nerviosa, pero poco a poco se fue relajando y sin darse apenas cuenta empezaron a compartir anécdotas de sus vidas. Ella le habló de su trabajo como correctora y de las trastadas que hacía en la casa de sus abuelos cuando era una niña y se aburría; como tirar un viejo despertador desde el tejado para probar la teoría de la gravedad, hacer perfumes metiendo en frascos de cristal alcohol y los postres de la abuela, pues creía que estos tenían el mejor aroma del mundo. O cuando llenó de jabón el cabello de uno de los huéspedes que dormía en el jardín porque estaba segura de que tenía piojos. Era divertida y mucho más espontánea de lo que le pareció a su llegada a la casa. Y pronto se vio él también contándole sus cosas.

Todo iba genial, hasta que en el camino de vuelta a la casa quiso profundizar en su vida y le preguntó si había estado casada, aunque ya sabía que así era. Su semblante cambió. La vio entristecerse. Pero le relató su matrimonio de cinco años con un escritor famoso. No le preguntó quién era porque también lo sabía. De hecho, durante años, fue uno de sus autores de suspense favoritos. Después le contó que había muerto en un accidente y a las pocas semanas descubrió que estaba a punto de abandonarla por llevar tres años engañándola con otra mujer a la que había dejado embarazada.

Tras aquello se instauró un silencio que lo hizo sentir culpable por haberle devuelto aquellos amargos recuerdos. No podía dejar las cosas así y cambió de tema revelándole lo más vergonzoso de su vida.

—¿Baile? Jamás lo habría imaginado —dijo Madeline tapándose la boca para intentar detenerse.

—No te rías. Tenías que haberme visto, estaba guapísimo con el tutú.

—¡No, por favor! —Negó con la cabeza—. Me tomas el pelo.

—En absoluto. Mis padres tuvieron dos hijos. Mi padre apuntó a mi hermano mayor a fútbol. Yo quería ir con él, pero mi madre siempre quiso tener una niña y decidió que yo debía ir a ballet. Por supuesto aquella locura solo duró unos meses. Hasta que me oriné en las mallas en un ensayo.

Madeline abrió la boca en una «o» perfecta y sorprendida.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó espantada.

—Porque mi madre era la profesora y sabía que no consentiría un comportamiento semejante delante del resto de sus alumnos. Así conseguí que me sacara de las clases.

—Bueno, está claro que fue efectivo. Chico listo —le concedió.

—Gracias —repuso él con una reverencia y una radiante sonrisa—. ¿Y tú, qué hacías de niña? ¿En qué empleabas tu tiempo libre?

—No te lo vas a creer... —dijo ella con una coquetería tan sutil y elegante que lo excitó al instante.

—¿Fútbol americano? —preguntó él alzando una ceja.

Madeline negó con la cabeza.

—También ballet, durante diez años —confesó ella mordiéndose el labio.

Taylor que estaba pasándolo genial con la conversación, dejó de reír de repente.

—No hagas eso —le ordenó muy serio.

Madeline parpadeó un par de veces.

—¿Qué? ¿Qué he hecho?

—Eso que haces con el labio.

—¿Qué hago? —preguntó sin entender nada, tocándose el labio.

—No eres consciente, ¿verdad? Realmente no te das cuenta.

—¿Cuenta de qué? —quiso saber, ya nerviosa.

—Te lo demostraré —se limitó a decir él. Y ante la mirada estupefacta de Madeline, desvió el coche sacándolo de la carretera y lo detuvo en el arcén.

Su nerviosismo alcanzó cotas peligrosas para su corazón cuando, nada más hacerlo, se giró hacia ella y colocó una de sus grandes manos sobre su mejilla, atrayéndola hasta él.

Estaba perdida.

CAPÍTULO 20

—¿Qué... haces? —preguntó en un susurro quedo. El rostro masculino estaba a tan solo unos centímetros del suyo. La mano sobre su mejilla estaba dejando una impronta de fuego.

—Voy a demostrarte lo que siento cuando haces eso con el labio. —La voz de Taylor sonó tan grave que se vio respirando a doble de velocidad.

—Yo no hago nada, de verdad... Esto no está bien.

—Tranquila, no te dolerá.

Ante aquella respuesta, Madeline abrió los ojos desorbitadamente. Se quedó inmóvil cuando él acortó la distancia y su aliento le acarició los labios. Entonces Taylor inclinó ligeramente la cabeza y rozó la punta de su nariz con la suya. No se atrevió a decir nada. Si movía los labios, estos seguramente se tocarían con los de él, que aparecían ante ella carnosos pero firmes. Tentadores y tan provocadores como para hacerla anhelar que diese un paso más.

—¿Sientes cómo late más fuerte tu corazón, casi como si se te fuese a escapar por la garganta? —le preguntó en un susurro. Y sí, sus labios rozaron los suyos. Pero de una forma tan sutil, tan delicada, que le pareció que lo había soñado.

Se limitó a asentir débilmente con la cabeza.

—Eso creía. Y ahora... —continuó, pero esta vez mientras hablaba llevaba su boca hasta la comisura de su labio y depositó un beso en ella, como una promesa — ¿Notas cómo el aire se hace más denso, como si tus pulmones fuesen incapaces de acaparar el oxígeno que necesitas para vivir?

Volvió a asentir de manera involuntaria, hipnotizada por las sensaciones que provocaba en ella. Tan desconcertantes y adictivas.

Madeline contuvo el aliento y lo exhaló en forma de gemido cuando sintió la lengua masculina acariciar su labio inferior. Cerró los ojos, creyendo que estaba perdiendo el juicio.

—Y ahora, ¿te mareas? Porque todo eso es lo que siento yo cada vez que te muerdes el labio mientras sonrías. Me mareo, pierdo el control y me desboco con una necesidad que me pide a gritos que te bese.

Madeline abrió los ojos de repente y se encontró con el azul despejado de su mirada clavado en ella.

Lo deseaba. Cada parte de su cuerpo lo hacía con desesperación. Hacía días se creía muerta como mujer, y ahora estaba viva. Pero sabía que lo que había despertado dentro de ella no permitiría que lo dejara con hambre. Necesitaba aplacar el fuego que la consumía, célula a célula. Nunca había sido de las que toman la iniciativa. Tal vez por las inseguridades que sufrió desde niña, o porque no se sentía capaz de exponerse, pero en aquel instante, cuanto todo lo que quería estaba ante ella, ni siquiera lo pensó. No buscó una red de seguridad a sus pies. Sabía que estar cerca de Taylor era como caer al vacío. Ya lo había experimentado y estaba dispuesta a hacerlo, a quemarse, a abrasarse con tal de probarlo.

Y simplemente lo besó.

Se acercó a sus labios y los apretó con los suyos durante un largo segundo en el que cerró los ojos para ser consciente de cada milímetro de piel que entraba en contacto con la de él. Creyó que la necesidad se aplacaría, que se daría cuenta de que había sido un error, pero su fiera interior gruñó queriendo más. Afortunadamente la de él también porque, apoderándose de su rostro con ambas manos, la hizo abrir los labios para adentrarse en su boca. La profanó, embistió con su lengua y saboreó como si necesitase bebérsela entera.

El ritmo endiablado y sensual de su lengua, enredándose con la suya, fue como la droga más potente del mundo. Se sintió atrapada, enganchada y tan desinhibida como para aferrarse a su cuello buscando un contacto mayor. Taylor no se lo pensó dos veces y tomándola de su asiento, sin separarse de su boca, la sentó sobre él. Madeline podía notar sus manos que iban desde su nuca a su espalda. La pegó a él y volvió a tomar su rostro. Después descendió por su costado y la cogió por la cintura, justo bajo el pecho. Anticiparse a una posible caricia en esa zona tan erógena le hizo hervir el vientre. Su sexo comenzó a palpar con impaciencia y la nube del deseo se espesó en su mente.

Ella no se quedó atrás y posó las manos en su cuello fuerte, bajó por su pecho y sentir su dureza bajo las palmas de las manos le llenó la mente de imágenes en las que lo tenía desnudo, solo para ella. Se removió sobre él al sentir la pétrea erección de su miembro bajo el trasero. Y lo oyó gruñir enloquecido. Taylor abarcó con su mano uno de sus pechos al completo, y entonces fue ella la que gimió. El pulgar masculino buscó su pezón a través de la tela del vestido y cuando lo sintió endurecido, lo acarició trazando círculos

sobre él que la llevaron al mismísimo infierno.

—Ne...ce...sito más —consiguió decir ella casi sin aliento.

—Yo también. Lo necesito todo. —La voz aterciopelada de Taylor sonó rasgada por la urgencia y ella sonrió, mientras él apoyaba la frente sobre la suya.

—¿Por qué siento que te conozco? —La pregunta salió de sus labios directamente desde lo más profundo de su cerebro. Y así era. Desde que lo vio al llegar a la casa, algo la había turbado de él. Todo su cuerpo reaccionaba a su proximidad, a su contacto, como si ya lo conociese.

Taylor, con su rostro aún entre las manos, separó la frente de la suya, dándole un espacio que no deseaba en absoluto. Lo miró extrañada y temiendo que el momento se hubiese roto.

—Madeline, tengo que contarte algo...

Ella parpadeó un par de veces antes de ver las nubes que teñían el cielo de sus ojos. Y algo la asustó. ¿Quería oír lo que tenía que decirle?, se preguntó. Se separó un poco más de él. Apenas unos centímetros, pero los sintió como un océano entre los dos.

Y el fuerte claxon de un coche los despertó a ambos de ese momento.

CAPÍTULO 21

El susto de haber sido interrumpidos por el *sheriff* en una actitud más que indecorosa en mitad de la carretera, no tuvo nada que ver con el que se apoderó de su cuerpo cuando les avisó que tenían que guarecerse cuanto antes, pues toda la zona estaba bajo aviso del huracán Lili. Saltó del regazo de Taylor, avergonzada, pero su corazón desbocado ahora sufría por los huéspedes de su casa y su propiedad. Esa casa era todo lo que tenía, y la palabra huracán no era algo para tomarse a la ligera en Luisiana. Ella había vivido la experiencia un par de veces de niña, y los recordaba con pavor. También recordaba que en cuanto daban el aviso de peligro, sus padres y ella iban a refugiarse a casa de los abuelos. Era una casa vieja, pero como decía su abuelo, con unos cimientos fuertes. Nunca había resultado dañada en un huracán, pero alguna vez tenía que ser la primera, ¿verdad?

El camino de regreso lo hicieron en silencio. Aferrada a la puerta, estuvo todo el tiempo mirando al cielo. Sí, estaba un poco plomizo y las ramas de los árboles que circundaban la carretera comenzaban a moverse mecidas por el aire, pero no más que en cualquier otra tormenta. Se preguntó si el *sheriff* habría exagerado. Por suerte estaban a poca distancia de la casa. Había tenido que dejar el coche en el taller porque el mecánico no podía ocuparse de él ese día, pero no le había importado porque el contratiempo les había permitido regresar juntos. Todo lo demás que había pasado entre ellos había sido tan sorprendente y posiblemente tan devastador como podía serlo aquel huracán.

No quiso mirarlo en todo el trayecto porque se sentía expuesta. Se había dejado llevar como no lo había hecho antes en su vida. Siempre había sido bastante contenida, reflexiva. No se movía por impulsos y su forma de entregarse a él, rompía todos los esquemas que tenía sobre sí misma. Como si junto a él fuese incapaz de reconocerse. Y eso solo podía ser malo, peligroso.

No pudo pensar mucho más en el tema, porque al adentrarse en la propiedad y llegar a la casa, Antoinette salió a su encuentro desde el porche, como si la estuviese aguardando.

—¿Has oído las noticias? —le preguntó apurada—. Estamos en alerta por huracán. El Lili ha cambiado de dirección y se dirige hacia aquí.

Antoinette, evidentemente nerviosa, la asaltó cuando bajaba de la camioneta. Taylor bajó de su asiento y la rodeó para ponerse a su lado con tanta rapidez que casi no le dio tiempo a pensar cuando ya volvía a sentir su calor.

—Sí... nos lo ha dicho el *sheriff*, nos lo hemos encontrado de camino — repuso ella, y casi pegó un salto al sentir la mano de Taylor al final de su espalda.

Cuando su amiga se percató del detalle, su gesto se aderezó con una curiosidad que ya había visto antes. Por un segundo se sintió aliviada de no tener que contestar a sus preguntas por culpa del huracán.

Al entrar en la casa el revuelo era evidente, y se sorprendió al ver a Jaime Appleton aún ahí. No lo había echado directamente, pero le había dicho que tenían que hacer una obra que conllevaba levantar el suelo del cuarto que ocupaba. Había prometido no cobrarle el tiempo que había permanecido allí y volver a llamarlo cuando tuviesen habitaciones disponibles. Por supuesto, esto último no lo pensaba hacer. Tampoco era cierto nada de lo que le había contado. Y aunque no le gustaba mentir, no veía otra forma de deshacerse de él.

Su instinto analizando a gente no le había fallado hasta la fecha y cada vez veía en su mirada más oscuridad. No era algo evidente, pero se le erizaba la piel de forma enfermiza cada vez que se cruzaban. Quería proteger a sus huéspedes y en este caso más concretamente a Grace. Lo había visto tontear con ella, pero no había llegado a más porque el bueno de Richard siempre estaba acompañándola mientras la ayudaba con el libro. Eso daba a Appleton pocas oportunidades de confraternizar, pero no quería correr el riesgo. Grace le caía muy bien y era muy ingenua y dulce.

Appleton se le acercó en ese momento como si le hubiese leído la mente. En el mismo instante en el que se dirigió a ella, sintió a Taylor pegado a su costado.

—No he podido marcharme. El huracán nos ha pillado por sorpresa y dicen que no es conveniente salir a la carretera en estas condiciones —se explicó.

—Por supuesto. Es más seguro para todos que permanezcamos en la casa —repuso, resignada.

Él tenía razón, no era inteligente aventurarse en un viaje en esas circunstancias. Y en ese momento, con aquella fuerza de la naturaleza

amenazando cuanto poseía, tenían cosas más importantes de las que preocuparse que su intuición sobre aquel hombre. Se giró hacia los demás que aguardaban en el vestíbulo.

—No hay que preocuparse por nada. Esta casa ha sobrevivido ya a varios huracanes. Solo hay que tomar las medidas de seguridad habituales y todo irá bien.

—Ayudaremos en lo que sea necesario —se ofreció inmediatamente Richard. Madeline le sonrió agradecida.

—Si son tan amables, Grace y usted podrían cerrar todas las ventanas fijando las contraventanas de madera.

—Por supuesto —repusieron Grace y Ricard al unísono y ambos se marcharon escaleras arriba para empezar con su tarea.

—Si no te importa, yo voy a salir a recoger todo lo que pueda del jardín. Los muebles pueden convertirse en proyectiles con la violencia del viento —le dijo Taylor, a su lado.

Madeline giró el rostro y al cruzarse sus miradas, solo pudo asentir mientras tragaba saliva.

—Yo le ayudaré —se ofreció entonces Jaime.

—Claro... —apuntó ella y los vio marchar por la puerta.

—¿Qué puedo hacer yo? —Esta vez fue Samantha la que habló.

Lo pensó durante un segundo y terminó por decidir.

—Si hay cortes de agua, nos vendrá bien estar provistos. ¿Podrías llenar las bañeras, por si acaso?

—Ahora mismo. Cariño, ¿me ayudas? —la vio preguntar a su hijo y este fue con ella.

—Tenemos muchas garrafas de agua en la despensa, que por cierto está provista con comida para varios meses, también —le dijo Antoinette en un susurro.

—Lo sé. Pero creo que estará mejor si siente que puede hacer algo por proteger a Simon.

Antoinette le sonrió con dulzura.

—Eres una buena mujer. —La declaración de su tía la pilló por sorpresa, sobre todo por el cariño que vio reflejado en sus palabras.

—Solo hago lo que tengo que hacer —repuso ella, pasándose la mano por el cabello, incómoda. No se le daba bien aceptar cumplidos y evitó su mirada —. Antoinette, ¿podrías sacar las linternas, pilas, el botiquín y los

medicamentos y llevarlos al salón?

—Ahora mismo —indicó su amiga, tan sorprendida por la intervención de su tía como ella.

—Yo subiré la temperatura del congelador y la nevera por si se corta la luz, que podamos mantener el mayor tiempo posible los alimentos. Y cogeré las cosas de valor y las guardaré en el lavavajillas. Tía Lisette, ¿quieres ayudarme? Sería conveniente también cargar todos los móviles. Cuando se corte la luz, necesitaremos que nos dure la batería el máximo tiempo posible.

Su tía simplemente asintió y cada una se fue a realizar su tarea.

Una hora después se congregaban todos en el salón, con las provisiones. Miró a todos los presentes y suspiró. Ya solo quedaba esperar.

Estuvieron entreteniéndose con distintos juegos de mesa durante horas, hasta que el viento empezó a azotar las contraventanas de madera. Las persianas aleteaban con violencia y la luz se apagó justo antes de que el resplandor de los rayos se filtrase entre los tablones y transformase la estancia en la escena de una película de terror. Simon y Tati gritaron y sus madres los abrazaron con fuerza. El ruido atronador de los truenos y la lluvia chocando contra la fachada, era algo de lo más horrible para ellos.

—¿Qué os parece si cantamos algo divertido? —preguntó su tía de repente yendo hasta el piano. La vio sentarse en el banco y levantar la tapa, con la postura de alguien muy acostumbrado a tocar.

Le sorprendió tanto la propuesta como verla invitar a los niños a sentarse junto a ella, cada uno a un lado. Sin duda, aquella era la mejor forma de amortiguar el ruido exterior y tranquilizarlos. Siempre se había preguntado por qué tenían sus abuelos un piano en el salón si ni ellos ni su madre tocaban el instrumento. Y ahora tenía la respuesta. Llevada por la curiosidad se acercó y se apoyó en la pared junto al piano para ver cómo su tía acariciaba las teclas de marfil y entonaba la melodía de *Somewhere over the rainbow*. Y en un segundo, todos quedaron hipnotizados como si la melancólica melodía los sumergiese en una especie de hechizo.

CAPÍTULO 22

—No sabía que tocabas el piano —dijo Madeline a su tía acercándole un plato con ensalada de pasta y un sándwich de ternera y mostaza.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Lisette desplegó su servilleta de papel sobre las piernas y colocó el plato sobre esta para no mancharse el vestido—. Pero no tiene ningún misterio. Empecé a dar clases cuando era una niña. Mi madre decía que tenía manos de pianista. —Se miró las manos y aleteó los dedos, admirándolos—. Siempre odié someterme a las clases, a la rutina y la disciplina. Sin embargo, tengo que agradecer la insistencia de mis padres pues, aunque hubiesen preferido que terminase siendo concertista, me pude ganar la vida años más tarde tocando en clubs y dando clases.

¿Eso era lo que había hecho su tía todos esos años?, se preguntó con aún más curiosidad. Fue a interrogarla cuando ella añadió algo a su discurso que la dejó sin palabras.

—Hacía años que no tocaba, pero me alegro de haber vuelto a hacerlo esta noche. Tocar con los niños me ha hecho recordar a cuando lo hacía con mi hija. —Tía Lisette bajó el rostro por lo que no pudo ver su expresión. Madeline, sin embargo, se había quedado petrificada con la revelación.

Su tía se llevó las yemas de los dedos al lacrimal antes de que la lágrima furtiva que amenazaba con revelar su tristeza brotase descontrolada. Después tomó el plato y la servilleta y se levantó.

—Vuelve a sentarte, por favor. —La instó a obedecer poniéndose delante de ella—. ¿Quieres decir que tengo una prima? —preguntó al ver su intención de dar por concluida esa conversación después de semejante descubrimiento.

Su tía negó con la cabeza.

—No. No la tienes. Murió hace muchos, muchos años. Poco después de hacerlo mi madre. —Bajó la mirada—. Pero, ¿sabes? Estoy segura de que, de ser las cosas diferentes, habríais sido buenas amigas.

Madeline se pasó las manos por el rostro con frustración. Tomó aire y volvió a preguntar, esta vez entre dientes.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Si no la conocí fue porque te marchaste. Te alejaste de tu familia, los abandonaste...

—Eso no fue lo que pasó... exactamente —apuntó Lisette, mirando a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie las observaba. Y así era, pues se habían congregado todos juntos en los sofás para comer mientras charlaban y entretenían a los niños—. Pero es lo que te contaron a ti y dudo que vayas a creer mi parte de la historia.

Madeline cogió el reposapiés que había frente a ella y se sentó en él con determinación.

—Eso no lo sabrás hasta que no me la cuentes.

La mirada de su tía se clavó en la de ella con intensidad. Vio la duda en sus ojos y llegó a pensar que terminaría por no hablar, pero mantuvo su postura más firme. Cuando los labios de la mujer se fruncieron en un rictus molesto, supo que había ganado esa batalla.

Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas, preparándose para escuchar su relato.

—Me fui porque me quedé embarazada.

Madeline intentó que la sorpresa no asomase a sus ojos, pero fue algo prácticamente imposible. ¿Embarazada? Entre las múltiples opciones que habían barajado sus abuelos y su madre para su marcha, nunca se pensó en esa.

—Pero, ¿por qué lo hiciste? ¿Creíste que no te apoyarían, que te echarían de casa? —preguntó dudando que así fuese. Sus abuelos eran personas cariñosas y comprensivas. No los imaginaba echando a una de sus hijas de su hogar.

—En ese momento solo pensé en que, si no lo hacían ellos, sí me repudiarían todos los del pueblo. Vives en una época repleta de libertades. Ahora las mujeres hacen lo que quieren, pero antes no era así, y mucho menos aquí. Yo ya había dado mucho que hablar, y todo porque me gustaba salir a bailar y tenía un éxito considerable con los chicos.

En los labios de Lisette se dibujó una sonrisa orgullosa que duró un segundo.

—Pero no te confundas, yo no iba con unos y con otros. Solo me dejaba cortejar y eso generaba muchas envidias. Las hijas me tenían celos y las madres me tachaban de buscona. Sin embargo, no me entregué a un hombre hasta que llegó él...

—¿Quién era? —preguntó Madeline cuando vio que su tía se detenía con mirada soñadora.

—El tipo más guapo que yo había visto jamás. Era comerciante y se alojó

en la casa un mes entero. Me gustaba coquetear, pero en realidad era muy ingenua con los hombres, y me embaucó. Era un hombre hecho y derecho, no como los chicos con los que solía salir y supo decirme exactamente lo que necesitaba oír para obtener de mí cuanto quiso.

Madeline se tapó la boca, para evitar que una exclamación de sorpresa saliese de sus labios.

—¿Y qué pasó? —preguntó después aunque empezaba intuir el resto.

—Me acosté con él cuando me prometió que se casaría conmigo y me llevaría con él a Chicago. Yo estaba tan enamorada y era tan tonta... Me pareció perfecto, toda una aventura. Un hombre me quería y me deseaba y me iba a sacar de este pueblo lleno de gente con la mente estrecha y demasiados prejuicios. Iba a vivir en una gran ciudad, en mi propia casa... Iba a tener el lote completo.

—Pero no fue así...

—No, no lo fue. Una noche se marchó sin pagar siquiera la cuenta. Para mis padres fue un cliente sinvergüenza que les había engañado y estafado el precio del hospedaje, pero para mí, acababan de romperme el corazón y los sueños. —Su tía suspiró—. Semanas más tarde descubrí que estaba embarazada. No me bajaba el periodo y fui a ver a una curandera que conocía una amiga en un pueblo cercano. Ella me lo confirmó. Estaba en cinta de un miserable e iba a acabar con mi reputación y la de mi familia.

—Pero si se lo hubieses contado...

—No podía. Yo siempre había sido la oveja negra, la niña rebelde. Mi madre se pasaba el día vigilándome y yo me quejaba de su constante supervisión. Aquel verano llegué a un acuerdo con ella, le prometí que le demostraría que podía confiar en mí y lo que hice fue escaparme a hurtadillas para tener una relación con un hombre. No quería ver la decepción en los ojos de mi madre, ni la culpa. Porque ella terminaba siempre responsabilizándose de mis errores.

Madeline bajó la cabeza empezando a encajar algunas piezas del rompecabezas que era su familia.

—¿Y a dónde fuiste?

—A cometer mi segundo error: ir a buscarlo. Me negaba a creer que todo hubiese sido una farsa. Prefería pensar que había tenido que marcharse sin avisar porque le había surgido un problema. Esa idea me hacía parecer menos patética.

—¿Te fuiste a Chicago tú sola? —preguntó boquiabierta.

—Sí. Tomé mis ahorros, que no eran muchos. Solo lo que había ganado durante los trabajos de verano y en las clases de piano que daba a niñas pequeñas, y me marché. Pensé que lo arreglaría todo. Que lo encontraría, le contaría que estaba embarazada y que se casaría conmigo. Que volvería a mi casa como una mujer casada y no como una deshonra para todos. —Hizo una pausa y Madeline esperó paciente, aunque se moría por saber el resto—. Lo que me encontré terminó de destrozarme. Fui hasta la empresa en la que trabajaba y descubrí que no solo no tenía ningún problema y que se había marchado porque era un canalla, sino que estaba casado y tenía un bebé. Todo mi mundo se hizo añicos. Estaba sola y no veía salida.

—¿Qué hiciste?

—Sobrevivir —repuso su tía con mirada sombría—. Hacer todo lo que fuese necesario para llevar mi embarazo a término mientras malvivía. Tuve a mi niña y trabajé para sacarla adelante con lo mínimo. Me costó hacerlo sola, pero lo hice —añadió con orgullo—. Hasta que murió de leucemia.

La voz de su tía se apagó, como la luz de una vela. Y entonces volvió a levantarse de la silla, considerando que ya había contado demasiado. Madeline seguía teniendo muchas preguntas, pero solo una salió por sus labios antes de que se marchase.

—El día del entierro, ¿viniste para pedir dinero para tu hija?

Lisette, que ya le daba la espalda para marcharse, giró solo el rostro, ladeándolo. Lo meditó durante un segundo y terminó tan solo por asentir. Después siguió su camino saliendo del salón en dirección al baño.

CAPÍTULO 23

Madeline se dejó caer en la silla que había desocupado su tía y, apoyando la barbilla en su mano, resopló. Había tenido una prima y ni siquiera sabía cómo se llamaba. Sus abuelos no habían sabido de su otra nieta, ni su madre que había tenido una sobrina. Su tía había pasado por un infierno y todo ¿por qué? ¿Por orgullo? ¿Por miedo? ¿Por el qué dirán? ¿Cómo había podido romperse todo tanto como para que terminaran así las cosas?

Aquellas reflexiones la tuvieron largo rato sumida en sus pensamientos hasta que fue interrumpida.

—¿Va todo bien? —Madeline dio un respingo en la silla al sentir la voz de Taylor cerca de su oído.

—Me has asustado —dijo molesta, aún afectada por las confesiones de su tía.

—No era lo que pretendía. Te traía algo de beber —dejó un vaso con té delante de ella, en la mesa—, pero parece preocupada por algo.

—¿Además de porque un huracán está azotando mi casa? —repuso a la defensiva.

—Sí, además de eso —fue la respuesta de Taylor que no pareció afectado por sus secas contestaciones—. Estás gestionando toda esta crisis con mucha cabeza y valentía. Me has sorprendido. Y todo iba más o menos bien hasta que has hablado con tu tía.

—Eres demasiado observador... —lo acusó.

—¿Demasiado? —preguntó conteniendo una sonrisa. Era más que evidente que estaba molesta por algo pero aquello, lejos de espantarlo, despertaba su curiosidad. Empezaba a darse cuenta de que, tras toda esa fachada de templanza, había una mujer apasionada y peleona. Y estaba deseando saber más de ella.

—No sé si me gusta que sepas lo que pienso en cada momento —repuso Madeline e intentando detener la conversación se levantó y marchó en dirección a la cocina. La interceptó ya en el interior, que estaba completamente a oscuras. Encendió su linterna y la apuntó con ella.

—No lo hago. Ahora, por ejemplo, no dejo de preguntarme qué piensas de

lo que ha pasado entre nosotros —dijo acercándose a ella. Madeline tragó saliva. Ni ella misma lo sabía.

—No podemos hablar de eso ahora —indicó dando un paso atrás hasta chocar con la encimera.

—¿Por qué no? —Su voz sonó distinta, más ronca. Cargada de esa necesidad que ya había probado en sus labios. Y Madeline titubeó.

—No... es el momento.

—A mí me parece la ocasión perfecta. Estamos encerrados, sin nada mejor que hacer y sin saber qué nos encontraremos fuera cuando salgamos. Es una buena forma de distraerse.

—¿Eso es lo que buscas, un entretenimiento? —Quiso buscar pelea. Tal vez así conseguiría que se detuviese y no caer en la tentación.

Taylor arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—No sabía que eras tan buena sacando punta a las cosas.

—En realidad no sabes mucho de mí. —Se cruzó de brazos también y apartó la vista, levantando la cabeza.

—Creo que eso es lo más fácil de solucionar —señaló él tomándola de la barbilla y obligándola a mirarlo.

Se escrutaron, retándose, mientras defendían cada uno su postura, y antes de darse cuenta de lo que estaban haciendo, se vieron de nuevo uno en los brazos del otro. Sus cuerpos se llamaban y ellos obedecían. No había más que añadir. Taylor la colocó sobre la encimera con tanta rapidez que no supo ni lo que hacía hasta que tiró la linterna que él había dejado allí y esta cayó al suelo. Se miraron con el aliento entrecortado y ese cosquilleo en la piel que demandaba cada centímetro como suyo.

—Están todos ahí fuera —dijo ella cuando los labios de Taylor atacaron su cuello haciéndola delirar de placer.

Él se colocó entre sus piernas y tomó su rostro con una mano para hacerla inclinar la cabeza y darle un mejor ángulo desde el que degustarla.

—Demasiado ocupados para fijarse en nosotros, y yo ya no puedo más. Necesitaba volver a besarte.

La abierta declaración la excitó más que si la hubiese acariciado íntimamente. No podía negarlo, ella también lo deseaba. Había estado muy ocupada organizando aquella emergencia y atendiendo a todos, pero cada pocos minutos lo había buscado con la mirada y entonces su mente se llenaba de imágenes tórridas, y paladeaba su sabor, rememorándolo.

Taylor introdujo las manos bajo su vestido acariciándole los muslos, sabía hacia dónde iba, y no iba a detenerlo. Cuando la apretó contra su erección se mordió el labio para contener el gemido que desgarraba su garganta buscando ser liberado. Él vio su gesto involuntario y se apoderó de su boca, devastándola con codicia. Una de sus manos buscó las tiras de sus braguitas para quitárselas y solo pudo sentir palpar su sexo expectante por contenerlo, apresarlo dentro de ella dejándose llenar.

Pero entonces, mezclado con el sonido del viento, oyeron un estallido y después un golpe seco y atronador que la hizo temer lo peor.

—Viene del cobertizo —dijo ella apartándolo y bajando de la encimera para dirigirse a la puerta de la cocina.

—¡No puedes salir! —Taylor fue a alcanzarla, pero ella estaba ya quitando los pestillos de la puerta—. ¡Para! Es peligroso. Nada merece tanto la pena.

—No sabes de lo que hablas. No puedo perderlos —protestó ella liberándose de su agarre, forcejeando.

—No te dejaré hacerlo. —Su tono no dejaba lugar a dudas, estaba preocupado y lo entendía, pero estaba cegada. Terminó de abrir la puerta y el fuerte viento la volvió a cerrar de golpe. No se detuvo y con todas sus fuerzas lo volvió a intentar.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas al comprobar que la torre eléctrica había caído sobre el cobertizo y este ardía como una inmensa hoguera. Todos los almohadones, las etiquetas manuscritas de su abuelo, sus anotaciones, su diario, y las noches vacías se consumían ante sus ojos. El corazón se le encogió en un puño de forma desgarradora, sabiendo que todo aquello era irremplazable.

Aún saltaban chispas de la torre, que por suerte estaba a suficiente distancia como para que la casa no corriera peligro, y queriendo mantener a Madeline a salvo, Taylor cerró la puerta nuevamente. La abrazó, cobijándola en su pecho, donde ella descargó con amargura su desesperación y dolor por lo que jamás podría recuperar.

CAPÍTULO 24

Treinta y dos horas estuvieron encerrados en la casa. Horas eternas y llenas de tensiones, nervios e incertidumbres. Y de repente se hizo el silencio más sepulcral. Tan intenso como para hacer que todos se levantaran de sus asientos y mirasen hacia arriba, como buscando una respuesta.

Nada, ni un solo ruido. Permanecieron expectantes algunos minutos y finalmente Madeline se acercó a la puerta principal. Tomó aire profundamente antes de descorrer los cerrojos y tirar del pomo. La puerta se abrió con suavidad, como si la invitase a salir y frunció el ceño al asomar la cabeza hacia el exterior. Miró a un lado y a otro. No podía ser... Salió al porche y siguió inspeccionando, incrédula. No había agua, ni arboles dañados. Incluso la cerca estaba intacta. Bajó los escalones, despacio, como si caminase por un campo de minas.

—¿No hay daños? —preguntó Grace a su espalda.

Madeline se giró y observó la gran fachada blanca de la casa, de abajo a arriba, perpleja.

—Eso parece, ¿cómo es posible? —Con el ceño fruncido volvió a recorrer el jardín. Que no hubiese ni una rama partida era insólito.

—En la radio dicen que el huracán Lili se calcula que ha sido de categoría 2 con vientos de entre 154 km/h y 177 km/h. Ya se están registrando daños en estructuras como tejados y árboles. La crecida del agua ha sido de entre 1,8 metros y 2,4 metros más de lo normal —dijo Richard repasando los datos que oía con sus auriculares a través del móvil.

Todos los presentes miraron al suelo, alucinados, completamente seco. Grace la miró interrogativamente y ella se limitó a encogerse de hombros y hacer una mueca.

—¿Tendrá que ver con el misterio de la casa? —susurró a su oído.

—No tengo ni idea. Sé que ha sufrido varios huracanes y nunca daños. Pero cuando contaban estas cosas daba por sentado que se referían a daños graves, pero esto es... tan extraño...

—De cualquier manera, debemos alegrarnos de que así sea —dijo Grace a su espalda porque ella ya comenzaba a rodear la casa para enfrentarse a su

desastre.

Contuvo el aire en los pulmones y le dolió el estómago. Se llevó los brazos allí y se encogió como si le hubiesen dado un fuerte puñetazo al ver el cobertizo destrozado. Había ardidado entero. Taylor posó un brazo sobre su hombro, rodeándola.

—Lo siento mucho —le dijo intentando reconfortarla—. ¿Qué guardabas en él?

—El regalo de mi abuelo. Su bien máspreciado. Su colección de noches vacías —terminó diciendo con la voz rota.

No quería volver a llorar, no delante de todos los huéspedes, y la única lágrima que consiguió escapar a su control fue borrada de inmediato con su mano antes de erguir los hombros y tomar aire, como si este le pudiese insuflar las fuerzas que precisaba para continuar.

—Abramos la casa. Es lo único que importa ahora —dijo separándose de Taylor y, sin dejar de abrazarse a sí misma, regresó con el resto.

Esa noche la cena se convirtió en una celebración para festejar que todos estaban sanos y salvos. Madeline no tenía muchas ganas de fiestas; aunque estuviera agradecida por la seguridad de todos sus huéspedes y porque su casa no hubiese sufrido daños, no podía dejar de pensar en que la obra de su abuelo, de toda una vida, se había convertido en cenizas. Tanto tiempo empleado... Ese tributo... Había sido importante para él y también lo había sido para ella.

Cuando llegó a esa casa estaba rota. Su marido había muerto hacía un mes, después de que sufrieran un horrible accidente que acabó con el coche de ambos en el río. Él murió y ella sobrevivió. Y creyó que no había nada peor en el mundo que perder a la persona a la que amas y has entregado tu corazón para el resto de tu vida. Pero se equivocaba. Mucho peor había sido descubrir poco después, cuando recibió la visita de su amante, que la había estado engañando durante tres años. Y que el bebé que no había conseguido darle, pues había sufrido dos abortos, lo gestaba ella en su interior.

Aquella mujer llegó a su casa con muchas pruebas, mucho dolor que lanzarle a la cara y la exigencia de cobrar la herencia de su esposo ya que iba a tener a su único descendiente. Ella no tenía a nadie, nadie en absoluto. Su vida era bastante ermitaña. Trabajaba en casa y aguardaba cada día el regreso de su esposo que, a pesar de haber podido escribir en cualquier sitio, tenía una oficina alquilada para hacerlo. Decía que eso le ayudaba a concentrarse y ella

lo creyó. En realidad aquella excusa le daba la oportunidad de ocultarle su doble vida. No se podía ser tan crédula y patética, pensó encolerizada el día que decidió coger uno de sus palos de golf y desahogarse destrozando su maldito despacho, la mesa sobre la que debía haberla engañado, sus estanterías, su ordenador y hasta los cuadros de las paredes. Nunca había hecho algo semejante. Y cuando finalmente cayó en el suelo, agotada, se dio cuenta de que no quería tener cerca nada que le recordara a él.

Decidir que se refugiaría en la vieja casa de sus abuelos había sido sencillo, como si siempre hubiese estado destinada a terminar allí, entre sus paredes repletas de historias. Pero tardó en acostumbrarse. Tardó en escuchar a la casa y en darse cuenta de lo que le decía por encima de los pensamientos oscuros que seguían vagando por su mente.

Recordaba perfectamente el momento en el que encontró los almohadones y el diario de su abuelo. Aquel misterio, sus palabras escritas, fueron las que despertaron su interés y la sacaron de un pozo del que creyó que no vería la salida. Había seguido manteniendo la tradición de su abuelo porque quería continuar con su tributo a las noches vacías, y sobre todo, porque seguir realizando su rutina le hacía pensar que seguía con ella, a su lado, guiándola.

Y ahora estaba todo perdido.

Levantó la vista del plato y vio al resto cenando mientras bebían y celebraban. Simon y Tati reían y sus risas llegaron hasta ella como una tibia promesa. De repente su mirada se cruzó con la de Taylor y al instante se zambulló en ese azul, ese cielo despejado que la hacía volar.

Tal vez era hora de centrarse en otras cosas y avanzar, pensó, y cuando él le sonrió, despertando el aleteo de su vientre, ella le devolvió el gesto con sinceridad.

CAPÍTULO 25

Madeline estaba fregando las tazas del desayuno cuando sintió las manos fuertes de Taylor rodear su cintura y sus labios en el cuello, besándola y haciendo que cada poro de su piel se erizase, mientras se entregaba a un suspiro. Cerró los ojos y se dejó llevar unos segundos por aquella electricidad que él despertaba en su cuerpo. El cosquilleo llegó a su vientre y se anidó en él, empezando a avivar su necesidad de mucho más.

—Quiero que me concedas una cita —le dijo entre besos.

Madeline abrió los ojos perpleja.

—¿Por qué? —preguntó girando entre sus brazos. Al apoyar las manos en su pecho, le mojó la camiseta con el agua y el jabón. — Perdón —se disculpó queriendo separarse de él para coger un trapo con el que secarlo.

—Quieta, no vas a escaparte —le dijo, reteniéndola entre sus brazos.

—¡No es lo que pretendo! Solo quiero secarte.

—Y yo que me escuches. —Madeline clavó la mirada en él—. Quiero que me concedas una cita.

—¿Una cita-cita?

—Sí. Una de esas con cena, velas y besos, muchos besos —aseguró y depositó uno sobre sus labios que a ella la dejó extasiada.

Con los ojos aún cerrados, repuso.

—¿Solo besos?

—Por supuesto que no. —La pegó a él por las caderas y Madeline gimió antes de recibir otro beso que la dejó mareada, hasta que Taylor volvió a hablar—. ¿Se marcha hoy Appleton?

—Eso ha dicho, y eso espero —reconoció ella. Le había comentado a Taylor sus reservas sobre el huésped y este había estado de acuerdo con ella.

—Perfecto, ahora tengo que irme. Voy a seguir colaborando con el departamento de bomberos de Liberty Grove, quitando escombros y asegurando estructuras tras el huracán. El resto de la ciudad no ha tenido tanta suerte como nosotros. Pero cuando vuelva, quiero instalarme en el cuarto de Appleton. Me gustaría estar más cerca de ti.

Madeline sonrió tan ampliamente que temió que se le agarrotaran los

músculos faciales. No lo podía evitar, Taylor era un hombre entregado que ayudaba a los demás siempre que le era posible. Era generoso, honesto, y tan fuerte como una roca. Hacía que se sintiese segura con él. Quería estar más cerca de ella, pero era tan caballeroso como para no insinuar que se podría quedar con ella en su cuarto. Era todo lo que ella habría pedido a un hombre de haberlo solicitado por catálogo. Y aún más.

—La tendré lista para tu regreso —repuso dándole un beso.

—Entonces esta noche tenemos una cita.

—Así es, si no pasa nada antes.

—No seas pájaro de mal agüero.

Y en ese momento unos golpes en la puerta de la cocina los hicieron girarse para ver a Jaime Appleton, que lo miraba con gesto pétreo.

—Perdón, solo he venido a despedirme. No quería molestar. —Pero en sus ojos Madeline advirtió un brillo que decía lo contrario.

Se separó de los brazos de Taylor para acercarse al que había sido su huésped.

—No lo hace.

—Bien porque solo quería despedirme y decirle... —dijo tomando su mano, por sorpresa—, que ha sido un placer hospedarme en esta casa. Y asegurarle que volveré muy pronto. —Tras esta declaración, se agachó para besar su mano.

Taylor dio un paso hacia ellos pero se detuvo al ver que él se erguía rápidamente.

—Hasta pronto —dijo Jaime y salió por la puerta tras mirarla a ella con una sonrisa que no entendió.

Madeline esperó hasta que oyó la puerta de la entrada cerrarse y corrió al fregadero a lavarse las manos.

—Es evidente que le gustas —dijo Taylor viéndola frotarse las manos con el estropajo rudamente.

—Pues él a mí no —aseguró, concentrada en la tarea.

—Eso espero —apuntó él—. Aunque no me intimida la competencia.

Madeline sonrió al ver que lo hacía él.

—Ya se ha ido. Tendrás un día tranquilo. Y esta noche, cita especial.

—Ya estoy impaciente.

—Así somos dos.

Taylor depositó un dilatado beso en sus labios y, con pereza, salió de la

cocina.

La tranquilidad de Madeline apenas duró unos minutos pues poco después de la marcha de Taylor, el timbre de la puerta de la casa sonó anunciando nuevas visitas.

Se acercó a la entrada para abrir, pero Antoinette fue más rápida. La mujer que había tras la puerta, irrumpió sin ser invitada y empezó a gritar.

—¡Grace Marie Porter! ¡Sal de donde estés escondida ahora mismo, hija desnaturalizada!

Madeline abrió los ojos como platos, pues ya imaginaba de quién se trataba. Iba a acercarse a la mujer para apaciguarla, cuando la puerta corredera de la biblioteca se abrió y tras ella apareció la chica con el rostro blanco y desencajado.

—¡Madre! —exclamó boquiabierta.

—¿Madre? ¡Tú no tienes madre ya! Hija egoísta y desconsiderada... ¿Cómo has podido hacerme esto a mí? —Con esta última palabra, Kaitlyn Porter se llevó una mano al pecho, de forma dramática, como si acabase de clavarle una estaca allí mismo.

Madeline lo sintió por la chica, porque el huracán Kaitlyn iba directo a por ella. Pero entonces, para su sorpresa, Grace avanzó un paso y levantó la barbilla.

—¿Qué es lo que te he hecho exactamente, madre? ¿Alejarme de ti para tener la paz que necesitaba para cumplir mi sueño? ¿Porque me asfixia tu amargura y tus críticas constantes? ¿Y por supuesto la forma en la que me recuerdas constantemente lo incapaz que soy de todo lo que me propongo?

La madre de Grace se quedó atónita al escuchar que su hija se rebelaba ante ella como no lo había hecho nunca. Estaba acostumbrada a que fuese dócil y maleable y no la reconocía en aquella mujer decidida y beligerante.

—¿Qué te han hecho en esta casa del diablo? ¡Esta no eres tú! ¿Te has unido a una secta? —preguntó la mujer con expresión espantada dando un par de pasos atrás.

—¡Madre, no digas tonterías! Aquí no pasa nada de nada. Solamente vine porque sabía que sería el último sitio donde me buscarías. —Grace se giró inmediatamente hacia Madeline con una disculpa en el rostro—. No te ofendas, Madeline. Pero ya sabes las cosas que se cuentan de esta casa en la ciudad...

—Tranquila, no me molesta. Estoy más que acostumbrada —repuso esta

con un gesto de su cabeza, negando con la palma de la mano.

Grace asintió y volvió a girarse hacia su madre.

—Pues eso, que solo pretendía huir de ti.

—¿Sin importante siquiera si estoy viva o muerta?

—¡No seas exagerada! Te he mandado mensajes todos los días. Y Taylor comprobó que estabas bien tras el huracán, cuando fue a ayudar en la ciudad.

Madeline, que no conocía ese detalle, se sorprendió gratamente al saberlo.

—¿Quién es ese Taylor? ¿Estás aquí con un hombre? —Los ojos de la señora Porter alcanzaron ya toda su capacidad de expresión, horrorizada—. ¿Tienes novio y no me lo has dicho?

—Perdone, señora. Pero es mi novio, no el suyo —apuntó Madeline rápidamente. Y al hacerlo se dio cuenta de lo que acababa de confesar incluso para ella.

Las miradas de los huéspedes, que por los gritos ya estaban casi todos en la escalera o en el vestíbulo, se giraron hacia ella. Madeline solo pudo pensar en que afortunadamente Taylor no estaba allí, o habría querido que se la tragara la tierra. No habían hablado sobre ellos y mucho menos puesto una etiqueta a lo que estaba pasando entre ambos.

—Pero lo importante ahora es que no puede venir a montar un escándalo a mi casa. Si quiere hablar sosegada y civilizadamente con su hija, puede hacerlo en la biblioteca, pero sin alterar la paz del resto de los huéspedes.

—¡Oh, qué desfachatez! —protestó Kaitlyn ofendida—. ¿Vas a dejar que me hable de esa forma? —dijo dirigiéndose de nuevo a su hija.

Pero entonces la señora Porter fue la que pareció a punto de sufrir un infarto. Se puso blanca como el papel y empezó a temblar

—Richard... —pronunció el nombre como si hubiese visto un fantasma.

Grace se giró para observar a su amigo, confusa.

—¿Os conocéis? —les preguntó señalándolos alternativamente.

—No —contestó ella rápidamente, nerviosa.

—Sí —repuso él al mismo tiempo.

Grace ladeó la cabeza y se giró hacia él, entornando la mirada.

Justo antes de que Richard volviese a intervenir, Madeline supo lo que iba a decir y se llevó las manos a la boca, atónita.

—Grace, soy tu padre.

La chica negó con la cabeza, compulsivamente.

—¡Qué va! Mi padre murió cuando yo tenía doce años, de un infarto.

Miró a su madre buscando que confirmara sus palabras, pero esta se había quedado muda y roja como un tomate.

—No puede ser... No puede ser... ¿Me has mentido toda la vida? — volvió a preguntar a su madre—. Y tú, ¿qué pretendías? ¿A qué estabas jugando? ¿No has querido saber nada de mí y ahora estabas jugando a los papás?

—Eso no es así, Grace. Yo descubrí que tenía una hija hace cuatro meses. Y desde entonces...

—Espera, espera... ¿Hace cuatro meses? ¿Cómo es posible?

—Tengo un tipo de sangre muy extraño y eso hizo que durante años tuviera grandes problemas. Soy anémico y me era muy difícil encontrar donantes. Estudiando el tema descubrí que otras muchas personas estaban en mi misma situación y destiné parte de los recursos de mi empresa a crear una fundación que pudiese estudiar los distintos tipos y a crear una base de datos de donantes por todo el mundo. Hace cuatro meses saltó una alarma en el hospital de Lafayette, estaban buscando un donante de mi grupo AB-: Fy(a). Llamé al hospital y me dijeron que una mujer de veintiocho años, de Liberty Grove, precisaba de sangre de ese tipo para someterse a una operación de urgencias.

Grace se llevó una mano hasta la cicatriz que tenía de la intervención de apendicitis que le habían realizado entonces. Se había complicado y tuvo que recibir una transfusión.

—Hace veintinueve años tuve una relación con tu madre en esta ciudad, ¿cuántas posibilidades había de que no fueses hija mía? No quise quedarme con la duda y tomé un vuelo para no solo donar, sino verte. No me hicieron falta pruebas de ADN. En cuanto te vi, supe que era tu padre. Eres igual que tu madre —dijo él con una sonrisa.

Grace comenzó a parpadear frenéticamente, como si hubiese entrado en shock. Miró a su padre y luego a su madre, que seguía en silencio.

—¡Mamá! ¿Engañaste a papá? ¿No le dijiste a Richard que había tenido una hija? ¿No me dijiste a mí que tenía un padre?

—Yo...

—Habla, ¡por todos los dioses! O te prometo que me marcharé y no volverás a saber de mi nunca más —dijo con mirada centelleante a su madre.

—¡No! Está bien, te lo contaré todo... Pero por favor, no te vayas, hija mía. Eres lo que más quiero en este mundo.

La ferviente declaración de su madre hizo que un nudo de emoción se

asentase en la garganta de Grace.

—Bien... ¿Por qué no habláis en la biblioteca mientras todos los demás nos vamos y os dejamos tranquilos? —propuso Madeline viendo que ninguno de los tres protagonistas reaccionaba.

El resto asintió y se fue dispersando. Ella instó a Grace, Richard y la señora Porter a adentrarse en la biblioteca. Les prometió llevarles té y unas pastas, y cerró la puerta tras ellos para darles la intimidad que necesitaban. Una cosa podía decir bien clara, y es que en esa casa no se aburría uno jamás.

Taylor no regresó hasta casi la hora de la cena y ella seguía aún allí, en el vestíbulo, aguardando.

—¡Hola! Si llego a saber que ibas a estar esperándome, habría regresado antes —dijo él entrando con una sonrisa que simplemente la hizo feliz.

Se levantó para recibirlo con un beso. Había tenido todo el día para pensar, tras la revelación de que Richard Cooper y Grace eran padre e hija, en lo corta que es la vida y en cuánto tiempo perdemos sin darle importancia, con la estúpida idea de que tendremos mucho más. Y había decidido que, en cuanto a su corazón, ya había agotado su cupo de días perdidos. Cuando él leyó en sus ojos sus intenciones la rodeó por la cintura y la besó como si todo aquel día la hubiese estado extrañando, como ella a él. O al menos, eso quiso pensar.

—Perdón...

Madeline se separó de Taylor al escuchar la voz masculina que entraba tras él en su casa.

—Vaya, casi me olvido de ti —le dijo Taylor al hombre. Tan alto como él y aún más fornido. Llevaba el uniforme de los bomberos e imaginó que sería uno de los de la estación, con los que había trabajado.

—Ya lo veo, siento interrumpir. Señora... —dijo el recién llegado quitándose la gorra y mostrando unos impresionantes ojos verdes, más claros que los suyos y que refulgían en su rostro de tez oscura, como dos piedras preciosas.

—Madeline, este es el sargento Lewis, de los bomberos de Liberty Grove.

—Encantada, sargento —lo saludó ofreciéndole la mano.

—Llámame Reed, por favor. Es un placer. Taylor me ha hablado tanto de ti que me parece que te conozco.

Las mejillas de Madeline se encendieron como si hubiese estado horas al sol y se preguntó qué habría estado contando sobre ella.

—Espero que todo hayan sido cosas buenas —dijo con una sonrisa nerviosa, observando tras el hombre a Taylor que parecía divertido.

—Buenísimas, de otra forma no me habría ofrecido voluntario para ayudarlo con la reconstrucción del cobertizo.

Madeline sintió que el oxígeno se extinguía de sus pulmones al escuchar sus palabras.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó el bombero, confuso ante su expresión.

Taylor fue hasta Madeline y la tomó por la barbilla obligándola mirarlo.

—Era una sorpresa... Espero que no te moleste. Vi lo mucho que te importaba ese cobertizo y quise...

—Es lo más bonito que ha hecho alguien por mí —lo interrumpió ella en un susurro.

Reed Lewis dio un paso atrás sintiendo que estaba siendo testigo de un momento demasiado íntimo.

—Madeline, ¿ha vuelto a salir Grace de la biblioteca? —preguntó Antoinette saliendo de la cocina, pero en cuanto vio al recién llegado se detuvo unos segundos, antes de continuar—. ¿Tenemos visita?

Madeline se giró para presentárselo, pero se dio cuenta de que su amiga solo tenía ya ojos para él, mientras se aproximaba a ellos. Observó al sargento y se dio cuenta de que el interés era mutuo. Como si fueran los polos opuestos de un imán, llegaron el uno al otro, como embrujados.

—Hola...

—Hola...

—Chocolate con un... setenta y cinco por ciento de cacao puro y el punto justo de menta... Justo como a mí me gusta —dijo su amiga, embelesada. Y Madeline tuvo que morderse el labio para contener la sonrisa. Aún más cuando Reed ladeó la cabeza y sonrió como si hubiese entendido su descripción.

—Mi favorito es del sesenta por ciento, con avellanas y caramelo —aseguró él, enlazando su mirada verde con la ambarina de ella.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Taylor al oído de Madeline.

—Todo, te lo estás perdiendo todo —repuso ella, en el mismo tono.

—¿Te apetece quedarte a cenar...? —invitó al hombre su amiga.

—Reed, me llamo Reed. Y sí, me encantaría quedarme a cenar —aceptó rápidamente.

—Perfecto, pues acompáñame a la cocina, Reed. Por cierto, yo soy Antoinette. —La sonrisa coqueta de su amiga, con aleteo de pestañas incluido, fue la confirmación de que acababan de presenciar el principio de algo, y Madeline sonrió feliz mientras los veía marchar.

—Siento haber venido acompañado. Reed solo podía acercarse hoy para evaluar los daños de la torre y ver todo lo que necesitamos para la reconstrucción del cobertizo... Pero nuestra cita... —le dijo Taylor cuando se quedaron a solas.

—No lo sientas. Lo que acabamos de ver entre esos dos lo compensa todo. Además, estoy de guardia —dijo haciendo una mueca y, yendo hasta los escalones, se volvió a sentar.

—¿De guardia? ¿Qué ha pasado? —Taylor se acomodó junto a ella, lleno de curiosidad.

—El resumen es que la madre de Grace se ha presentado aquí, según parece tras descubrir que su hija lleva hospedada semanas en esta casa.

—¡Vaya!

—Pero eso ha sido lo menos sorprendente. Resulta que Richard es el padre biológico de Grace.

—¿El señor Cooper?

—Ese mismo. Lo hemos descubierto todos, incluida Grace, cuando él lo ha revelado al llegar la señora Porter. Él lo descubrió hace unos meses y vino hasta aquí para conocer a su hija y pasar tiempo con ella.

—¡Es toda una historia!

—Y que lo digas. Llevan todo el día los tres encerrados en la biblioteca, pero Grace ha salido tres veces a llorar y desahogarse para adentrarse de nuevo otra vez. Hasta que no salgan definitivamente y me asegure de que todos están bien, no puedo irme de aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

Cuando Taylor vio su sonrisa esperanzada, solo pudo decir:

—Por supuesto. Haremos esta guardia juntos.

Y para asegurarle que así sería, selló sus palabras con un beso.

CAPÍTULO 26

—¿Estás nerviosa? —Antoinette buscó su mirada, mientras preguntaba.

—Mucho, ¿se me nota? —repuso Madeline volviendo a alzar la vista para clavarla en el calendario de la pared. Ese era el día, había llegado la noche que había estado esperando durante meses. Y aunque se había dicho todo ese tiempo que no era más que un cuento y que quería realizar aquel ritual solo por diversión, lo cierto es que se le encogían las entrañas solo de pensar que algo podía pasar esa noche que diese sentido a todos los misterios de la casa.

Se frotó las manos con nerviosismo y dio gracias al menos de que los hombres no estuvieran en el edificio. Así no tendría que inventar excusas para lo que iban a hacer. Cuando insinuó a Taylor que invitase a Richard a tomar algo para que tuviera la ocasión de hablar con alguien sobre el tema de Grace, nunca pensó que ambos aceptarían tan rápidamente y le saliese tan bien la jugada, pero así había sido y ahora podía «relajarse» y concentrarse en lo que se avecinaba sin temer que el hombre con el que empezaba a tener algo, la tomara por una demente que hacía rituales y magia vudú en su propiedad.

—Se te nota lo justo. No estés nerviosa, Grace y yo estaremos contigo. —Antoinette miró a la chica, sentada junto a ella y las dos a su vez miraron de nuevo a Madeline quien les regaló una sonrisa tensa.

—Pues la cosa es... que no estaremos solas. He invitado a alguien más —apuntó rascándose el cuello, sabiendo lo que se avecinaba.

—¡Maddie!, no creo que Samantha esté preparada para algo tan fuerte como esto.

—Yo tampoco lo creo —estuvo de acuerdo Grace, negando con la cabeza.

—Ya... es que no es a Samantha a quien he invitado, sino a mi tía.

—¿A tu tía? —preguntaron las dos a la vez.

—Pero... ¿por qué? Esa mujer no ha hecho más que daño a tu familia. Creí que pensabas que no era de fiar. Esto es algo importante...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Madeline a Antoinette, que iba embalada y sabía que, si empezaba a relatarle la lista entera de objeciones que había, no terminarían en toda la noche—. Pero estuve hablando con ella durante el huracán y me contó algunas cosas. Creo que ella también sufrió mucho cuando

se marchó. Ya no estoy tan segura de haber conocido la versión completa de la historia hasta ahora. Y, sea como sea, esta casa también es un poco suya. Aquí nació y creció. Está unida a su historia y lo que pase esta noche también tiene relación con ella.

—Puede que tengas razón —bufó Antoinette—, pero no creas que no voy a estar vigilándola toda la noche.

—Ya contaba con eso —afirmó Madeline con una sonrisa.

—¿Samantha y Simon estarán seguros en su cuarto? —preguntó Grace alzando las cejas.

—Por supuesto, no vamos a hacer estallar la casa, solo un pequeño ritual...

Las tres se miraron como si eso realmente fuera lo que esperaban, aunque tenían sus dudas.

Al cabo de un par de segundos, Grace volvió a intervenir, abrazándose a su libreta en la que quería apuntar cuanto viese para documentarse.

—Seguro que estarán bien. Duermen como marmotas. Ni se enterarán.

Las tres quedaron en silencio, mirándose unas a otras. Y entonces, unos golpes en la puerta de la cocina que daba al jardín hicieron que las tres soltaran un gritito, como niñas asustadas. Volvieron a mirarse entre ellas y sonrieron, nerviosas, sintiéndose ridículas.

—Yo abriré, seguro que es mi tía-abuela —dijo Antoinette, bajando del taburete y dirigiéndose a la puerta. En cuanto giró el pomo para abrirla, las tres contuvieron la respiración.

—Buenas noches, sobrina. —Oyeron que saludaba a su amiga y que esta era envuelta por los rollizos brazos de una señora mayor, que aún así no aparentaba la edad que debía tener en realidad. Llevaba el cabello lleno de rastas, recogidas en un moño cubierto parcialmente con una tela naranja, a juego con su vestido-túnica.

Cuando Antoinette por fin fue liberada y la mujer se giró hacia ellas, ambas se quedaron hipnotizadas con su mirada ambarina y brillante. Ahora sabía Madeline de dónde había sacado su amiga su llamativo color de ojos.

—Chicas, esta es mi tía abuela Brigitte, la gran *mambo* de Luisiana —la presentó e inmediatamente la mujer negó con la mano.

—Por favor, me hace parecer de la realeza. Soy solo Brigitte —dijo acercándose hasta ellas—. Tú debes ser Madeline. Mi sobrina te tiene en gran estima —señaló dándole dos besos en las mejillas. Madeline sintió la energía

de la mujer como arrolladora. Era imposible que pasase desapercibida—. Y ahora sé por qué —añadió enlazando la mirada con la suya mientras posaba la palma sobre su mejilla.

Madeline estuvo segura de que acababa de escanearle el alma, porque la sintió dentro de ella. Con una sonrisa, Brigitte se giró hacia Grace.

—Yo soy Grace, me hospedo en esta casa y soy amiga de su sobrina y de Madeline —se presentó ella misma. Grace recibió también dos besos y cuando la mujer posó la palma sobre su mano, la chica sonrió.

—Me alegro de que estés con nosotras esta noche, Grace.

—Gracias —repuso ella, contenta al recibir el beneplácito de la mujer.

Una vez hechas las presentaciones, Brigitte se centró en la casa. Cerró los ojos e inspiró, sintiéndola.

—¿Puedo? —preguntó señalando la salida que iba hasta el vestíbulo.

—Por supuesto —repuso rápidamente Madeline, y cuando salió de la cocina, las tres la siguieron como tres patitos a mamá pata.

En el centro del vestíbulo la mujer giró las palmas de las manos hacia arriba y volvió a cerrar los ojos. Durante varios minutos se limitaron a observarla, allí, en silencio, preguntándose qué sería capaz de advertir que ellas no percibían.

—No hay duda de que esta casa hace honor a su leyenda. Tiene mucho que decir. ¿Puedo ver el diario?

La pregunta sorprendió tanto a Madeline que miró rápidamente a Antoinette.

—Yo no le he dicho nada sobre eso —respondió a la pregunta que encerraba su mirada, levantando las manos para proclamar su inocencia.

—No ha sido ella. En esta casa hay muchas voces —dijo la mujer. Y todas sintieron que sus pieles se erizaban.

—Iré a por él —dijo entonces Madeline.

—¿Está en el desván?

Abrió los ojos, sorprendida de nuevo. Si no empezaba a asumir que aquella mujer tenía poderes especiales se le iba a desencajar la mandíbula antes de medianoche. Se limitó a asentir como respuesta a la pregunta.

—Entonces no hace falta que lo bajas, querida. Debemos subir al desván. Haremos allí el ritual. Es el epicentro energético de esta casa.

Madeline, que había imaginado que lo realizarían en el jardín, se sorprendió con aquella revelación, pero por supuesto se limitó a asentir

nuevamente.

Empezaron a subir las escaleras y cuando llegaron a la primera planta, su tía Lisette las estaba esperando.

—Buenas noches —saludó esta a la invitada.

—Usted tiene miedo. No tema. Nadie será castigado esta noche —le dijo Brigitte. Lisette intentó tragar una saliva inexistente, que quedó como un nudo en su garganta. Asintió, y se sumó a ellas para subir.

Pero antes de que fuesen hasta la siguiente planta, Brigitte se detuvo.

—¿Qué ocurre, tía? —le preguntó Antoinette cuando la vio cerrar los ojos en una mueca contraída.

La mujer caminó hasta la puerta de los Howell y posó una mano en la madera.

—Esta mujer tiene que venir con nosotras —anunció.

—¿Samantha? —preguntó atónita Madeline—. Pero ella no sabe nada de lo que vamos a hacer. No sé...

—Créeme, tiene que estar presente. —Por la forma de mirarla, no tuvo dudas de que así lo creía, pero ella vaciló, pensando en lo vulnerable que estaba su huésped—. Sé que te preocupas por ella, que crees que es frágil, pero esto es inevitable y necesario.

—Confía en ella, nunca haría algo que la pudiese perjudicar —le dijo Antoinette, posando una mano en su hombro.

Madeline tomó aire y lo volvió a soltar, esperando hacer lo correcto. Se mordió el labio mientras llamaba con los nudillos suavemente a la puerta. No sabía ni cómo explicarle aquello a la mujer que había detrás. Contó mentalmente, deseando a medias que estuviese dormida tan profundamente como para no oírlas, pero enseguida escucharon ruidos al otro lado. Cuando la puerta se abrió, Samantha se ceñía una bata corta de satén por la cintura para cubrir su camisón. Las miró interrogativamente mientras con la otra mano se apartaba el cabello de la cara.

—Hola, ¿pasa algo?

—Samantha... siento molestarte... —empezó Madeline y se giró para ver que Brigitte asentía asegurando que hacía lo correcto—. Mira, puede que esto te parezca una locura, y ni siquiera sé cómo explicártelo, pero creo que deberías venir con nosotras al desván.

—¿Al desván? —preguntó perpleja.

Madeline suspiró.

—Sí. Hemos invitado esta noche a una...

—Samantha, ¿confías en nosotras? —la interrumpió Antoinette, colocándose junto a su amiga. Esta las miró a ambas y luego se asomó al pasillo observando al grupo al completo. Su mirada se cruzó con la de la *mambo* y algo recorrió su cuerpo, incitándola a seguir las.

— Sí, claro —dijo al instante.

—Pues tienes que venir con nosotras. No te preocupes por Simon, estará bien.

Samantha miró al interior de la habitación y lo observó dormir con el rostro relajado, como cada noche desde que estaban allí. Sabía que estaba en lo cierto.

—Está bien —dijo finalmente. Y saliendo al pasillo, cerró la puerta tras ella con sigilo.

No esperaron ni un minuto y el grupo al completo subió el último tramo hasta el dormitorio de Madeline.

El desván era amplio, tanto como la planta al completo de la casa. No solía llevar a nadie hasta allí. Era su refugio, y el único sitio en el que se permitía pensar en sus propios demonios y sentirse a salvo al mismo tiempo. Por eso Madeline sintió que compartía algo muy íntimo al invitar a pasar a aquel grupo de mujeres. De entre ellas solo Antoinette y su tía habían estado allí, y miró a un lado y a otro, comprobando que lo había dejado todo recogido esa mañana. Respiró algo más tranquila al verificar que así era.

—Este sitio es precioso —dijo Grace admirando el espacio, la enorme cama blanca bajo las ventanas, su lugar de lectura, la decoración romántica y el columpio colgado de las vigas del techo que tenía suspendido junto a su pequeña biblioteca.

—Gracias. Es mi lugar especial.

—Gracias por invitarnos a compartirlo —intervino Brigitte.

Ella solo asintió y fue hasta el centro de la estancia. La luz de la brillante luna llena se adentraba por las ventanas iluminando la habitación con tonalidades azules y mágicas.

—*Mawu* nos bendice esta noche —señaló la mujer con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la luna—. Somos afortunadas. —Bajó el rostro y las observó con una sonrisa—. Necesito el diario —dijo a Madeline, y esta, tras echar un vistazo rápido a su tía, fue a por él.

Lo tenía escondido en el doble fondo del arcón de la abuela, donde

guardaba sus preciosos edredones confeccionados a mano. Lo sacó con sumo cuidado y desdobló la tela de algodón en la que lo tenía envuelto. Antes de dárselo a Brigitte, se lo llevó al pecho, luego al rostro y lo olió, como cada vez que lo tomaba para ojearlo. El aroma del papel y el cuero envejecido la transportaban a otro mundo. Consciente de que también eso debía compartirlo esa noche, estiró el brazo y se lo entregó a la *mambo*, que lo tomó con sumo cuidado.

—Sentaos formando un círculo, por favor —les indicó señalando el centro de la estancia.

Para sorpresa de Madeline, Brigitte en ningún momento abrió el diario. Se sentó con ellas en el suelo, con una agilidad sorprendente para una mujer de su edad, y una vez acomodada, introdujo la mano por el cuello de su túnica y sacó un colgante que pendía de su cuello con distintos abalorios entre los que distinguieron plumas, huesos, cuerdas y un saquito de cuero. Colocó el diario sobre su regazo, posó ambas manos sobre él y habló:

—Quiero que liberéis vuestra mente. Tenéis que estar dispuestas a recibir lo que os va a ser entregado. Os ruego silencio. Necesito hacer una conexión fuerte y para ello es preciso que unáis vuestras manos. Respirad con profundidad y pase lo que pase, no os soltéis las unas de las otras. De lo contrario podría perderos a alguna en el camino. No empezaré hasta que me prometáis que todas cumpliréis esta norma. —Las miró con intensidad a todas, pero se detuvo especialmente en Samantha, a su lado. Y hasta que esta no asintió, no continuó.

Brigitte cerró los ojos, y tras inspirar profundamente, empezó a hablar en francés cajún, comenzando una especie de invocación. Entre lo poco que pudo distinguir Madeline tradujo que *mambo* invocaba a una deidad, *Damballo*, bajo la bendición y protección de la diosa *Mawu*, solicitándole comunicarse con los espíritus. Comenzó un cántico repetitivo con la invocación y todas se miraron entre ellas no sin mostrar cierto miedo y mucha expectación. Los cánticos duraron varios minutos en los que Brigitte, concentrada, mantuvo los ojos cerrados.

De repente, una corriente eléctrica conectó las manos de todas y, estupefactas, vieron una mancha oscura aparecer en el centro del círculo. Lisette quiso soltarse, asustada, pero Grace y Antoinette que la tenían sujeta, la mantuvieron en el círculo. La sombra fue con rapidez hasta Brigitte, introduciéndose en su pecho. Este se sacudió con violencia y los párpados de

la mujer se abrieron. Las cuencas de sus ojos aparecieron ante ellas completamente negras y el pavor recorrió la estancia. Cuando esta volvió a pronunciarse lo hizo con una voz que no era la suya, poseída por algún espíritu que se había abierto camino para comunicarse con el grupo de mujeres.

Madeline no entendía una palabra de lo que decía pero supo que el mensaje iba para ella cuando su mente se inundó de imágenes, como hacía meses tenía, cuando aún podía soñar. Fue como ver una película antigua que la transportaba a esa misma casa, en otra época, otro tiempo... e inmediatamente se sintió segura. Su corazón se contrajo por la nostalgia cuando vio a sus abuelos, mucho más jóvenes de lo que ella recordaba haberles visto jamás. Se besaban mientras su abuela sostenía entre sus brazos un precioso bebé de cabello cobrizo. Una niña pequeña, a la que reconoció inmediatamente como su madre, besó la cabecita del bebé y los tres sonrieron al retoño, llenos de felicidad.

La imagen se esfumó y quiso aferrarla con las manos, pero tuvo que dejarla ir, con una pena enorme en el corazón. No tardó en ver nuevas imágenes emerger en su mente, como humo tomando forma para destapar otra escena. Se trataba ahora de otra mujer a la que conocía solo por las fotos colgadas de las paredes y por las letras manuscritas que había leído de su puño y letra en el diario que ahora sostenía Brigitte. Era su bisabuela, Aurora. Iba vestida con un camisón blanco, largo hasta los pies. Lloraba de forma desgarradora y cuando se llevó las manos al vientre, estas se mancharon de sangre que empezó a caer por el suelo, hasta cubrirlo todo de forma espantosa. Seguía llorando cuando la vio después en el jardín, frente a la tumba de un bebé.

Su corazón se rompió al recordarse a sí misma en la cama del hospital tras su primer aborto espontáneo. Había tenido dos. Nunca superaba los primeros tres meses de gestación y el dolor de su bisabuela lo sintió como propio. Se quedó horrorizada cuando Aurora se giró, rota por el sufrimiento, y comprobó que, junto a la tumba, otras tres diminutas sepulturas acompañaban a la última. Todas tenían lápidas e inscripciones con nombres de hijos varones. La sangre se le heló en las venas. Aquellas criaturas habían nacido y perecido tras nacer. No podía ni imaginar el horror de ver el rostro de su hijo para perderlo poco después. Quiso que la imagen desapareciese de su mente, no creía que pudiese soportar tanto sufrimiento, pero la siguiente fue aún más desgarradora.

Su bisabuela gritaba y se retorció en la cama, envuelta en un sudor helado.

Todo su cuerpo se contraía y estiraba después para volverse a contraer. Vio a un hombre y a otra mujer junto a su lecho, poniendo paños sobre su frente, preocupados, e intentando calmarla, pero no lograban hacerlo. Ambos salieron del dormitorio mientras ella seguía gritando agónicamente. Estaba perdiendo la cabeza mientras, en sueños, los rostros de sus bebés yertos la acechaban. Quiso abrazarla con fuerza, detener su dolor, pero la imagen se desvaneció de su mente como las anteriores.

Y entonces la vio.

Una mujer de color, ataviada con un colgante parecido al de Brigitte y un tocado de plumas de animales, caminando alrededor de la casa mientras en sus manos aferraba los diminutos huesos de los bebés fallecidos, manchados de sangre. No supo cómo, pero sabía que dicha sangre pertenecía a su bisabuela. El cántico que entonaba era diferente y no pudo distinguir lo que decía, pero sí apreciar la luz dorada que emergió del suelo, alzándose en torno a la casa como una gran cúpula que ascendió lentamente hasta cubrirla por completo. Cuando se selló íntegramente, esta se deshizo en miles de diminutas motas de polvo dorado que cayeron sobre el suelo, formando un círculo alrededor de la casa. La mujer que llevó a cabo el hechizo de protección cayó al suelo, desplomada. Viva, pero exhausta. Cuando Madeline se fijó en sus ojos entreabiertos advirtió el mismo color ambarino que poseían Antoinette y Brigitte.

Le pareció adentrarse en aquella mirada, como si se zambullese en el dorado de sus ojos, y la imagen cambió. Volvió a ver a su bisabuela en la cama, retorciéndose de dolor. Pero esta vez, tras un último y desgarrador grito, el llanto de un bebé inundó el cuarto en el que se encontraba. La vio llorar de felicidad, sin miedo, sin angustia, y después sonrió. Lo hizo mientras acunaba a su bebé entre los brazos, y cuando le manchó la naricita de tarta en su primer cumpleaños.

Madeline lloró de felicidad con ella al saber que ese bebé era su abuela Irene. Y todo desapareció ante ella, como si hubiese sido solo un sueño. Madeline bajó el rostro bañado en lágrimas y, con el corazón encogido en un puño, miró a Brigitte, que acababa de volver en sí, junto a ella.

—La magia protectora de esta casa está ligada a la sangre. Mi madre... — hizo una pausa, emocionada— hizo el hechizo que libró a tu bisabuela de sus pesadillas. Las que la volvían loca cada noche por el dolor y la tenían sumida en un círculo vicioso de horror y agonía. Cuando su alma estuvo curada,

consiguió engendrar a su hija. Y esta, a tu madre y a tu tía. Y tu madre a ti. Mientras la sangre de las mujeres de su estirpe viva bajo estas paredes, las almas sanarán bajo ella, ausentes de sueños y pesadillas.

Madeline dejó que las lágrimas se derramasen por sus mejillas, liberadoras, apaciguadoras, como si toda su vida hubiese estado buscando ese momento de claridad en el que se había sentido unida total e irremediamente a su historia, a las mujeres de su familia.

—Gracias —le dijo Brigitte, sorprendiéndola, pues el regalo se lo había hecho ella—. Por haberme permitido ver por última vez a mi madre.

—Gracias a usted por haberme dado tantas cosas que no sabía que había perdido. Ahora todo tiene sentido para mí —repuso emocionada. Miró a su tía y vio la confusión en sus ojos. Supo que esta no había disfrutado del regalo que se le había otorgado a ella.

—Madeline, ¿estás bien? —oyó que le preguntaba Antoinette, pero la pregunta quedó suspendida en el aire cuando una nueva sombra apareció en el círculo.

Brigitte solo tuvo tiempo de posar los ojos sobre Samantha cuando su cuerpo fue poseído nuevamente.

Las presentes contuvieron la respiración cuando la voz de una niña salió de los labios de la anciana que fijó su mirada ennegrecida de nuevo en Samantha. Esta cerró los ojos y empezó a llorar desconsolada.

—Mami, ¿por qué lloras? —La voz infantil fue oída por todas, pero solo Samantha sintió las manitas de su pequeña posarse en sus mejillas. Contuvo el aliento acongojado y su pecho vibró incapaz de contener la emoción.

—¡Lisa! Cariño... ¿dónde estás? —preguntó en un sollozo desesperado.

Intentó soltarse y posar las manos sobre las que sentía en su rostro, pero ni Madeline ni Antoinette le permitieron abandonar el círculo, recordando la advertencia de Brigitte.

—Estoy aquí, mami, en la luz. ¿Por qué lloras?

—Te echo de menos, cariño. Mamá te echa de menos cada minuto de cada día... Te quiero tanto, mi vida...

—Y yo a ti, y a papi, y a nano.

Samantha sonrió con tristeza al reconocer la forma en la que su pequeña llamaba a su hermano mayor por resultarle difícil aún decir su nombre.

—¿Tienes miedo, cariño? ¿Estás solita? —Verbalizó su mayor temor al pensar en su hija.

—No tengo *medo*. La abu está conmigo y me cuenta historias *divetidas*.

El rictus de Samantha se contrajo en una mueca entre la risa y el llanto.

—Sí, la abu cuenta las mejores historias del mundo —reconoció, recordando cuando su madre, que había muerto hacía diez años, le contaba esas historias a ella de niña.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho. Siento no haber estado contigo cuando...

Samantha sintió los brazos de su pequeña rodear su cuello y su aliento en el oído, como cada vez que la había abrazado en vida. Quiso apretarla contra su pecho y hundir el rostro en su cuello y cruzó los brazos, como si rodease su pequeño cuerpecito. Madeline y Antoinette se estiraron permitiéndole hacerlo cuanto pudieron sin romper el círculo. Se miraron entre ellas con los ojos anegados por las lágrimas, como todas las presentes.

—Mami, cuida de nano y papá. Te *quero* por *siempe* jamás —le dijo su pequeña, como lo había hecho cada noche tras acostarla en su camita, haciendo que la felicidad más pura inundase su pecho. El sentimiento la poseyó como entonces, como si nunca se hubiese ido.

—Mami también te quiere, mi amor, por siempre jamás —le dijo con el corazón henchido.

La emoción que caldeó su corazón no desapareció incluso cuando dejó de sentir a su niña. Supo que se había ido de nuevo y para siempre cuando su dulce aliento dejó de acariciarle la mejilla. Sin embargo, no consideró que la perdía otra vez. Suspiró y cerró los ojos, guardando en su memoria las sensaciones que le había dejado en la piel, y sonrió al recordar sus últimas palabras.

Madeline vio que Brigitte volvía en sí cuando sus ojos cambiaron de nuevo de color. Le devolvió la mirada y, soltando su mano, asintió, dándole permiso para romper el lazo que las unía y abrazar a Samantha. Todas lo hicieron en cuanto el círculo se rompió, sabiendo que aquella experiencia las había cambiado para siempre.

CAPÍTULO 27

—Es increíble. Te confieso que no tenía ninguna esperanza de que pudiésemos ser de ayuda para Samantha. Ya solo por eso merece la pena todo —dijo Madeline a Antoinette mientras ambas admiraban, emocionadas a través de la ventana, la escena que se producía en el jardín.

—Yo tampoco. Pero es tan bonito...

Madeline se giró al percibir la emoción en la voz de su amiga.

—¿Estas llorando? —preguntó perpleja.

—¡Pues claro! En cuanto Samantha llamó a su exmarido al día siguiente del ritual, este vino a su encuentro. Está claro que siguen amándose y que después de encontrar la paz, hay un futuro para esa bella familia. —Suspiró y se limpió una lágrima de la mejilla.

—Creo que el amor te está ablandando.

Cuando Antoinette la fulminó con la mirada, rio abiertamente.

—Vale, vale, sigues siendo una mujer dura e insensible —se corrigió sin dejar de reír, burlándose un poquito.

Su amiga, al contrario que ella, ya había tenido un par de citas con el sargento Lewis y parecía que el romance entre ambos era prometedor. Se la veía muy ilusionada. A menudo la pillaba soñando despierta con una sonrisa tonta. Y verla así, le daba la oportunidad de vengarse amistosamente por todas las charlas e indirectas que había recibido de ella sobre el amor.

—Lo importante es que tienen una oportunidad y que Simon es feliz. Aunque Tati lo va a echar mucho de menos —apuntó Madeline.

—Han prometido escribirse mensajes y hablar por *FaceTime* —dijo Antoinette con una sonrisa que evidenciaba que le parecía encantador.

—¡Qué monos! —imitó Madeline su gesto—. ¿Dónde quedó lo de escribir cartas? —preguntó de repente—. Las nuevas tecnologías están cambiando todas las relaciones.

—Ya tendrás que hacer tú uso de ellas también. A no ser que dejes de dar vueltas como una peonza y tengas la Gran Conversación con Taylor. Porque imagino que tarde o temprano tendrá que regresar a Nueva York...

Madeline resopló.

—No he querido ni pensarlo. Ni siquiera hemos conseguido tener una cita en condiciones. Nos besamos cada vez que tenemos oportunidad y pasamos juntos todos los ratos de los que disponemos, pero siempre pasa algo que impide que...

—¿Paséis la noche juntos? —terminó Antoinette por ella.

Madeline suspiró y asintió. Una parte de ella deseaba que la relación avanzase, pero otra estaba tan feliz en ese momento que temía que, si forzaba las cosas, todo cambiase y terminase por romperse.

Antoinette la observó, la conocía tan bien como para no tener que preguntarle y aún así adivinar los temores de su amiga. La quería y deseaba que fuese feliz. Se merecía serlo. No conocía a otra persona que estuviese tan pendiente de los demás y sus necesidades. Era hora de que alguien pensase en las de ella.

—Oye, hace tiempo que no damos una vuelta por ahí. ¿Por qué no lo hacemos esta tarde? —Cuando vio el gesto de duda de Madeline, siguió con su alegato—. Solo un rato. Podemos dejar el fuerte solo por unas horas. Grace y Richard siguen poniéndose al día de los años perdidos. Tu tía solo pasa tiempo en su cuarto o tocando el piano, desde lo del ritual. Taylor sigue ayudando en el parque de bomberos, y la familia feliz no precisa de carabinas.

—Supongo que tienes razón. ¿Qué mal pueden hacer unas horitas para nosotras? —dijo sopesando las palabras de su amiga. En las últimas semanas habían pasado tantas cosas y todas tan intensas que sí, tal vez lo que necesitaba era solo una tarde de chicas, tranquila y relajada.

Pero dos horas más tarde, cuando Antoinette detuvo el coche frente a la iglesia, se preguntó si ambas tenían la misma idea sobre lo que era diversión. La vio salir del coche con rapidez, casi emocionada.

—¡Vamos, sal! ¿A qué esperas?

—A encontrar una buena razón para que me hayas traído a la iglesia. No he querido acompañarte en estos meses, ¿y me traes a pasar la tarde?

—¡Claro que no! ¿Por quién me has tomado? —preguntó Antoinette ofendida.

Madeline salió del coche con el ceño fruncido.

—Mira a tu derecha, por favor —le pidió su amiga.

Y en cuanto giró el rostro, se dio cuenta de que la iglesia estaba justo enfrente del parque de bomberos, y que, en la puerta de este, estaba Taylor, de uniforme, esperándola con una sonrisa.

—Caballero, aquí tiene su pedido. Espero que lo disfrute, porque le advierto que no aceptamos devoluciones —oyó Madeline que le decía.

Contuvo la risa mientras lo observaba, embobada, acercarse a ellas. En cuanto la tuvo al alcance, estiró la mano y la acercó a él tomándola por la cintura. Cuando Antoinette se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar, decidió que era el momento de marcharse, y ya que estaba allí, visitar a su bombero favorito del parque.

—Os dejo, parejita. No regreséis muy pronto que yo me ocupo de todo durante vuestra ausencia. —No esperó una respuesta y se alejó de ellos. Casi a punto de entrar en el parque se giró a observarlos y, satisfecha, vio que ya estaban besándose con pasión.

—¿Estás segura de que no prefieres ir al cine y a cenar, como en una cita normal? —le preguntó Taylor con la voz ronca mientras Madeline dejaba un camino de besos por su cuello. La tenía sentada a horcajadas sobre él, en el asiento trasero de su camioneta, en un camino intransitable, rodeados de árboles y vegetación.

—Ajá... —repuso ella con la respiración agitada, introduciendo las manos por debajo de su camiseta para acceder a esos abdominales pétreos que la volvían loca.

No quería hablar. Ya lo habían hecho las últimas semanas: de él, de ella, de sus familias, de su niñez, de sus sueños... No, no quería hablar. Lo deseaba y quería sentirlo. Quería notar sus manos curtidas recorriéndole la piel, su lengua experta y exigente saboreando los ángulos más recónditos de su cuerpo, haciéndola vibrar, despertándola de su largo letargo. De repente, una idea irrumpió en su mente.

—¿No quieres esto? ¿Preferías ir al cine?

Taylor la vio dudar, con las mejillas arrojadas y ese brillo enardecido en la mirada. Estaba tan bella que quiso grabarla en su retina para siempre.

—No querría estar en ningún otro lugar del mundo —aseguró apartándole el flequillo de la frente con dulzura—. Solo te lo he preguntado porque no quiero que pienses que esto es lo que buscaba desde el principio. También me hace ilusión tener una cita contigo. Mil citas, en realidad, como cualquiera de esas parejas que pasean por la calle de la mano, se dan el postre el uno al otro o se besan en la última fila del cine.

Su declaración le despertó una sonrisa boba. Él quería todo eso con ella y ella con él. Y por eso, porque era ese tipo de hombre, quería ser suya en ese

momento, y no esperar un minuto más.

—Y lo haremos. Lo haremos todo. Pero ahora... —Madeline descendió y lamió lentamente uno de sus pezones—. Ahora te quiero solo a ti.

Taylor contrajo los músculos del abdomen y la respiración cuando ella repitió la operación trazando círculos con su lengua en esa parte tan sensible de su piel. La detuvo cuando vio sus intenciones de seguir descendiendo y decidió tomar las riendas de la situación. Cogió su rostro entre las manos y la besó con hambre desmedida, mientras comenzaba a desabrochar los pequeños botones de su vestidito celeste. Cuando la visión espectacular de sus pechos prisioneros dentro de un sujetador de encaje blanco apareció ante él, sonrió como el gato a punto de comerse al ratón. Antes de que ella adivinase su jugada, le abrió la prenda de apertura delantera y liberó los globos orgullosos y erguidos de su cárcel. No tardó en inclinarla hacia atrás y apoderarse del primero, introduciendo su pezón endurecido en la boca y degustándolo con devoción. Cuando ella gimió, enardecida, la recolocó sobre él.

Madeline, que sintió la creciente erección de su miembro, comenzó a moverse haciendo que sus sexos se rozasen y despertó a su diablo interior. La tomó por las nalgas y la ayudó en su tortuoso movimiento. La oyó gemir enfebrecida y entregada a las sensaciones. Sus alientos luchaban el uno frente al otro en una batalla de necesidad y anhelo. Solo había una forma de sofocar ese ardor sofocante que los consumía, y ambos lo sabían, pero aún no estaba preparado para terminar. Quería verla enloquecer por completo antes de hacerla suya. Quería verla rogar con la mirada que lo hiciera. E introdujo una mano entre sus cuerpos, por dentro de sus braguitas, a juego con el sujetador. Con el pulgar buscó el centro de su feminidad hasta que ella aguantó la respiración y se mordió el labio inferior. La vio cerrar los ojos y arquearse hacia atrás, gimiendo tan abandonada al placer que parecía enajenada. Solo tardó unos minutos, que disfrutó segundo a segundo con su visión, en sentir la convulsión de su cuerpo por el repentino orgasmo que la poseyó.

Madeline cayó hacia delante posando la frente sobre la suya y Taylor la besó, apretándola contra su cuerpo. Aquellos besos decían tanto, significaban tanto para él, que solo quiso culminar y hacerla suya por fin. Se abrió el pantalón y liberó su erección. Sin darle tiempo a reaccionar, le apartó las braguitas a un lado y alzándola de las caderas, la hizo descender después para introducirse en su sexo de una sola y brutal embestida. Madeline abrió mucho los ojos, sorprendida por la invasión. Enlazó la mirada con la suya y tras

sonreír de la forma más sexi que había visto jamás, comenzó a moverse sobre él. Lo tenía rodeado por el cuello con sus brazos y él aferraba sus caderas para facilitarle el movimiento. Y justo en ese momento, antes de derramarse dentro de ella, de poseerla y marcarla como suya, supo que había llegado a su destino.

CAPÍTULO 28

Madeline y Taylor estaban sentados, frente a frente, en la isla de la cocina. No decían nada. Solo se miraban, sonrientes, mientras desayunaban, con la complicidad de dos personas que han pasado la noche recorriendo cada centímetro del cuerpo del otro, memorizándolo, saboreándolo, descubriéndose. Durante unos segundos se sostuvieron las miradas, en una especie de reto por ver cuál de ellos era capaz de contenerse más tiempo antes de necesitar besar al otro. Madeline tomó su taza de té y el la suya de café y ambos bebieron, concentrados el uno en el otro. Hasta que ella se lamió el labio inferior para mordérselo después como sabía que a él le gustaba.

—Tramposa —la acusó Taylor con mirada centelleante.

Madeline rompió a reír divertida hasta que él se levantó y, tomando su rostro por encima de la mesa, la besó con codicia.

Sumergidos en aquella vorágine que despertó de nuevo sus deseos, tardaron en darse cuenta de que tenían una testigo.

—¡Tía Lisette, buenos días! —la saludó ella, separándose de Taylor y pasándose los dedos por los labios, azorada.

—Buenos días a ambos —repuso la mujer, sonriéndoles. Pero a Madeline no se le escapó la tensión de su gesto, que asumió como incomodidad por haberlos pillado en un momento íntimo.

—¿Quieres un té o un café? —preguntó solícita, levantándose del taburete para servírselo.

—Un té estará bien, gracias —dijo su tía y miró de soslayo a Taylor, dudando si hablar delante de él. Estaba a punto de hacerlo cuando su sobrina la interrumpió.

—¿Con leche? —preguntó con la jarra ya en la mano.

—Sí, y dos azucarillos, por favor. —Lisette la vio terminar de preparar su taza y colocar una cucharilla sobre el platillo. La tomó de sus manos, pero en lugar de marcharse con ella, como hacía cada mañana para degustarla en el porche de la casa, se quedó allí, inmóvil, con la taza en la mano.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Madeline, escudriñando su rostro. Su tía parecía más tensa de lo habitual—. ¿Te encuentras bien?

—Sí... no... Bueno, solo estoy un poco mareada. —Dejó la taza en la mesa y se pasó una mano por la frente.

Taylor se levantó del taburete y se lo ofreció.

Lisette observó el gesto galante del hombre y aceptó.

—Puedo pasar por la farmacia y traerte algo si no te encuentras bien, tía —se ofreció Madeline.

—¿Vas a salir esta mañana? —Madeline se sorprendió al percibir temor en su voz.

—Sí, Taylor va a llevarme a recoger mi coche del taller.

—Tu coche... —Ahora la mujer perdió todo el color—. ¡No vayas! ¡Quédate aquí conmigo!

Cuando Madeline alzó una ceja, atónita por la petición, se explicó.

—Sé que nuestra relación ha mejorado un poco desde mi llegada, pero creo que no lo suficiente. Han pasado muchas cosas, y me gustaría que pasáramos un día juntas... charlando. —Esta última palabra la dijo con una sonrisa a todas luces forzada.

Madeline no lo iba a negar. Ya había pensado varias veces en pasar más tiempo con ella. En llenar los vacíos de su historia, en compartir con su tía lo que había visto en el ritual, sobre todo lo concerniente al amor que le prodigaban sus abuelos y su madre cuando ella era un bebé. Pero también era consciente de que tendrían mucho tiempo para hacerlo.

—Podemos hablar esta tarde. Tony, el mecánico, solo podía estar esta mañana a primera hora. Por eso tenemos que marcharnos ya —dijo levantándose del taburete.

—Pero, ¿qué prisa hay? —Lisette se levantó y la detuvo posando una mano en su brazo cuando Madeline dejó la taza en el fregadero, dispuesta a marcharse.

—Tía... ¿Qué te pasa? —Ambas se miraron durante unos segundos en los que Madeline estuvo segura de que ella quería decirle algo. Aunque finalmente, y con los ojos vidriosos, bajó el rostro con resignación.

—Nada. Puede esperar —dijo completamente abatida.

Madeline la vio dejarse caer de nuevo en el taburete con la mirada gacha.

En un impulso fue hasta ella y le dio un beso en la mejilla.

—Esta tarde será solo para nosotras, te lo prometo —le dijo justo antes de marcharse, seguida por Taylor, que se despidió con un escueto adiós.

Lo que ni Madeline ni Taylor pudieron ver fue que, una vez sola, Lisette se

llevó las manos al rostro con desesperación y rompió a llorar, con amargura y frustración.

—Tu tía estaba un poco extraña, ¿crees que estará bien? Tal vez deberías quedarte con ella. Puedo ir yo solo a por el coche. Quizás pueda acercarme Richard.

—Richard está trabajando con Grace en la novela. Y Antoinette se ha tomado el día libre para ir al río con Tati y Reed. No tardaremos. Quiero volver pronto y estar con ella, tenemos mucho de lo que hablar. Así que esta vez tú y yo no nos detendremos en algún camino perdido...

La sonrisa juguetona de Madeline despertó sus ganas de hacer precisamente eso. Con ella parecía que no tenía suficiente jamás. Por esa razón tenía una sorpresa para ella esa noche. Había decidido quedarse allí, con Madeline, y no volver a Nueva York. Y también había decidido que el pasado era solo pasado y que solo quería mirar hacia el futuro.

—Está bien, esperaré a esta noche, pacientemente —terminó por responder él, pensando ya en cómo darle la noticia.

Acababan de recoger el coche de Madeline cuando Taylor recibió una llamada del parque de bomberos de Nueva York. Su rostro mudó inmediatamente a uno de preocupación.

—Tengo que coger la llamada —se excusó con el ceño fruncido.

—Claro, tranquilo. Yo voy yendo a casa. Conduces más rápido que yo, me pillarás en la carretera —le dijo Madeline, con una sonrisa. Le dio un beso ligero en los labios y se subió a su pequeño utilitario. Arrancó el motor y se despidió con la mano, viéndolo ya tomar la llamada de teléfono.

Lo observó un segundo y percibió la tensión de sus hombros mientras hablaba. Decidió preguntarle esa noche sobre el tema, y giró la calle para tomar la carretera de vuelta a la finca.

No había recorrido más de un par de kilómetros, cuando sintió que algo iba mal en el coche. Su teléfono móvil empezó a sonar y vio que se trataba de su tía. No lo podía coger en aquel momento. Quiso frenar antes de llegar a la primera de tres curvas pronunciadas, pero, aunque el pedal del freno llegó a tocar el suelo del coche, este no redujo de velocidad nada en absoluto. La llamada cesó y una nueva insistió. Pero ella, completamente embalada, giraba el volante para no salirse de la carretera y chocar con los árboles. La parte trasera del vehículo derrapó. Se aferró con fuerza al volante, exhalando un grito. Vio llegar la siguiente curva, con el corazón latiéndole en la garganta.

Redujo de marcha e intentó mantener la calma, pero cuando la carretera se estrechó y la rueda derecha chocó con una roca del filo de la calzada, supo que tenía pocas oportunidades de salir ilesa de aquella situación. Sintió una sacudida violenta y empezó a rezar como no lo había hecho en un año. La última vez que rogó a Dios que la protegiera iba en un coche que se precipitaba desde el puente hacia el río Hudson tras salirse de la carretera. En aquel momento creyó que moriría, y dudaba que pudiera volver a salvarse. Las imágenes del accidente desaparecieron de su mente para encontrarse de lleno con un camión que se precipitaba sobre ella en sentido opuesto. Madeline había ocupado el carril contrario y el hombre que lo conducía no tenía forma de evitarla. Por impulso cogió el freno de mano y, pensando que aquel podía ser su último minuto de vida, tiró de él, mientras daba un volantazo que evitaba en un instante que los dos vehículos colisionaran. El suyo, sin embargo, se salió de la carretera y terminó chocando con los árboles. El impacto fue tan fuerte que cayó inconsciente al momento.

Taylor iba de regreso a la casa de huéspedes cuando vio un enorme camión detenido en mitad de la carretera. Supo que algo pasaba al darse cuenta de que este no estaba ocupado y ver que varios coches más se habían detenido en aquel lugar tan poco apropiado por la escasa visibilidad que ofrecía la curva. Su corazón se detuvo en seco cuando distinguió el coche de Madeline fuera de la carretera, aplastado contra los árboles.

Bajó de la camioneta y corrió los metros que lo separaban de ella, sintiendo que sufría un *déjà vu*. «¡No!», gritó en su mente. ¡Otra vez no! ¡No podía perderla! Cuando vio que el camionero, junto a otro hombre, la habían sacado del coche, les gritó que no la tocaran. Ambos, asustados, se echaron a un lado. Él se arrodilló junto a Madeline y comprobó con miedo sus constantes.

—¡Llaman a una ambulancia! —gritó tras verificar que tenía pulso. Luego se volvió hacia ella, presa de la desesperación—. Maddie, cariño. Soy yo, estoy contigo —le dijo mientras le abría los ojos para ver sus pupilas. Estas reaccionaban y Madeline quiso mover la cabeza, pero se lo impidió, sujetándosela, pues podía tener daños cervicales.

—Ya vienen para acá —respondió una señora, a la que no vio, por estar centrado en la mujer a la que amaba, que farfullaba algo con gesto de dolor.

—Por favor, cariño, quédate conmigo. No puedo perderte... No puedo perderte. Quédate conmigo. No te duermas... —le dijo desesperado.

En la mente de Madeline la voz de Taylor retumbó con otra idéntica a la suya. «Quédate conmigo. No te duermas», le decían las voces. Intentó abrir los ojos y, entre sus pesados párpados, vio a Taylor con el uniforme de bombero, tomando su mano. Las luces de las ambulancias y sirenas iluminaban su rostro empapado por el agua. La observaba con angustia y sus miradas se cruzaron. Se perdió en el cielo azul de sus ojos y sintió que la vida se le iba, zambulléndola en la oscuridad. Algo convulsionó en su pecho y una descarga la atravesaba, sacudiéndola. Aquellos ojos azules la anclaron a la vida. La imagen se transformó en otra muy similar, casi idéntica. Los mismos ojos clavados en ella, pero Taylor iba con la camisa celeste que se había puesto esa mañana, tras hacer el amor con ella.

—Quédate conmigo, cariño.

Eso fue lo último que escuchó antes de volver a caer en el pozo de la inconsciencia.

CAPÍTULO 29

—¡Estás despierta, estás despierta! —El grito de Antoinette le taladró la cabeza, con fuerza—. Maddie, cielo... ¡Menudo susto me has dado! —Sintió que su amiga se llevaba su mano a la mejilla y se la empapaba de lágrimas emocionadas.

—Hola... —Tenía la boca seca como un estropajo y los sonidos destrozaron su garganta. Hizo una mueca y su amiga le leyó la mente, porque le acercó agua en un vasito de plástico, con una pajita. Se la puso en los labios y sorbió de ella, sintiendo que el líquido fresco no solo aliviaba su garganta, sino que le devolvía parte de la vida que creía perdida. Sonrió agradecida y Antoinette le dio un poco más.

—Nos has tenido tan preocupados a todos... ¡Dios mío, no sé lo que habría hecho si te llega a pasar algo! —Su voz volvió a llenarse de emoción.

—Estoy aquí. No me voy a ninguna parte —dijo sintiendo que le pesaban los párpados—. ¿Cuánto llevo...?

—Tres días —repuso su amiga sin dejarla terminar—. Tres días horribles y grrr... —gruñó—. Frustrantes. Menos mal que fue Taylor el que encontró a ese hijo de perra, porque si lo pilló yo, no llega a la cárcel vivo —comenzó a relatar embalada, llevada por la furia.

—¿Qué tipo? Antoinette, ¿de qué estás hablando? —preguntó confusa con el ceño fruncido.

Su amiga se tapó la boca en un primer momento, dándose cuenta de lo bocazas que había sido a los pocos segundos de que su amiga hubiese despertado.

—Ninguno, no me hagas ni caso. Ya sabes que tiendo a hablar sin pensar... —Forzó una sonrisa.

—Antoinette... —Y pronunció su nombre con ese tono que no daba lugar a réplicas—. Me fallaron los frenos, ¿no?

Su amiga apretó los labios y bufó como lo habría hecho un buey antes de embestir.

—Los frenos no te fallaron. Te los cortaron, cielo.

Madeline intentó sacudir la cabeza, conmocionada por el dato, pero el

dolor fue tan acuciante que se detuvo.

—¿Cortarme los frenos? ¿Quién iba a querer cortarme los frenos? ¿Eso significaría que...?

—Que querían matarte.

—Matarme... —Un escalofrío le recorrió la espalda y no tuvo que formular la siguiente pregunta porque Antoinette volvió a hablar.

—Fue el cerdo de Jaime Appleton. Te lo repito, de no ser porque Taylor dio con él intentando escapar de la ciudad, yo... —Antoinette apretó los puños frente a su pecho con rabia—. Lo habría matado con mis propias manos. Y tu tía... esa mujer...

—¿Mi tía? ¿Qué estás diciendo? —preguntó con pavor, sin querer oír la respuesta.

—Tu tía y él estaban compinchados. Al parecer ella se arrepintió después y te llamó para avisarte de que no cogieras el coche, pero ya era demasiado tarde.

Madeline, sumida en la nube de la confusión que atormentaba su mente, recordó que, la mañana del accidente, Lisette había intentado persuadirla para que no se marchara, pero aun así había dejado que se fuera.

—¿Por qué? —consiguió preguntar sintiendo que le costaba respirar.

Una parte de ella había ido cambiando con los días, las semanas, llegando a pensar que tenían una oportunidad de estar juntas como familia. De tenerse la una a la otra. De enterrar el hacha demasiado tiempo en alza por los malentendidos familiares. Y mientras tanto, ella había conspirado para matarla... Sintió que el corazón se le desbocaba en el pecho y la visión se le nubló justo antes de oír el pitido de la máquina a la que la tenían conectada.

—¿Qué le pasa?

Oyó la voz de una mujer que no reconoció. Esta se acercó a ella y comprobó que era una enfermera. La puerta se volvió a abrir y Grace y Richard aparecieron tras ella. Pero la enfermera los mandó salir a todos, incluida Antoinette, con la recomendación de que tenía que descansar.

—Voy a administrarle un sedante suave para que pueda hacerlo. En unas horas, podrán volver a hablar con ella. Ahora precisa reposo.

No pudo escuchar mucho más porque sintió los párpados como losas de cemento que caían sumiéndola en la oscuridad.

Madeline abrió los ojos nuevamente y ya era de noche. Las persianas estaban abiertas y las cortinas corridas, por lo que pudo ver el cielo estrellado a través de la ventana, tal y como le gustaba a ella tener las de su cuarto. Contempló las estrellas unos segundos, tan hermosas e inmutables mientras su mundo se tambaleaba. La última vez que estuvo en un hospital, toda su vida se había roto en mil pedazos, pero en aquella otra ocasión, al despertar, estaba sola. Miró a un lado y a otro y vio a Taylor, dormitando en la incómoda silla del cuarto. Como si hubiese presentido que lo observaba, este abrió los ojos y, al comprobar que estaba despierta, sonrió como solo él sabía hacer.

Le devolvió el gesto, feliz por tenerlo allí con ella. Tan feliz como para sentir que su corazón se aceleraba al verlo acercarse. Taylor miró el monitor que registraba sus pulsaciones y vio cómo estas se disparaban.

—Tranquila, preciosa, o me echarán de la habitación por alterarte demasiado.

La besó en los labios y Madeline volvió a sonreír al sentir ese cosquilleo que siempre la asaltaba cuando estaban juntos.

—Gracias por quedarte conmigo —le dijo él contra su frente, y Madeline se apartó, confusa. Las imágenes del accidente regresaron a ella, invadiéndolo todo. Y no solo eso. Lo volvió a ver a él. Sobre ella, con el uniforme mojado, repitiendo esas palabras: «Quédate conmigo».

Madeline se llevó una mano hasta la sien y se la apretó, intentando entender lo que le estaba pasando.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? Voy a llamar a la enfermera.

—¡No! —exclamó apretando los ojos para recuperar los retazos de imágenes que iban y venían, desvaneciéndose de su mente. El agua, sus ojos, «quédate conmigo», las luces... su voz reclamándola de las garras de la muerte.

Y de repente abrió los párpados con estupor.

—Tú... tú me sacaste del río... Tú me salvaste la vida...

Taylor cerró los ojos haciendo una mueca y se pasó la mano por la nuca. Tenía que haber hablado con ella cuando tuvo la oportunidad, tenía que habérselo explicado todo antes. Antes de que Madeline se entregase a él y le abriera las puertas de su casa. Pero primero no supo cómo hacerlo y cuando lo vio inevitable tuvo miedo de que aquellos recuerdos la alejaran de él. Se dio

la vuelta, dándole la espalda, sopesando cómo comenzar aquella conversación que había intentado evitar a toda costa.

—Taylor... No me equivoco, ¿verdad? Fuiste tú...

Él sacudió la cabeza antes de girarse y apoyar las manos en sus caderas. Se enfrentó a su preciosa mirada llena de dudas y asintió, dejando salir el oxígeno de sus pulmones en un gran resoplido.

—Sí, yo te saqué del río cuando tu marido y tú tuvisteis el accidente.

Madeline entornó la mirada.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué viniste a mi casa? Fui al parque cuando salí del hospital. Quise dar las gracias al hombre que me había salvado la vida y ponerle rostro, porque no recordaba nada de después de caer al agua. Pero me dijeron que preferías no verme. —Madeline intentó enderezarse en la cama, sentándose, pero fue incapaz. Se aferró a la barra lateral con fuerza, sintiéndose inútil.

Taylor la tomó por los brazos y la ayudó, pero Madeline se soltó de su agarre.

—¡Contéstame! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? —De repente una idea surcó su mente y se llevó ambas manos a la boca, horrorizada—. Soy yo... Yo soy tu demonio. Soy el demonio del que huyes.

Su pecho empezó a subir y bajar en respiraciones tan profundas y densas que pronto empezó a marearse.

—¡No! Nunca fuiste mi demonio, aunque hubo un tiempo en el que quise creer que sí. Cuando necesité una explicación para lo que pasó esa noche. Cuando necesité entender por qué para salvarte a ti, tuve que perder a mi... hermano.

—Yo... tu hermano... No entiendo nada. ¿Yo conocía a tu hermano?

Taylor negó con la cabeza.

—Mi hermano era bombero, como yo. De hecho, ingresé en el cuerpo porque quería ser como él. Tan fuerte, leal, honorable, tan valiente... Siempre fue mi referente. Tenía solo tres años más que yo. Y nunca tuve un amigo igual. —Suspiró como si le costase pronunciar cada palabra—. La noche de tu accidente hubo un aviso en su parque, entraron en un edificio con víctimas múltiples. No tardaron en pedir refuerzos y mi brigada fue la primera en dirigirse hacia allí. Estábamos cruzando el puente cuando vimos cómo se salía tu coche de la carretera y caía al agua. No lo pensé. Era mi trabajo. Me limité a saltar y sacarte de allí, te hundías con el coche y los minutos que tardé en

rescatarte se me hicieron eternos y angustiosos. Me quedé contigo hasta que consiguieron reanimarte en la ambulancia. Tomé tu mano —dijo repitiendo el gesto—, y enlacé la mirada con la tuya un segundo. Solo un segundo antes de que te desmayaras. No sé lo que me pasó entonces. Algo debiste hacerle a mi mente, porque no conseguí borrarle de ella ni una sola noche desde entonces. A pesar del dolor, de que mi hermano muriera entre las llamas sin que pudiese acudir en su ayuda... Cuando creía que ya nada tenía sentido, tú estabas ahí.

Madeline tragó la congoja que le produjo el descubrimiento, antes de pronunciar las siguientes palabras.

—Siento mucho la muerte de tu hermano. Yo no sabía...

—No podías saberlo.

—Pero, ¿me culpaste de su muerte? ¿Fue por eso por lo que viniste a mi casa? ¿Querías venganza?

La cara de horror de Taylor fue suficiente respuesta para Madeline, aún así lo escuchó.

—No, claro que no. Quise odiarte, en ocasiones. Cuando no encontraba sentido a su ausencia. Pero en medio del dolor fuiste tú la que me sirvió de tabla de salvación. Era tu imagen la que veía cada noche al cerrar los ojos, y la última que recordaba al levantarme. No sabía qué me pasaba contigo, por qué estabas ahí, y por qué no quería que te marcharas. Y vine para averiguarlo.

—¿Y ya sabes la respuesta? —preguntó temerosa.

—Sí —suspiró y le acarició la mejilla, necesitando sentirla—. Creo que me enamoré de ti en ese momento. En el instante en el que abriste los ojos y me miraste de esa forma. Mi alma te reconoció. Y aunque ni mi cuerpo ni mi mente estaban preparados para aceptarte, no dejaste de imponerte hasta que vine a buscarte.

Madeline sintió de nuevo esa sensación de vacío que amenazaba con engullirla. Las mariposas de su estómago revolotearon más nerviosas que nunca, y se mordió el labio sin saber qué debía decir.

—Imagino que la pregunta es... ¿Crees que podrías amarme tú también a mí?

Sonrió, pues solo tuvo que escuchar a su corazón para que este le gritara la respuesta.

—No. No creo que pudiera hacerlo, porque... ya sé que lo hago. Tal vez desde esa noche, o tal vez desde que mi cuerpo te reconoció cuando llegaste a mi casa y me rescataste de un letargo en el que creía que me quedaría para

siempre. Solo sé que cuando he despertado hoy, era tu rostro el que quería ver a mi lado.

—¿Y crees que podrías querer verlo para siempre? —preguntó él esperanzado.

Tal vez iba muy rápido, pero había aprendido que la vida era demasiado corta para soñar con ser feliz en lugar de serlo. Y decidió darle la sorpresa que le tenía guardada desde hacía días.

—Me han ofrecido el puesto de capitán en la estación de bomberos de Liberty Grove. Llamaron a mi antiguo capitán en Nueva York y él me recomendó para el puesto. Así que, si me aceptas...

Madeline no dejó que terminara y tomando su rostro entre las manos, lo besó con tanta necesidad que los besos se hicieron hambrientos y urgentes rápidamente.

—Te acepto —repuso ella excitada. Cada poro de su cuerpo despertó pidiendo más, mucho más. Queriéndolo todo.

La máquina a la que estaba conectada empezó a pitar de nuevo, frenética, pero nada habría conseguido que se detuviese en ese momento. Ni siquiera oyeron la puerta abrirse y el resoplido de la enfermera al comprobar el motivo por el que su corazón latía sin control. Tampoco cómo volvió a cerrar la puerta, sonriendo, consciente de que no hay nada mejor para la salud del corazón que el amor.

Madeline se cogió las manos, nerviosa, mientras esperaba en el pequeño cubículo de paredes de cristal en el que le habían indicado que aguardara. Estaba tan nerviosa como impactada. Nunca había estado en una cárcel. Ni siquiera había imaginado que iba a tener que pisar una en su vida. Pero allí estaba. Y el sentimiento de congoja no hizo más que aumentar cuando vio a su tía entrar en la sala, con el uniforme de la prisión. El guardia de la puerta le abrió las esposas con las que la habían trasladado hasta allí, y la vio frotarse las muñecas antes de girarse hacia ella.

No sabía lo que esperaba obtener con aquella visita. Tal vez sentido a todo lo sucedido, o quizás una explicación, o solo respuestas. Las que su tía se había negado a dar a la policía. Aseguró que solo hablaría con ella, pero había tardado en tomar la decisión de ir hasta allí. Si finalmente lo había hecho era

porque no quería que Lisette se convirtiese en su nuevo demonio.

Su tía tomó el auricular conectado a la pared y ella imitó su movimiento, conteniendo la respiración.

—Sabía que vendrías —fueron sus primeras palabras. Y una triste sonrisa se paseó por sus labios. Era la primera vez que no la veía maquillada y su aspecto era demacrado.

—Yo no lo tenía tan claro —repuso ella, siendo completamente sincera.

—Pero estás aquí, tal vez porque necesitas oír lo que tengo que decirte...

—No quiero excusas. No me sirven... Si crees que cualquier cosa que vayas a decirme justificará lo que has hecho, lo que has intentado hacerme...

Su tía comenzó a negar con la cabeza, y la interrumpió.

—Es mi hijo, Madeline. Jaime es mi hijo.

Aquello sí que no lo esperaba. Su hijo... ¿Entonces era su primo?

—No puede ser... Me dijiste que tuviste una hija, ¿o eso era mentira también?

—No, no lo era —agachó el rostro y comenzó a explicarle—. Cuando me quedé embarazada lo hice de gemelos.

Madeline fue incapaz de emitir ni un solo sonido, y esperó.

—Imagínate. Solo era una niña y acababa de traer al mundo a dos niños más que dependían completa y únicamente de mí. No pude quedarme con los dos. Había conseguido trabajo en una casa, limpiando, y la familia para la que trabajaba me dejaba quedarme con uno de mis bebés, pero no con los dos. Me dijeron que tenían unos amigos que querían un bebé pero que no podían engendrarlo. Y que ellos estarían dispuestos a quedarse con el niño, dándole una buena vida. Se trataba de una familia acomodada de Chicago y, después de llorar durante semanas, me di cuenta de que, de no aceptar, terminaría por perder a los dos. Renunciar a uno de mis hijos fue lo más duro que he tenido que hacer en mi vida. Pero, con el tiempo, viendo a mi pequeña Irene crecer, me convencí de que había hecho lo mejor.

Madeline vio las lágrimas en los ojos de su tía y contuvo la tentación de posar la mano en el cristal que las separaba para reconfortarla.

—Mi hija murió con la misma edad que yo tenía cuando me marché de mi casa, de una leucemia. Pero antes busqué a su hermano por ser el mejor donante compatible con ella, para un trasplante de médula. No llegó a tiempo, y ella se fue. Se marchó y perdí a mi ángel. Era tan buena... Me recordaba mucho a tu madre.

Su tía hizo una pausa que ella agradeció para poder asimilar todo lo que le estaba relatando.

—Seguí manteniendo contacto eventual con Jaime, a pesar de que él ya me había dicho que no quería saber nada de mí. Me guardaba rencor por haberlo abandonado. Y no podía culparlo por ello. Una noche, sin embargo, apareció en mi puerta. Se había quedado sin un centavo, perdiendo toda la herencia de sus padres adoptivos en partidas de póker. Yo le di lo poco que tenía, pero no fue suficiente para él. Quería más, mucho más. Su ambición no tenía límite, y su moral tampoco. Pero eso no lo supe hasta que fue demasiado tarde. Cuando le hablé de esta propiedad y la relacioné con la que anunciaban en la prensa por sus poderes mágicos, imagino que vio el cielo abierto y la posibilidad de conseguir parte del pastel.

—Como heredero de segunda generación lo habría obtenido sin problemas —repuso cada vez más confusa.

—Lo sé. Pero él lo quería todo. Creí que íbamos a la casa para que la viera, te conociera y encontrara la mejor forma de abordar el tema contigo. Me dijo que no revelaríamos nuestro parentesco para que no estuvieras a la defensiva, por el testamento. Pero cuando vi que pasaban los días y no hablaba contigo, discutí con él. Le dije que aquello no estaba bien, que te estábamos engañando y que éramos familia.

—Se enfureció y te golpeó... —terminó por ella, al empezar a entender—. No era vergüenza lo que había en tus ojos cuando lo viste en el pasillo esa noche, sino miedo.

—Miedo por mí, por ti y por lo que podía llegar a hacer —continuó su tía—. Durante unos días estuvo tranquilo, hasta que vio que empezabas una relación con el señor Larson. Y después lo invitaste a irse de la casa. Entró en colera. Dijo que eras una perra estúpida, como todas las patéticas mujeres de la familia, y que pagarías por tratarlo así.

Madeline tragó saliva sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

—No intuí que tramaba algo contra tu vida hasta la mañana del accidente. Cuando lo llamé, salía del taller. Reía satisfecho y decía cosas sin sentido. Pero entre sus desvaríos temí que hubiese hecho algo a tu coche. Por eso no quería que salieras esa mañana, aunque no tenía pruebas en realidad de que algo pasara. Cuando te marchaste lo volví a llamar. No me respondió hasta un rato más tarde. Entonces me confirmó que había cortado los frenos de tu coche. Se jactaba de su inteligencia, de que nadie lo pillaría jamás y de que

muy pronto todo sería suyo. No lo podía consentir y te llamé. Repetidas veces, pero no di contigo. No tuve noticias de ti hasta que me avisaron del hospital para contarme que habías tenido un accidente. Solo me quedó hacer una cosa entonces: fui a la comisaría y les conté que había sido Jaime.

—Pero, ¿por qué les dijiste que tú también habías tenido algo que ver?

—¿Acaso no es así? Lo introduje en tu vida. A la mente más malvada y retorcida que he conocido jamás. Al mismísimo diablo. Todo fue culpa mía. No he hecho más que equivocarme, haciendo daño a los demás, y en algún momento tenía que parar y pagar.

Esta vez, Madeline sí posó una mano sobre el cristal, con el rostro también inundado por las lágrimas.

—Tía Lisette... —la llamó cuando esta bajó la cabeza mortificada—. Creo que has estado pagando toda tu vida, un precio en sangre y dolor. Nadie merece tanto castigo.

Su tía vio en su mirada verde la compasión y el amor de su familia. Aquella que dejó atrás el día que decidió romper con su destino. Alzó la mano y posó la palma en el cristal, sobre la huella de su sobrina. Ambas se miraron durante varios segundos, emocionadas, mientras Madeline se prometía a sí misma, que rompería aquel círculo de dolor en ese momento y para siempre.

CAPÍTULO 30

Un año más tarde...

—Creo que estoy más nerviosa que ella.

—Eso lo dudo, cariño. No se me ocurre nada tan aterrador como tener que hablar delante de doscientas personas.

Madeline miró a su marido alzando una ceja, con la sonrisa bailando en los labios.

—Dijo el héroe capaz de adentrarse en un edificio en llamas... —apuntó ella, burlándose.

—Lo digo en serio. Yo no podría hacer esto. Toda esta gente mirándote y analizando cada una de tus palabras... —Sacudió los hombros como si aquella sola idea le provocara un escalofrío y Madeline volvió a reír.

—Ella lo hará genial. Mírala, está preciosa. Se la ve tan feliz... —dijo mostrándole el programa en el que salía una foto de Grace. La misma que había utilizado, días antes, el periódico *The New York Times* para anunciar la presentación del primer libro publicado de su amiga, y ya best seller en todas las listas: «La coleccionista de noches vacías».

Taylor y ella habían hecho coincidir las visitas a los padres de Taylor, en Nueva York, con la presentación para no perdersela.

—Mira, allí está Richard —llamó su atención Taylor señalando al hombre sentado en la primera fila. Lo saludó con efusividad en la distancia. Y por gestos quedaron en verse al terminar el evento.

Madeline volvió a reclinarsse en la silla, feliz. Quería mucho a sus amigos y se alegraba de poder compartir con ellos esos momentos de felicidad. Se acarició la abultada tripa, mirándola embelesada.

—Yo creo que la mujer más hermosa no solo de esta sala, ni siquiera de Nueva York, sino del mundo entero, eres tú —le dijo Taylor al oído haciendo que se le erizase la piel.

—No lo digas muy alto o nuestra hija se pondrá celosa —apuntó ella riendo. Aun más cuando su marido se inclinó sobre su tripa para hablarle, como era ya habitual.

—No te enfades, enana. Tú eres la chica de papá.

Madeline se emocionó cuando aquel hombre enorme y fuerte depositó un beso dulce y pausado en su tripa, dirigido a su hija, a la que por suerte tan solo tendrían que esperar cuatro semanas para tener en sus brazos.

—Va a ser peleona, estoy seguro —le dijo él, comenzando de nuevo a imaginar cómo sería la pequeña.

—Ejemplos de mujeres fuertes no le van a faltar, eso está garantizado —apuntó ella, sopesándolo con una sonrisa.

—Y hablando de mujeres fuertes, ¿no te inquieta haber dejado solas a Antoinette y la tía Lisette una semana entera?

—En absoluto. En casa siempre debe haber una mujer de la familia para que todo funcione bien. Y juntas hacen un buen equipo. No habrá ningún problema mientras mi tía no intente meter las narices en la cocina de Antoinette. Y ni a mí se me ocurriría hacer tal cosa.

Ambos rieron, de acuerdo. Las cosas habían ido mucho mejor desde que Madeline habló con el fiscal y le explicó la escasa implicación de su tía en su intento de asesinato. Aun así, había tenido que permanecer en prisión seis meses hasta que todo quedó aclarado, pero a su salida, Madeline la estaba esperando para invitarla a volver a casa y quedarse para siempre con ellos. Todos habían aceptado su decisión tras saber la verdad, y no se había arrepentido un solo día desde entonces.

En cambio, Jaime se pudriría en la cárcel para el resto de sus días, pues tras apresararlo, la policía relacionó otros delitos de agresión, desfalco e incluso otro asesinato con él. No volverían a verlo jamás y eso sin duda era todo un alivio.

—Por cierto, he recibido un email de Samantha —dijo ella recordándolo emocionada—, quiere reservar tres semanas en pascua para Simon, su marido y ella. Tengo muchas ganas de verlos otra vez.

—Estoy seguro de que Tati se alegrará también de la visita —apuntó su marido—. Y yo, que me encanta ver la casa llena de niños —añadió con una sonrisa pícara.

—Señor Taylor Larson, espero que no esté insinuando que quiere volver a dejarme embarazada en cuanto dé a luz a Aurora —dijo conteniendo la risa, con su perfeccionado gesto de falso enfado.

—Tanto como en cuanto des a luz, no. Pero unos meses más tarde... —Se acercó a ella y le besó el cuello, para mostrarle las armas que tenía para convencerla.

Por suerte para todos los presentes, pues estaban a punto de dar un espectáculo, las luces menguaron de intensidad en ese momento. La sala se sumió rápidamente en el silencio. Y, expectantes, vieron aparecer a Grace, que se situó detrás del atril que había colocado en medio del escenario. Abrió el libro que reposaba sobre este y, con respiraciones contenidas, escucharon las primeras palabras de su lectura:

«Subía los escalones despacio, arrastrando perezosamente las zapatillas de felpa sobre la superficie envejecida de los escalones de madera. Estos, a su vez, emitían un sonido seco, como un quejido roto bajo sus pies. Toda la casa se le manifestaba...».

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi infinito agradecimiento a mi equipo, siempre fiel y paciente.

A Nune Martínez, mi diseñadora. Tienes un talento que no te cabe en el cuerpo. Lo tuyo es pura magia.

A Violeta Triviño, mi correctora. No hay nadie con más instinto, y que pule mejor mi trabajo. Es siempre un placer trabajar contigo.

A mi maquetadora, Mar Fernández. Mi amiga, y las manos mágicas que convierten mis palabras en joyas en papel.

A Marisa Guillén, Mónica Agüero y Josephine Lys (*mi parabatai*). No hay mejores lectoras cero. Todas os merecéis un monumento a la paciencia, y doy gracias por tener la suerte de disponer de vuestros ojos avizores.

Y a ti, lector. Porque sin que me elijas entre las miles de opciones a tu disposición, esta aventura no tendría sentido.

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, suspense, new adult, o chick lit. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, *El destino de Noah* y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 publicó la serie de suspense romántico que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de ti*, *Lo que tomo de ti*. Todas ellas recibiendo las mejores críticas y posicionándose en las listas de libros más vendidos de Amazon.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana – Editorial Harlequín Harper Collins

Ríndete, mi amor - Editorial Harlequín Harper Collins

Unidos por un ángel - Editorial Harlequín Harper Collins

Una boda sin fresas - Editorial Harlequín Harper Collins

Mi pequeña tentación - Editorial Harlequín Harper Collins

Gotas de chocolate y menta - Editorial Harlequín Harper Collins

Con la suerte en los tacones - Editorial Harlequín Harper Collins

Dulce como el azúcar - Editorial Harlequín Harper Collins

OTROS LIBROS:

La coleccionista de noches vacías.

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul- Romántica's Cocó

Jugando a las casitas- Romántica's Cocó

Como en una canción country- Romántica's Cocó

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

El destino de Noah- Romántica's Cocó

Bye Bye, Love- Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar - Romántica's Cocó

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love - Romántica's Cocó

Autumn Passion Love - Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cócó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cócó

Todos ellos disponibles en digital y papel y KindleUnlimited